



UNIVERSIDAD MICHOACANA
DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO



FACULTAD DE FILOSOFÍA "DR. SAMUEL RAMOS"

ESPACIO, PODER Y UTOPIA EN DAVID HARVEY

La Geografía Moderna replanteada a partir de la reflexión
sobre la «naturaleza humana» y la «condición posmoderna»

Tesis

que para obtener el grado de

Licenciada en Filosofía

PRESENTA:

Yeri Paulina Mendoza Solís

ASESORA:

Dra. Ana Cristina Ramírez Barreto

Morelia, Michoacán, México.

Junio 2008

ÍNDICE GENERAL

Introducción

-4-

CAPÍTULO I

¿QUÉ TIPO DE GEOGRAFÍA PARA QUÉ TIPO DE CONOCIMIENTO CIENTÍFICO?

Espacio y Geografía: La neutralidad del conocimiento científico.	12
El proceder utópico: principios mínimos para el reconocimiento de la naturaleza humana.	20
Elementos estructurales comunes de la Geografía Moderna.	25
a) El «espacio tiempo» como medida de comprensión del mundo.	26
b) «Identificaciones cartográficas»: posiciones y perspectivas.	29
c) La naturaleza, los discursos y los valores del «medio ambiente».	33
d) «Región, lugar y territorio»: los referentes y demarcaciones.	36

CAPÍTULO II

DE LA GEOGRAFÍA MODERNA A LA GEOGRAFÍA RADICAL.

La Geografía Moderna en el desarrollo del capitalismo.	43
El encuentro de la Geografía Moderna y el Marxismo Occidental.	46

Henri Lefebvre y la producción del espacio: su influencia en la Geografía Radical.	51
La llegada de Harvey a Baltimore: su obra y trayectoria en la teoría marxista.	56
La Geografía Burguesa y la acumulación del capital desde la perspectiva Radical.	60

CAPÍTULO III

LAS GEOGRAFÍAS EN LA «CONDICIÓN POSMODERNA»

Edward Soja: La emergencia de las Geografías Posmodernas.	71
La «destrucción creadora» y el paisaje rumbo a la posmodernidad.	75
Del fordismo a la acumulación flexible: la comprensión espacio-temporal.	80
Entre la dialéctica y la diferencia: desde la «crítica post».	86
Pensar lo «posmoderno»: prácticas, discursos e ideales significativos.	94
Conclusiones	100
Bibliografía	105

INTRODUCCIÓN

Los conocimientos geográficos poseen una *potencialidad* no realizada de expresar esperanzas y aspiraciones además de temores, de buscar interpretaciones universales basadas en el respeto y el interés mutuos, y de articular bases más firmes para la cooperación humana en un mundo marcado por fuertes diferencias geográficas. La construcción de conocimientos geográficos [...] abre la posibilidad de crear formas alternativas de práctica geográfica, vinculadas a los principios de respeto y ventaja mutuos y no a la política de la explotación. Los conocimientos geográficos pueden convertirse en vehículos para expresar visiones utópicas y planes prácticos para la creación de geografías alternativas. [...] Pueden proporcionar medios eficaces de movilizar el conocimiento del mundo para esos fines emancipadores a los que tradicionalmente ha aspirado todo aprendizaje y toda ciencia (Harvey, 2000a: 251).

Analizar la importancia de los conocimientos geográficos y repensar los objetivos sociales del proceder científico, forma parte del ambicioso proyecto teórico que desarrolla David Harvey a lo largo de su obra. El cual, presenta la una oportunidad de enlazar las interrogantes y las preocupaciones que surgen desde una ciencia particular con la actitud crítica que caracteriza al pensamiento filosófico. Cuestionar las potencialidades de la Geografía, la manera cómo influyen en la interpretación de los procesos sociales y en la construcción del conocimiento, es una de las tareas principales que pretende llevar a cabo el autor tomando como base el pensamiento marxistas y proponiendo, de inicio, su reformulación.

David Harvey (1935) es un geógrafo inglés que realizó sus primeros estudios en la Universidad de Cambridge, Inglaterra. Gran parte de sus investigaciones fueron efectuadas al ser catedrático de la Universidad de John Hopkins, Massachusetts (1972-2001) y actualmente es Profesor Distinguido en Antropología por la Universidad de Nueva York (CUNY). Su formación académica dentro del campo de la Geografía dota de un carácter peculiar a sus planteamientos, los cuales se articulan constantemente con la Filosofía y con el resto de las ciencias sociales. Pienso que el desarrollo de sus propuestas teóricas ha implicado múltiples retos para el propio autor y para cualquiera de sus lectores en el momento de interpretarlo, dado que aborda distintas áreas disciplinarias y debates que son

reconocidos en la teoría social, pero tomando partida por un enfoque que muchas veces ha sido relegado a segundo orden, como ha sucedido con el análisis de la Geografía desde el pensamiento marxista.

Esta investigación tiene como objetivo hacer una lectura crítica de las aportaciones que realiza David Harvey al tema del espacio, el poder y la utopía; cuestiones que abordo a lo largo de mi trabajo como tres amplios campos de reflexión teórica, los cuales se enlazan con las preocupaciones académicas y políticas que el autor expresa en su obra. Me interesa analizar de qué manera el estudio sobre «espacio» en Harvey adquiere un carácter social, su influencia en las distintas perspectivas del conocimiento geográfico, en las formas de interpretar nuestra posición en el mundo y de construir el conocimiento.

Esto lo complemento con un análisis sobre las fuentes de «poder» que adquiere la Geografía, indagando de qué manera intervienen los distintos discursos, métodos científicos y enfoques geográficos en las estrategias de control, apropiación y transformación de los escenarios sociales particulares. Aquí la lectura marxista que adquieren los planteamientos de Harvey es clave para abordar las diversas manifestaciones de poder que tiene el conocimiento geográfico, desde una interpretación del capitalismo y la modernidad. Además, estudio cuál es el valor y la función que cumple la «utopía» en Harvey, cómo influye en la construcción del pensamiento geográfico y en la búsqueda de principios teóricos que reflexionen sobre las potencialidades y formas de realización del ser humano.

A lo largo de mi investigación estudio de qué manera, el proyecto teórico que realiza David Harvey, desde la Geografía Radical, es una oportunidad ejemplar para analizar la reformulación de una ciencia particular que en su transcurso pone en práctica y reconstruye distintos ámbitos de reflexión y debate filosófico. Planteo de qué forma lo «radicalmente» distinto e innovador del enfoque harviano; el estudio sobre el espacio, el poder y la utopía, conduce hacia las interrogantes filosóficas vitales respecto al «ser humano» como actor social que participa activamente en la vida colectiva, que cuestiona su lugar en el mundo, las potencialidades, los temores, los proyectos y los principios que conforman la existencia.

Considero que la obra de Harvey puede ser dividida en tres momentos principales, los cuales marcan la reformulación de la Geografía Moderna con base en el distanciamiento crítico que asume el autor hacia las formas de proceder tradicional de esta ciencia, desde su incursión en la teoría marxista. La primera etapa inicia con *Explanation in Geography* (1969) (*Teorías, leyes y modelos en geografía*, 1983) investigación que se caracteriza por el enfoque positivista ante el cual, Harvey mantiene una mirada crítica el resto de su trayectoria académica. Es el parteaguas que le incita a la búsqueda de nuevos referentes teóricos, metodológicos y políticos que explora en sus siguientes publicaciones: *Social Justice and the City*, 1973 (*Urbanismo y desigualdad social*, 1992), *The Limits to Capital*, 1982 (*Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, 1990), *The Urbanization of Capital*, 1985 y *Consciousness and the Urban Experience*, 1985. Pienso que esta primera etapa finaliza con una clara apropiación y una lectura atenta de la teoría marxista, la cual se convierte en el marco de análisis de sus siguientes investigaciones.

La segunda etapa abarca *The Condition of Postmodernity*, 1989 (La condición de la posmodernidad, 1998), *Justice, Nature and the Geography of Difference*, 1996, *Spaces of Hope*, 2000 (*Espacios de esperanza*, 2003), *Spaces of Capital: Towards a Critical Geography*, 2001 (*Espacios del capital: hacia una geografía crítica*, 2007). En estas obras encuentro las propuestas más sugerentes del planteamiento harviano en cuanto al análisis del espacio, el poder y la utopía. Donde pone en juego la problematización de los planteamientos marxistas y su incursión en el debate de la «condición posmoderna».

El tercer momento lo componen sus obras más recientes: *The New Imperialism*, 2003 (*El nuevo imperialismo*, 2004), *Paris, Capital of Modernity*, 2003, *A Brief History of Neoliberalism*, 2005 (*Breve historia del neoliberalismo*), *Spaces of Global Capitalism: Towards a Theory of Uneven Geographical Development* (2006). Considero que estas investigaciones ponen un énfasis especial en el estudio de la economía política del mundo contemporáneo y la reestructuración de las potencias económicas de inicios del siglo XXI. Conforman un análisis profundo de la situación actual del capitalismo, desde una lectura detallada de los discursos y prácticas económicas predominantes en el nuevo siglo.

Es un hecho que existen múltiples líneas de continuidad en las obras de Harvey; sin embargo, esta división que propongo es resultado de una revisión general que realicé con el objetivo de seleccionar las obras de mayor relevancia para el enfoque de mi investigación. De este modo, la lectura más detallada que realicé se concentra en la bibliografía que inicia con *La condición de la posmodernidad* (1989) y finaliza con *Espacios del capital* (2001), más algunos artículos publicados por él en las revistas *International Journal of Urban and Regional Research* y *Annals of the Association of American Geographers*. A lo largo de este trabajo me interesa mostrar al lector que estoy abordando la perspectiva y el enfoque de Harvey; sin embargo, es importante aclarar, que lo hago a partir de dichas obras en particular.

Además, parto del entendido de que los «planteamientos harvianos» son trabajados desde mi propio lente, con el cual efectuó una interpretación constante del autor que implica repensar, seleccionar, decidir cuáles temáticas, debates y puntos de análisis abordar en determinado momento y cuáles evitar. Es decir, más allá de intentar hacer un seguimiento fiel del Harvey, asumo el trabajo y la responsabilidad de construir una relectura de su obra, con base en las ideas y perspectivas que adquieren mayor presencia a lo largo de esta investigación.

En varias ocasiones, recorro a determinados autores que me permitieron dar consistencia y seguimiento a mi trabajo; por ejemplo, retomo de Ovidio Delgado un panorama general de las vertientes de la Geografía Moderna, abordo a Trevor Barnes y Dreck Gregory para hacer una reconstrucción de la trayectoria académica de Harvey, estudio las aportaciones claves que realiza Edward Soja sobre la Geografía Radical y finalmente, abordo los planteamientos críticos que realizan Bruce Braun y Andrew Jones desde su lectura de Harvey.

En el primer capítulo tomo como punto de partida la diferencia que adquiere la Geografía Radical frente a dos vertientes principales de la Geografía Moderna: la Geografía Regional y la Revolución cuantitativa. Retomo los principios generales que caracterizan a ambas corrientes, a partir de la distancia crítica que asume Harvey frente a ellas, abordando el concepto de «espacio social». En particular, centro la atención en el carácter político que

tienen los conocimientos geográficos frente a la llamada «neutralidad científica» que, a decir de Harvey, caracterizó a la Geografía Moderna hasta mediados del Siglo XX.

Posteriormente, abordo la función que adquiere el pensamiento utópico para replantear los métodos y los contenidos de la ciencia geográfica tradicional desde una perspectiva encaminada hacia la configuración de geografías alternativas. Aquí aparece como una discusión clave el reconocimiento de las potencialidades que emergen de la «naturaleza humana», pues de ello depende la oportunidad de construir, en la imaginación y el intelecto, imágenes renovadas del mundo y de nosotros mismos. Con base en el pensamiento utópico defino la necesidad de construir referentes teóricos comunes hacia los cuales tienda el pensamiento y la crítica social.

Al final del primer capítulo, retomo cuatro elementos estructurales que componen a la Geografía, los cuales permiten abordarla como una disciplina que se diversifica en discursos y prácticas particulares pero que atienden a principios básicos que dotan de unidad y movimiento a los conocimientos geográficos. La «comprensión del espacio-tiempo», las «identificaciones cartográficas», las «cualidades medioambientales y la relación con la naturaleza», la nociones de «lugar-región-territorio», son los cuatro componentes que abordo con el objetivo de analizar las múltiples fuentes de poder social que contiene la Geografía Moderna. Realizo una lectura que remite constantemente al surgimiento de esta disciplina, durante el Renacimiento, analizando la influencia de los conocimientos geográficos en el mundo Moderno.

En el segundo capítulo me enfoco a discutir la importancia que adquiere el espacio en la interpretación harviana del capitalismo y las maneras como se logra enlazar la Geografía Moderna con el pensamiento marxista. De inicio, abordo el estudio del capitalismo como un proceso de larga duración temporal y expansión geográfica que es resultado pero también elemento activo de la modernidad. Posteriormente, con base en la lectura de Edward Soja, muestro los rasgos que definen a la Geografía Radical como una vertiente de análisis que forma parte de un movimiento teórico más amplio, el cual desde inicios del siglo XX ha retomado las ideas de Marx y el análisis del espacio desde distintas perspectivas filosóficas.

Particularmente, centro la atención en la influencia que recibe David Harvey del marxismo francés, a partir de su contacto con las últimas obras de Henri Lefebvre. Aquí, realizo una valoración general de los planteamientos de Lefebvre, sobre todo, sus aportaciones respecto a las formas de producción del espacio social, su enfoque sobre el capitalismo, las dinámicas urbanas y el derecho a la ciudad. Posteriormente, expongo cómo surge la Geografía Radical, a partir de la llegada de Harvey a la ciudad de Baltimore, también realizó una breve reconstrucción de sus principales publicaciones y abordo las diferencias claves que adquiere el análisis espacial en Harvey frente a los planteamientos de Lefebvre.

Al final del segundo capítulo, defino la relación dialéctica que Harvey plantea entre el pensamiento burgués y el marxista como dos maneras opuestas de valorar el conocimiento geográfico y representar el mundo, las cuales se relacionan en la medida que permiten entender al capitalismo como un proceso complejo donde intervienen las fuerzas de la «acumulación de la riqueza» y de la «lucha de clases». Aquí analizo la dimensión espacial de la teoría marxista y lo que Harvey denomina el «desarrollo geográfico desigual», con base en esta noción problematizo el carácter que adquieren las visiones antagónicas del capitalismo y de qué forma éstas pueden ser abordadas, en el propio Harvey, desde perspectivas mucho más flexibles.

En el tercer capítulo, retomo la lectura que Edward Soja hace de la Geografía Radical, a la cual considera una precursora de las «geografías posmodernas». Aquí abordo los planteamientos de Soja que proyectan la transformación del conocimiento geográfico y del pensamiento espacial, a partir de tres enfoques teóricos particulares: el «posthistoricismo», el «posfordismo» y el «posmodernismo». Posteriormente, retomo la imagen de la «destrucción creadora» para analizar el carácter problemático que adquiere en Harvey la «condición posmodernidad», más allá de ser una simple negación de la modernidad.

Estudio cómo se interpreta la condición posmoderna en Harvey, tomando como punto de partida el cambio de régimen económico «fordista» al sistema de «acumulación flexible», haciendo referencia a las transformaciones culturales y espacio-temporales que

surgen a partir de la posmodernidad. Posteriormente, pongo a discusión las críticas que realizan Andrew Jones y Bruce Braun, en las cuales se cuestiona el valor que adquiere la dialéctica harviana y las alternativas de análisis que surgen desde los enfoques «postestructuralistas» y «posmodernos». Finalmente, analizo cuáles son las limitantes a las que se enfrenta la Geografía Radical y de qué manera la interpretación sobre la «condición posmodernidad» replantean a la Geografía Moderna.

En esta investigación, la Geografía, los conocimientos geográficos y la visión de Harvey como geógrafo, aparecen como una constante. Pretendo establecer que se trata de un ejercicio teórico, el cual parte del interés por aprender a escuchar, leer e interpretar los planteamientos que surgen al interior de otras disciplinas, los cuales nunca serán tan lejanos a la Filosofía como para renunciar a ellos. Más aún, considero que esta investigación presenta una oportunidad clave para analizar la reformulación de una ciencia específica con base en distintas discusiones filosóficas; por ejemplo, al cuestionar el valor político del conocimiento científico, al abordar la utopía como una alternativa para la construcción de la teoría social, al definir vías para comprender la modernidad, al tratar una corriente de pensamiento particular como lo es el marxismo –proponiendo de inicio su transformación– y al plantear una perspectiva para interpretar la emergencia de la llamada «posmodernidad».

CAPÍTULO I

¿QUÉ TIPO DE GEOGRAFÍA PARA
QUÉ TIPO DE CONOCIMIENTO CIENTÍFICO?

Espacio y Geografía: la neutralidad del conocimiento científico

El análisis sobre el espacio geográfico¹ ha sido reformulado con base en nuevas y viejas interrogantes que cuestionan las formas de fundamentar el conocimiento sobre los distintos modos de ocupación, apropiación y reconfiguración de la superficie terrestre. Los desafíos que la Geografía Moderna ha enfrentado al asumir como tarea la apertura de alternativas que consoliden la noción de espacio geográfico, se ha llevado a cabo en comunicación con una diversidad de temáticas y enfoques que surgen desde la Filosofía y el resto de las ciencias sociales. Donde las aportaciones realizadas por David Harvey desde la llamada Geografía Radical resultan claves para vislumbrar los modos como se ha construido el análisis espacial, a partir de un proyecto que desde hace más de tres décadas, asume la tarea de abordar esta cuestión como una exigencia ineludible en la teoría y en la práctica social.

Los planteamientos que realiza Harvey son interesantes de explorar, de inicio, porque forman parte de un amplio movimiento teórico que surge del compromiso por reformular la ciencia geográfica poniendo a discusión los objetivos y las fuentes potenciales de conocimiento que tiene esta disciplina. La llamada Geografía cultural da la pauta para la conformación de distintas vertientes de análisis que cuestionaron las técnicas, las herramientas y los marcos interpretativos que pueden ser desarrollados para estudiar los significados y formas de apropiación de la superficie terrestre que producen los colectivos humanos a lo largo de su historia² (Fernández, 2006: 220-253).

¹ Parto de la distinción entre «espacio geográfico» y «espacio social». En el primer caso, englobo a los múltiples discursos, teorías, enfoques desde los cuales la Geografía Moderna ha construido distintas interpretaciones sobre el espacio como uno de los principales objetos de estudio de esta disciplina. Por otro lado, abordo el concepto de «espacio social» para hacer referencia a las propuestas de Harvey y a las perspectivas relacionadas con la vertiente Radical, en las cuales esta noción adquiere características peculiares.

² Las propuestas de Harvey se insertan en un movimiento teórico que se surge desde inicios del siglo XX con la Geografía cultural (Fernández: 2006). En específico, en esta investigación me interesa analizar el transcurso que lleva a cabo la vertiente harviana desde la Geografía Radical, aún cuando sería interesante abordar, en estudios posteriores, las diferencias y similitudes que ésta última adquiere frente a los enfoques culturales, cuyo impacto en la Geografía Moderna también ha sido clave para la reformulación de esta disciplina y su apertura al campo de las ciencias sociales.

En particular, Harvey propone –desde la Geografía Radical– hacer una valoración del concepto de «espacio social» que implique problematizar qué tipo de conocimientos geográficos se requieren construir a partir de las múltiples realidades sociales en las que se inserta su práctica; pero aún más, pensar en el «espacio social» lo considera una oportunidad para indagar cuál es la función que cumple el saber geográfico con respecto a otras disciplinas. En este sentido, Harvey hace un llamado para que se tomen posturas teóricas y políticas ante el conocimiento científico, el cual no se considera un campo de discusión unívoco, pues afecta directamente la manera en que interpretamos el mundo y actuamos en él.

La Geografía Radical cuestiona la supuesta neutralidad ética del conocimiento científico con base en la confrontación de las ideas o nociones sobre el espacio que fueron asumidas en las dos corrientes principales de la Geografía Moderna, las cuales mantuvieron un papel hegemónico hasta mediados del siglo XX: la Geografía Regional y la Revolución cuantitativa. Ambos enfoques son un antecedente que suele ser tomado en cuenta en los distintos autores que afirman la existencia de una transformación significativa en los métodos y formas de construir el conocimiento geográfico contemporáneo, a partir de un cambio de perspectiva que tiende a problematizar el concepto de espacio y sus formas de poder social, en donde David Harvey adquiere una particular presencia³.

Problematizar la neutralidad ética del conocimiento científico es una cuestión que resulta de primer orden al momento de indagar los motivos, los objetivos y las proyecciones que dan pauta a la creación o reformulación del pensamiento. La investigación científica expresa ideas y transmite significados que ponen en juego distintos modos de explicar y comprender los fenómenos naturales, las cuestiones sociales, políticas, culturales; la gama de procesos vitales que confluyen en el mundo de forma problemática y muchas veces contradictoria. Por ello, es un hecho que la adopción de un método científico

³ Algunos de los autores que han realizado investigaciones partiendo de la idea de que hubo un cambio de perspectiva que puso en cuestión tanto las formas de proceder como los objetivos científicos de la Geografía Regional y Cuantitativa son Ovidio Delgado (2001), Gustavo Montañez (2001) Edgar Moncayo (2001), Derek Gregory (2006), Trevor Barnes (2006), Edward Soja (1989), F. Pillet (2004), Constenla, X. (2004) y el propio Harvey (2001a). Sin embargo, aún cuando ellos comparten esta perspectiva, realizan propuestas de diverso orden respecto a las limitantes y posibilidades que se plantea el pensamiento geográfico contemporáneo.

conduce inevitablemente a determinadas conclusiones, las cuales a su vez, pueden tener profundas implicaciones políticas que se reflejan en el ámbito social, en la forma de vivir y habilitar los pensamientos (Harvey, 1974a). En este sentido, reconocer que la ciencia no es éticamente neutral implica, entre otras tantas cosas, adquirir responsabilidades sobre las afirmaciones a las que dotamos de validez, así como también, tener presentes los riesgos y las limitantes a las que se enfrentan los resultados, métodos y objetivos particulares.

El paso de la Geografía Regional y la Revolución Cuantitativa a la Geografía Radical, surge precisamente de un rechazo a la neutralidad ética que denuncia ésta última, al momento de cuestionar los conceptos y nociones predominantes al interior de la ciencia, al indagar para quién es importante la investigación geográfica, a qué intereses pueden responden las perspectivas imperantes, cuáles son los peligros a los que se enfrenta la ciencia cuando simplifica sus objetivos. Ovidio Delgado en el ensayo “Geografía, espacio y teoría social” (Delgado, 2001: 39-65) señala que para 1960 la Geografía Regional era cuestionada por ser una «ciencia singular», meramente descriptiva, dado que los resultados obtenidos en una zona geográfica determinada no podían trasladarse hacia otra y por lo tanto, cualquier generalización se consideraba simplemente errónea por no atender a la características formales, a los registros particulares que pretendían reflejar de modo correcto los atributos de los objetos o sujetos situados geográficamente, independientemente de la mirada de quien los observa⁴.

Un genuino estudio de geografía regional partía de delimitar una porción de la superficie terrestre para luego describir sus características físicas, humanas y culturales, de modo que dicha descripción reflejara la personalidad de esa porción de tierra denominada región, lo cual hacía posible su comparación en términos de similitudes y diferencias con otras regiones (Delgado, 2001:41).

Ovidio Delgado considera que el análisis regional, entendido en estos términos, dejó de ser suficiente para la nueva generación de la Geografía Radical, cuya preocupación era

⁴ Ovidio Delgado ubica este enfoque regional en particular en el trabajo *La morfología del paisaje* (1925) de Carl Sauer, además se basa en los estudios críticos de Dereck Gregory, *Ideología, ciencia y geografía humana* (1984), Richard Harsthorne, *Propósitos e naturaleza da geografia* (1978) y Peter Haggett *Análisis locacional en la geografía humana* (1976) para sostener que, efectivamente, en el ambiente de mediados del siglo XX “rondaba la idea de que no era necesario formular leyes generales en geografía” que se basaba en un “sistema puramente evidencial, sin prejuicios sobre el significado de su evidencia”.

impulsar alternativas distintas, pensamientos renovados respecto a la función de esta disciplina. El uso arbitrario, en la Geografía Regional, de términos como región, espacio, lugar y territorio, haciendo referencia –cualquiera de ellos– a una cierta porción o división de la superficie terrestre que *contiene* paisajes, objetos o grupos humanos, los cuales deben registrarse y observarse fielmente para adquirir validez científica, resultó ser un planteamiento ampliamente discutible. Pretender construir una Geografía meramente descriptiva e imparcial reflejó –para la vertiente Radical– una actitud cuestionable en términos éticos y políticos, pues implicaba no problematizar el hecho de que la regionalización geográfica es un elemento fundamental, por ejemplo, para la formación de los discursos y las prácticas orientadas a la toma de conciencia e identidad colectiva, a legitimar las percepciones e imaginarios que se adquieren del mundo, a formular proyectos institucionales o sociales cuyas políticas e intereses pueden llegar a ser radicalmente distintos.

Para Harvey es imposible hablar de neutralidad ética mientras se delimitan regiones que pueden influir e incluso justificar cualquier tipo de práctica política, de organización social o económica, ya sea tomando como referente el uso de tierra, la composición de los suelos, las formaciones geológicas, las cualidades físicas del terreno o sus especies animales, las cuestiones climatológicas, las lealtades humanas, los sentimientos de pertenencia, los recuerdos e historias, por mencionar algunos factores (Harvey, 2000a: 225-252). Precisamente, problematizar las formas de legitimación política que se ponen en juego a partir de las configuraciones geográficas es un eje de análisis tanto de la Geografía Radical como de la propuesta de Harvey. Para la cual, reflexionar sobre la influencia y el contenido político que tienen los diferentes tipos de conocimientos geográficos, se convirtió en una exigencia ineludible que debía llevar a la búsqueda de sendas alternativas, tal como se dice a continuación:

Una geografía crítica busca una senda alternativa. Busca los principios y los mecanismos de la producción de conocimiento geográfico, y se esfuerza por entender cómo se constituyen los conocimientos geográficos y cómo se utilizan en la acción política. Usa esta comprensión para preguntar cómo y cuando se despliegan diferentes formas de conocimiento geográfico y en qué tipo de acción política. Reconoce, en resumen, las conexiones dinámicas entre los poderes políticos y los conocimientos geográficos de diferentes tipos. [...] Pero aparte de esto, una

geografía crítica también reconoce que la política emancipadora depende crucialmente de la capacidad para articular en la teoría y en la práctica alternativas geográficas (Harvey, 2000a: 252).

La dimensión política que adquiere la Geografía Crítica o Radical, también marca una ruptura con la denominada «Revolución cuantitativa» que tuvo un importante impacto en la Geografía Moderna desde mediados del siglo XX. Ovidio Delgado sostiene que esta corriente se consolidó, a partir de su influencia del positivismo lógico, como una ciencia teórica que pretendía socavar los cimientos de la Geografía Regional, con base en la construcción de hipótesis generales, verificables empíricamente, capaces de explicar la composición del orden geográfico. Aquí, la noción de espacio adquiere una dimensión concreta en la medida que es cuantificable en distancias, direcciones y extensiones, que además permiten estructurar y predecir las transformaciones geográficas a partir de una serie de variables establecidas, por ejemplo, con base en los movimientos de población, de mercancías e información, los comportamientos humanos, las redes de transporte, las áreas de influencia y jerarquías rurales o urbanas, el desarrollo económico y las finanzas⁵.

La «Revolución Cuantitativa» surgió de la intención por renovar la Geografía Moderna, dejando de lado el «excepcionalismo» es decir, la fragmentación del conocimiento que fue impulsada por el regionalismo, el cual, negaba cualquier tipo de generalización o análisis sistemático. La construcción de una ciencia geográfica unitaria, rigurosa e innovadora implicó el desarrollo de nuevas herramientas tecnológicas, métodos estadísticos para recabar datos y sistemas de información geográfica; con lo cual se pretendía consolidar la formulación de teorías, leyes y modelos fácticamente verificables, enfocados a la descripción y definición de las estructuras u ordenamientos espaciales. Delgado lo describe en los siguientes términos:

El cambio ya aludido implicó poner el espacio como elemento articulador de la disciplina y a éste como objeto mismo de teorización, lo que a su vez trajo como consecuencia un viraje en los métodos, en el lenguaje, en las formas de

⁵ Dentro de la Geografía cuantitativa Delgado (2001) junto con Constenla nombran algunos de las obras y autores precursores de esta vertiente como F.K. Schaeffer, *Excepcionalismo en Geografía* (1953); Chorley y Haggett, *La Geografía y los Modelos socioeconómicos* (1971); Sala y Batalla, *Teorías y Métodos en la Geografía física* (1975).

representación y en las relaciones teóricas con ciencias poco exploradas por los geógrafos, como la matemática, la estadística, la teoría económica neoclásica y la teoría de sistemas, entre otras. [...] La idea central de este nuevo discurso es que lo real es una estructura espacial abstracta y ordenada, cuyo orden es posible de revelar y representar a partir de teorías, leyes y modelos generales como elementos constitutivos de la nueva ciencia espacial (Delgado, 2001:43).

Así, la «Revolución cuantitativa» apareció como una vertiente de la Geografía Moderna con enormes posibilidades para generar datos e información sobre los entornos físicos y sociales, pero constituyendo una «ciencia espacial» desde una lógica meramente técnica e instrumental. Es precisamente este aspecto el que recibe más críticas por parte de la Geografía Radical, pues nuevamente, problematiza la falsa neutralidad en el conocimiento científico, al cuestionar a qué sectores se encamina la producción de ideas e información geográfica, al servicio de cuáles intereses se elaboran las bases de datos estadísticos, la formulación de hipótesis y leyes espaciales. Harvey sostiene que en gran medida, es a causa de la «Revolución cuantitativa» que a partir de 1960 se expanden los ámbitos de participación de los geógrafos profesionales hacia diversos sectores como el aparato estatal, el poder militar, las instituciones supranacionales, las organizaciones no gubernamentales, los ámbitos empresariales y comerciales, la esfera de los medios de comunicación, del ocio y del turismo, las instituciones educativas y de investigación (Harvey, 2000a: 230-237).

La Geografía Radical asume el hecho de que los conocimientos geográficos en cada una de las distintas esferas varían de acuerdo con las necesidades, las normas y los proyectos específicos; lo cual difícilmente se había considerado como una preocupación o un tema de análisis dentro de esta disciplina. El propio Harvey reconoce que el inicio de su trayectoria académica durante la formación que recibió en la Universidad de Cambridge en Inglaterra, la cual estuvo marcada por la influencia del positivismo lógico dentro de la Geografía cuantitativa, no fue lo suficientemente clara respecto a los alcances políticos que tiene esta disciplina, sus potencialidades para influir en distintos tipos de análisis y prácticas sociales (Harvey, 2001a). En el esfuerzo por construir modelos, leyes y teorías cargados de objetividad científica que se alejaran del regionalismo tradicional, el cálculo matemático, la estadística y la eficiencia tecnológica se convirtieron en las herramientas

primeras para intentar abatir las carencias de un conocimiento geográfico que parecía totalmente relativista, pero llevar a cabo una renovación en estos términos tampoco fue suficiente para la vertiente Radical. Harvey considera esta primera etapa de su vida académica de la siguiente forma:

Tradicionalmente, el conocimiento geográfico había estado extremadamente fragmentado, orientado a enfatizar en gran medida lo que se denominaba «excepcionalismo» [...] Quería hacer frente a esta concepción de la geografía insistiendo en la necesidad de comprender el conocimiento geográfico de un modo algo más sistemático. En aquel momento me parecía evidente que había que recurrir a la tradición filosófica del positivismo que, en la década de 1960, continuaba incorporando como parte de sí un poderoso sentimiento acerca de la unidad de la ciencia, proveniente de Carnap [...] Se trataba de un momento en el que, en el seno de la disciplina, existía un fuerte movimiento que apostaba por la introducción de técnicas estadísticas y nuevos métodos cuantitativos en la investigación (Harvey, 2001a: 14-15).

Considero importante aclarar que el carácter «regional» de la Geografía Moderna o su influencia con el «positivismo lógico», no son de por sí, deficiencias teóricas o metodológicas. Es decir, no podemos dar por hecho que el estudio de regiones geográficas o la información cuantitativa sean un rezago que requiere eliminarse en aras a una «nueva geografía» o una «política emancipadora». Es distinto analizar de qué forma las prácticas y los planteamientos asumidos por los estudios regionales o cuantitativos cayeron en un lugar común, en posturas precarias que se reducían a un discurso que no daba respuestas suficientes a los cuestionamientos y las expectativas que planteó una naciente generación de geógrafos durante las últimas décadas del siglo XX.

La Geografía Radical denuncia el riesgo latente de simplificar y dar por sentado las técnicas, las herramientas y los métodos científicos predominantes en la Geografía Regional o en la Revolución cuantitativa. Sin embargo, el objetivo no es atacar la validez científica del conocimiento o su carácter objetivo, sino la construcción de un saber «neutral» que bajo la idea de ser meramente descriptivo o cuantificable, no reconoce las responsabilidades que implica tomar partida por una forma específica de proceder científico. Harvey no niega la importancia que tiene la configuración de regiones y las cualidades específicas que pueden caracterizarlas, ni tampoco rechaza la producción de nuevas tecnologías y bases de información; lo que reclama, es la falta de un

cuestionamiento hacia el conocimiento geográfico, dadas las enormes posibilidades que tiene esta disciplina para influir en la teoría y en la práctica social. Él lo plantea en los siguientes términos:

La supuesta neutralidad de los conocimientos geográficos ha demostrado en el mejor de los casos ser una ficción engañosa, y en el peor un completo fraude. Los conocimientos geográficos siempre tienen un fuerte contenido ideológico interiorizado. [...] Han sido vehículo activo para la transmisión de doctrinas de superioridad racial, cultural, sexual o nacional. [...] Las «realidades» que la geografía presentaba como «realidades de la naturaleza» se han usado para justificar el imperialismo, el neocolonialismo, el expansionismo y las estrategias de dominio geopolítico.

Pero esto no quiere decir que sean inútiles o carentes de importancia, [...] (no en mayor medida que podríamos rechazar los usos de tecnologías porque fueron inventadas con propósitos de dominio militar y destrucción). El problema, tanto dentro como fuera de la Geografía, es tomar estas formas de conocimiento variadas, apreciar las circunstancias de su origen, evaluarlas por los que son y, en lo posible, transformarlas o traducirlas a códigos diferentes, en los que pudieran desempeñar funciones muy distintas (Harvey, 2000a: 250).

Harvey propone ampliar los campos de reflexión geográfica con base en la interpretación del espacio, sus formas de poder social y las potencialidades que presenta para la formulación de geografías alternativas. El espacio social es abordado como una línea que adquiere múltiples escalas de análisis, desde la globalización hasta la corporalidad, en los procesos geopolíticos de alcance mundial que influyen en los contextos particulares pero también en las formas como el ser humano vivencia, construye estrategias para apropiarse y reconstruir los escenarios globales. Harvey pone a discusión el papel que cumplen las creaciones artísticas, arquitectónicas y urbanas para los ordenamientos espaciales, sus representaciones y significados, las maneras como éstos pueden intervenir para crear imágenes del mundo radicalmente distintas (Harvey, 2000b: 119).

El espacio, el poder y la utopía definen vías para reformular las bases de la Geografía Moderna que predominaron hasta mediados del siglo XX, convirtiéndose, estos temas, en una oportunidad para problematizar cómo los seres humanos actuamos y adquirimos conciencia de nuestro lugar en el mundo, cuáles son los escenarios predominantes en los que se inserta la vida colectiva, hacia dónde se puede dirigir la acción

y el pensamiento espacial. La vertiente Radical abre la posibilidad de replantear los métodos y los contenidos de la ciencia geográfica tradicional, a partir de un conocimiento que propone avanzar hacia la búsqueda del “rigor científico, la integridad y la honradez” pero no partiendo de la neutralidad, sino de un proceder utópico que adquiera validez en la medida que exprese marcos de análisis comunes para reconfigurar el mundo social que habitamos.

El proceder utópico: principios mínimos para el reconocimiento de la naturaleza humana.

El pensamiento utópico es la disposición del intelecto para actuar, desear y pensar desde horizontes políticos y epistemológicos diferentes, que vayan más allá de las investigaciones empíricas, las hipótesis verificables, las descripciones rigurosas o la producción de modelos geográficos abstractos. En este sentido, la Geografía Radical propone abordar la utopía como una habilidad que deben adquirir las ciencias particulares para poner en marcha la imaginación y el pensamiento, en aras a la reconfiguración de las imágenes hegemónicas del mundo, cuestionando cuál es la naturaleza y las potencialidades humanas para transformar los entornos vitales y a nosotros mismos. Al respecto Trevor Barnes en su ensayo “Between deduction and dialectics: David Harvey on knowledge”, considera lo siguiente:

Muchas de su ‘pruebas’ no fueron formuladas en términos de la verificación clásica [...] En vez de ello, sus ‘pruebas’ tienen una presencia fantasmal, el fantasma no del pasado, sino de un futuro aún no realizado pero deseado. El tema de la validación para él, por lo tanto, no es el de veracidad o falsedad sino buscar el conocimiento teórico que cambia el mundo para mejorarlo⁶.

Considero que en este punto se ubica uno de los planteamientos más «radicales» de Harvey, en tanto que propone desarrollar el «espíritu especulativo» para construir escenarios geográficos de espacios inexistentes en los que, por ejemplo, desaparezca la

⁶ Many of his ‘proofs’ are not couched in terms of classical verification [...] Instead, his ‘proofs’ are ghostly presence, the ghost not of the past but of a future not yet realized but desired. The issue of validation for him, therefore, is less one of truth or falsity than finding theoretical knowledge that changes the world for the better (Barnes, 2006:38)

acumulación del capital y el enriquecimiento económico de unos a costa de la discriminación, la pobreza y la falta de oportunidades de otros. El pensamiento utópico implica abatir lo que Harvey llama el «pesimismo del intelecto» hacia el que tienden las ciencias sociales contemporáneas desde la afrenta consabida: «no hay alternativas» (Harvey, 2000b:30). Por su parte, considera que estamos ante una posición privilegiada para transformar el mundo, dadas las múltiples vías de acción y reflexión que engendra nuestra propia condición humana.

En este sentido, Harvey retoma la metáfora del arquitecto de Marx para cuestionar el tipo de naturaleza y la «capacidad evolutiva» que estamos en posición de producir como especie. Lo que separa al peor de los arquitectos de la mejor de las abejas –desde la lectura que realiza David Harvey de Marx– es que el arquitecto erige en la imaginación la construcción su trabajo, antes de materializarlo sobre la tierra (Marx, 1976 en Harvey, 2000: 231). Y esto no quiere decir que las abejas, al igual que cualquier otro ser vivo, no tengan la capacidad para modificar sus comportamientos, en función de las condiciones físicas y sociales, abriendo diferentes posibilidades de cambio evolutivo; es un hecho que “cuanto más sabemos respecto a las abejas, la comparación hasta con el mejor trabajo humano (por no decir nada del peor de los arquitectos) parece ser cada vez menos complementaria de nuestras potencialidades supuestamente superiores” (Harvey: 2000b: 232).

Sin embargo, la figura del arquitecto destaca el carácter creativo de las prácticas humanas, la capacidad de preservar, nombrar y reconstruir el mundo poniendo en juego la potencialidades que emergen de la imaginación, por las cuales adquiere sentido, forma y movimiento, tanto la vida como el pensamiento, al margen de cualquier tipo de reduccionismo biológico. La voluntad del ser humano para realizarse como «ser genérico» es lo que Harvey rescata en la figura del arquitecto, el cual tiene el poder de adquirir responsabilidades colectivas, compromisos éticos hacia las distintas formas de vida que habitan el planeta. Y en este sentido, surge la imperante necesidad de cuestionar e imaginar qué tipo de «naturaleza humana» estamos en condiciones de producir como especie.

El pensamiento utópico aparece, en este caso, como un medio para elaborar visiones alternativas respecto a los elementos básicos bajo los que se puede definir el valor de la existencia y la vida humana. Aquí, Harvey distingue entre las utopías «degeneradas» y las «espacio-temporales»; la primera de ellas, ponen especial énfasis en los entornos armónicos, sin conflicto, apartados del mundo «real exterior», las cuales tienen el objetivo de suavizar e inventar la historia o cultivar la nostalgia por un pasado mítico. Algunas de ellas logran materializarse en casos como Disneylandia, en los centros comerciales, las zonas residenciales que de manera superficial asumen una responsabilidad social, pues en la práctica se convierte en una retórica de orgullo y conciencia cívica, exclusión de clases y marginación.

En general, considera que las utopías de este tipo abren una infinita gama de ordenamientos espaciales que ofrecen una igual cantidad de mundos posibles; sin embargo, siempre corren el peligro de materializarse con una fuente inextricable de autoridad, con formas restrictivas de gobierno, vigilancia y control. Para Harvey, la ideología predominante del capitalismo aparece también como una especie de «utopismo degenerado», que en gran parte proviene de los economistas políticos del siglo XIX, en específico de Adam Smith de quien dice lo siguiente: “sus reflexiones sobre la teoría de los sentimientos morales lo llevaron a proponer un utopismo de proceso en el que los deseos individuales, la avaricia, la codicia, los impulsos, la creatividad, etcétera, pudiesen movilizarse mediante la mano oculta del mercado perfecto para beneficio social de todos” (Harvey, 2000: 203).

Frente a la libertad del mercado como medida para aumentar el bienestar material de todo el mundo, a partir de la acumulación y expansión del capitalismo, surge la propuesta harviana que denuncia las inevitables consecuencias reaccionarias del «utopismo degenerado», el cual se encarna, en este caso, en un mundo marcado por enormes desigualdades políticas y económicas. Con base en la lectura del *Manifiesto comunista*, Harvey retoma el hecho de que “hay momentos históricos en que «las fantásticas descripciones de una sociedad futura» pasan a representar «las primeras aspiraciones» de una «completa transformación de la sociedad» [Aunque] el peligro siempre presente es que

lleguemos a creer «en la eficacia milagrosa» de una ciencia utópica” (Marx y Engels, 1955 en Harvey, 2000b: 225). Precisamente, las utopías espacio-temporales tiene la cualidad de atender esta cuestión.

Pienso que la utopía en el caso harviano, pretende cumplir una función conciliadora que parte de reconocer las múltiples y diferentes problemáticas políticas, económicas, culturales, a las que se enfrentan los actores particulares en circunstancias histórico-geográficas determinadas. Así como también, los variados enfoques teóricos que conforman cualquier disciplina, los cuales pueden abordar de manera totalmente distintas el estudio de los procesos y las transformaciones sociales. Y finalmente, en la medida que la utopía espacio-temporal distingue las diversas formas de acción política que se llevan a cabo desde múltiples flancos y con todo tipo de reivindicaciones sociales. Con base en el reconocimiento de las diferencias espaciales, temporales, académicas y políticas, la propuesta harviana consiste en crear vías de comunicación que inciten a la construcción de referentes comunes para llevar a cabo la acción y la construcción del conocimiento social hacia objetivos compartidos.

El pensamiento utópico implica traducir a un mismo lenguaje los fines emancipadores hacia los que se dirige toda ciencia y toda política. En este sentido, Harvey considera que la utopía es el «momento de la universalidad»: “un momento de decisión existencial [...] en el que ciertos principios se materializan mediante la acción en el mundo. Es, por así decirlo, una condición impuesta por la naturaleza a nuestra especie el que tengamos que tomar decisiones (individual y colectivamente) y actuar en función de ellas”. El pensamiento utópico es el momento del «juicio» y la «decisión», donde se pone en juego, cuáles son los principios mínimos de los que depende el reconocimiento de nuestra condición y naturaleza humana.

La utopía espacio temporal es un llamado por parte de la Geografía Radical para participar en el análisis de los procesos históricos y geográficos, discutir las formas como influyen la construcción del conocimiento en la acción social, pero sobre todo crear alternativas para comprender y actuar desde un horizonte teórico y político comprometido con los principios básicos de cooperación y respeto humano hacia las distintas formas de

participar y vivir en el mundo. En este sentido, se plantea un conocimiento que con base en los discursos y las formas de proceder científico que adquieren diferencias fundamentales – como se advierte en el caso de la Geografía Regional a la Revolución Cuantitativa y de ahí a la Geografía Radical– se logren construir campos de reflexión comunes respecto a los elementos que han dado o pueden llegar a dar unidad a la gama de saberes y prácticas teóricas.

En este mismo sentido, la vertiente Radical, al igual que propone una línea de estudio crítica que se aleja de las formas tradicionales como opera la Geografía Moderna, plantea un análisis sobre los elementos comunes, los «componentes estructurales» que pueden considerarse cardinales dentro de esta disciplina. Llevar a cabo dicha tarea lo considera Harvey una oportunidad y una ventaja, pues, en primera instancia, significa aprender a explorar, emplear para objetivos comunes las herramientas teóricas y metodológicas de conocimientos que pueden ser aparentemente incompatibles o radicalmente divergentes. Los cuales, desde un proceder utópico, pueden influir en la construcción de bases mínimas de respeto, de dignidad y reconocimiento de la «naturaleza humana» más allá de la degradación ética, política, social a la que muchas veces conducen las prácticas predominantes del mundo contemporáneo.

Además, el hecho de que existan componentes comunes que den unidad al conocimiento, y a la Geografía como una ciencia particular, es una condición necesaria para llevar a cabo el diálogo y la discusión entre los distintos discursos, corrientes y saberes que se construyen tanto al interior de la disciplina como en amplio campo de la teoría social. Los «componentes estructurales» son coordenadas de análisis, puntos de confluencia que han dado forma y movimiento a la Geografía Moderna, los cuales, en última instancia, pueden convertirse en los elementos rectores que pongan en juego las potencialidades del conocimiento geográfico, las aspiraciones teóricas y políticas a las que atiende la Geografía Radical.

Elementos estructurales comunes de la Geografía Moderna

La construcción de un lenguaje común a partir del cual se puedan expresar los distintos conocimientos geográficos es una condición necesaria e indispensable para que la Geografía Moderna reconozca y lleve a cabo su labor como una ciencia particular que, si bien, cuenta con un campo vasto de producción del conocimiento, tiene como base elementos disciplinarios compartidos. Definir los componentes comunes es un primer paso para reflexionar, a partir de bases sólidas, sobre las formas como intervienen los estudios geográficos, las aportaciones que brinda y las influencias que recibe de otros tantos ámbitos del conocimiento social.

La Geografía Moderna no sólo se articula por una serie de teorías, hipótesis, métodos particulares que son empleados de manera formal al interior de esta ciencia, sino también es una importante receptora de saberes, los cuales tienen –como cualquier otra disciplina– múltiples líneas de comunicación con estudios académicos, fenómenos sociales, proyectos y aspiraciones colectivas. Por ejemplo, la Geografía expresa buena parte de los temores y las certidumbres que el ser humano adquiere ante el mundo; los imaginarios, las prácticas materiales, las capacidades lúdicas, los afanes de dominación que emergen desde el momento en que se reconoce la capacidad humana de mirar, explorar y vivenciar la tierra en cualquiera de sus direcciones, en el encuentro con la alteridad, con la diversidad de formas de vida, entornos, lenguajes que se convierten en materia de análisis para la producción de los conocimientos geográficos.

En general, son cuatro los componentes comunes que identifica Harvey para hablar de la Geografía como una disciplina que es heterogénea en sus discursos y prácticas, flexible hacia otros campos de estudio, pero finalmente con principios básicos que definen su participación dentro del ámbito de la teoría social: 1) La medida del espacio-tiempo, 2) Las identificaciones cartográficas, 3) Las cualidades medioambientales y la relación con la naturaleza, 4) La noción de lugar/región/territorio (Harvey, 2000a:237-249). Considero que estos elementos de la Geografía Moderna se han reformulado en consonancia con las

circunstancias históricas, sociales y filosóficas que surgen desde el Renacimiento, donde las transformaciones y continuidades del mundo, del ser humano y del pensamiento dotan de contenido a los conocimientos geográficos.

a) El «espacio-tiempo» como medida de comprensión del mundo.

Para empezar, la «medida espacio tiempo» remite a la facultad que tiene la Geografía para expresar las distintas formas de representación, interpretación y apropiación del planeta, tanto en sus cualidades materiales como en las circunstancias históricas que lo conforman. Consiste en analizar la serie de localizaciones, trayectorias y establecimientos donde confluyen los actores sociales particulares, quienes dotan de contenido a los ámbitos de negociación cotidiana así como a los procesos de interacción planetaria. Abordar la «medida del espacio tiempo» es la posibilidad que tienen los conocimientos geográficos de representar e interpretar los fenómenos sociales que ocurren en las distintas escalas de ocupación del mundo; a partir de la propia corporalidad, en la creación de los entornos construidos, en los desplazamientos, caminos físicos y virtuales que se diseñan en cada una de las porciones de tierra donde habita la vida y la creatividad humana.

Para Harvey existen cuatro aspectos formales de la práctica espacial que pueden ser extraídos de las concepciones más convencionales: su capacidad de *acceso* y *distanciamiento* a partir del flujo de bienes, dinero, personas, deseos y aspiraciones; el uso del espacio por medio de la *ocupación* de objetos, actividades, individuos, clases o agrupaciones sociales; su *control* administrativo, político o cultural, y finalmente; su constante *reproducción* a partir de la creación de sistemas legales, tecnológicos, científicos y artísticos (Harvey, 1989a: 246-7). Sin embargo, estas prácticas espaciales sólo adquieren contenido al estar en consonancia con las realidades históricas y relaciones sociales particulares que los componen: “[Las] prácticas espaciales no nos pueden decir nada importante por sí solas. Suponerlo sería aceptar la idea de que hay algún lenguaje espacial universal independiente de las prácticas sociales” (Harvey, 1989a: 247).

De este modo, la Geografía Moderna difícilmente puede abordar el espacio como una entidad cerrada o absoluta, dado que ello niega todas las posibilidades de relacionar y configurar las dinámicas sociales que intervienen en él. Es decir, el espacio no es un atributo natural que aparezca de antemano en la realidad, tampoco es una categoría evidente a la conciencia puesto que requiere de la constante interpretación de los fenómenos que acontecen en el mundo, no se puede comprender independientemente de los procesos materiales, de las cualidades y circunstancias que componen la vida humana. La «medida espacio-temporal» es un elemento de la Geografía que adquiere valor y solidez en la formulación de conocimientos geográficos que atiendan a los contextos sociales e históricos particulares, por ello Harvey afirma: “«toda la geografía es geografía histórica» [...] sin ella los conocimientos geográficos tienden a convertirse en estructuras de pensamiento e interpretación muertas e inamovibles, cuando su manifestación más interesante surge invariablemente de observarlas (o incluso ponerlas) en movimiento” (Harvey, 2000a: 241).

Las prácticas y los cambios sociales se relacionan con el conjunto de nociones espacio-temporales en circunstancias histórico geográficas específicas. Es decir, por un lado, las formas como se interpreta la dimensión espacio-temporal introduce ciertas reglas básicas en la vida colectiva (en las relaciones de género, edad, en las estructuras familiares, laborales, estatales) pero, a su vez, los discursos y las prácticas establecidas se agotan o alteran como parte de la misma dinámica social. Las disposiciones espacio-temporales que definen a la Geografía Moderna son componentes estructurales y elementos activos, dado que funcionan como marcos de acción y transformación, los cuales pueden desplegarse de manera rápida y contingente, en procesos de cambio acelerado, pero también durante periodos de larga duración.

La Geografía Moderna desde sus primeras manifestaciones produce transformaciones radicales en este doble sentido. Desde el Renacimiento se adquieren las bases para acelerar los procesos de cambio espacio-temporal, a partir de la creación de nuevas formas de dominio, conquista y ordenamiento de la naturaleza; en la apropiación y transformación de la superficie terrestre a través de la creatividad, la razón y la técnica; en

el afán por clasificar, modificar o hacer habitable cualquier porción del planeta, poniendo en juego la recomposición de los escenarios histórico-geográficos mundiales. Del mismo modo, las nociones del espacio-tiempo renacentista expresan buena parte de las continuidades en las preocupaciones políticas, los proyectos económicos, las configuraciones territoriales, las aspiraciones y temores humanos que desde una lectura de largo alcance, permanecen de forma problemática en nuestros días. Harvey lo menciona en los siguientes términos:

El Renacimiento asistió a una reconstrucción radical de las perspectivas del tiempo y el espacio en el mundo Occidental. Desde un punto de vista etnocéntrico, los viajes de descubrimiento dieron lugar a un asombroso flujo de conocimientos sobre un mundo más vasto que, de una u otra forma, debía ser reconocido y representado. Mostraron que el globo era finito y cognoscible en potencia. En una sociedad cada vez más conciente del lucro, el conocimiento geográfico se convirtió en una valiosa mercancía. La acumulación de riqueza, de poder y capital se vinculó a un conocimiento personalizado del espacio y un control individual sobre este. Por esa misma razón, cada lugar se volvió vulnerable a la influencia de ese mundo más vasto a través del comercio, la competencia intraterritorial, la acción militar, la circulación de nuevas mercancías, de la moneda, etc. Pero en virtud del desarrollo gradual de los procesos que la conforman, la revolución en las concepciones sobre el espacio y el tiempo se desplegó lentamente (Harvey, 1989a: 270-1).

Es un hecho que las ganancias económicas obtenidas del conocimiento geográfico – desde los siglos XV y XVI– se relaciona con las fuentes de poder que adquiere la comprensión espacio-temporal, la cual se define desde entonces como medida de valor monetario, valor simbólico, valor cultural y valor social. Así, en las distintas formas de *accesos, ocupación, control y reproducción* del espacio se ponen en juego relaciones de poder, las cuales adquieren rasgos particulares a lo largo de la Geografía Moderna. Lo importante de reconocer aquí es el carácter activo que adquiere el espacio-tiempo como una herramienta para el conocimiento geográfico capaz de medir cualidades y cantidades; las distancias, las características, los significados de cualquier porción del planeta, los flujos económicos, las circunstancias ambientales, los desplazamientos humanos o la circulación de capitales, es decir, la gama de procesos sociales y naturales que aparecen en escena al momento de intentar comprender el mundo.

b) «Identificaciones cartográficas»: posiciones y perspectivas.

El segundo aspecto, referente a las «identificaciones cartográficas», refleja también la marcada dimensión política que adquiere la Geografía Moderna desde sus inicios. Harvey afirma que la invención del sistema de perspectiva geométrica, trae consigo el desarrollo de un saber matemático cuya influencia en la confección de mapas desempeñó un papel importante para definir la posición dominante del individuo con relación al territorio. Así también, contribuyó en la creación de planos urbanos y modelos arquitectónicos para justificar el ordenamiento de las ciudades, las casas, los edificios, destacando su función social, los principios normativos y, en ocasiones, las visiones utópicas hacia las cuales se debe dirigir la vida colectiva. El desarrollo del perspectivismo se relaciona directamente con una actitud ante el mundo y el conocimiento que toma como punto de referencia la mirada del individuo, pues por medio de ella se propone construir una escala de percepción que mantenga la identidad, la distribución y la proporción geométrica correcta entre la realidad observada y sus representaciones gráficas. En palabras de Harvey:

El perspectivismo concibe el mundo desde el punto de vista del «ojo que ve» del individuo. Otorga importancia a la óptica y a la capacidad del individuo para representar lo que ve en un sentido «verídico», comparada con las verdades supuestas de la mitología o la religión. [...]

La historia de los mapas del Renacimiento que adquirieron cualidades de objetividad, factibilidad y funcionalidad enteramente nuevas, resulta especialmente reveladora. La objetividad en la representación espacial se convirtió en un atributo valioso porque la exactitud de la navegación, la determinación de los derechos de propiedad sobre la tierra, las fronteras políticas, los derechos de tránsito y transporte, etc., asumieron un carácter económica y políticamente perentorio (Harvey, 1989a: 272).

Las cualidades de objetividad, factibilidad y funcionalidad adquiridas en la confección de mapas a partir del perspectivismo, hicieron de la cartografía el apoyo estructural básico de la Geografía Moderna como una fuente de conocimiento y poder social. Las «identificaciones cartográficas» asentaron las bases jurídicas y económicas para la adquisición de los derechos de propiedad y la apropiación tanto de la naturaleza como del trabajo humano en porciones del planeta bien definidas, lo cual se convirtió en una

importante fuente de legitimación durante los procesos de conquista y colonización que Europa llevó a cabo en distintas partes del mundo desde el Renacimiento. En particular, el llamado «descubrimiento» pero sobre todo dominio sobre América, mantiene un estrecho vínculo con el desarrollo de la cartografía; desde el interés por una mayor precisión en la cartas de navegación, en la delimitación de las propiedades territoriales, en los derechos de tránsito y transporte, en las revisiones catastrales y la administración eficiente tanto de la población como de la comercialización de productos.

Buena parte de la cartografía y, en general, de los conocimientos geográficos logran consolidarse a partir de la experiencia específica de Europa Occidental en el Renacimiento, aún cuando es un hecho que cada pueblo o colectividad construye su propia sabiduría geográfica, la cual “es adquirida mediante la experiencia, es codificada y socialmente transmitida como parte de un apartado conceptual con el que los individuos y los grupos se enfrentan al mundo” (Harvey, 1984: 124). Sin embargo, la influencia que tiene Europa durante el Renacimiento en la codificación del espacio, en la transformación de las estructuras del pensamiento, de la imagen del mundo y de los fenómenos histórico-geográficos particulares, ha intervenido inevitablemente en la configuración de las múltiples dinámicas planetarias hasta nuestros días.

En el Renacimiento se retomaron importantes avances geográficos que fueron desarrollados en épocas anteriores, uno de los casos más significativos es la recuperación del conocimiento cartográfico creado por Ptolomeo durante el Siglo II en Grecia, basado en los relatos de marinos, comerciantes y ejércitos que viajaron por Europa, África y Asia en este periodo (Ver imagen A). Harvey considera que la introducción del mapa ptolomeico a Europa Occidental durante el año 1400 asentó las bases para consolidar las «identificaciones cartográficas» de la Geografía Moderna, pues proporcionó las herramientas para llevar a cabo una representación global del mundo, como unidad accesible y cognoscible, que gracias al perspectiva geométrico adquirió un ordenamiento matemático, por el cual podía ser valuada, medida y representada la forma esférica del planeta sobre una superficie plana; lo que en palabras de Harvey, “permitía que la

población de la Tierra, por primera vez en la historia humana, se ubicara dentro de un marco espacial unívoco” (Harvey, 1989a: 277).



Reproducción del Mapa de Ptolomeo. Siglo II d.C. (Imagen A)

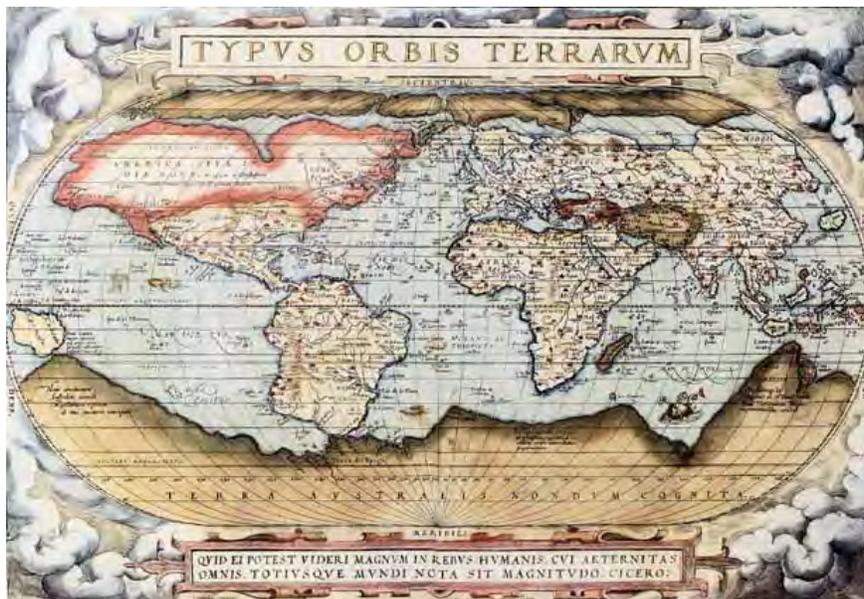
La introducción del mapa Ptolemaico en Florencia en 1400 y su adopción inmediata allí como un medio para ilustrar el espacio geográfico y almacenar información locacional, fue probablemente el avance fundamental en la construcción del conocimiento geográfico tal y como lo conocemos hoy. De ahí en adelante llegó a ser posible en teoría comprender al mundo como una unidad global⁷.



Mapamundi de 1482. Johannes de Armsrhein, Ulm. Basado en descripciones y coordenadas dadas en la obra *Geografía* de Ptolomeo en el año 150 (Imagen B).

⁷ The introduction of the Ptolemaic map into Florence in 1400 and its immediate adoption there as a means to depict geographical space and store locational information, was arguably the fundamental breakthrough in the construction of geographical knowledge as we now know it. Thereafter it became possible in principle to comprehend the world as a global unity (Harvey, 1990: 424).

La introducción del mapa ptolomeico y su adaptación a un sistema geométrico unificado (Ver imagen B y C), reflejó un cambio radical en las identificaciones cartográficas; las cuales, tuvieron como objetivo construir sistemas abstractos y estrictamente funcionales para el ordenamiento, localización e identificación de los fenómenos espaciales. Lo que implicó, la reformulación material y simbólica del mundo de acuerdo con las nuevas exigencias y valores del Renacimiento, además de que el descubrimiento de nuevos usos y beneficios en las prácticas geográficas modernas, afectaron directamente las formas de representar los gobiernos y las políticas hasta nuestros días.



Typus Orbis Terrarum, 1570. Realizado por de Abraham Ortelius, llamado el “Ptolomeo del Siglo XVI”. Su obra más conocida es *Theatrum Orbis Terrarum*, el cual es considera el primer Atlas moderno. (Imagen C)

La importancia política de esta revolución cartográfica merece consideración. Las concepciones matemáticas racionales del espacio y tiempo fueron, por ejemplo, una condición necesaria para las doctrinas de la Ilustración sobre la equidad política y el progreso social. Una de las primeras acciones de la asamblea revolucionaria francesa fue decretar el mapeo sistemático de Francia como una medida para asegurar la equidad de la representación política. Éste es un asunto constitucional tan familiar en

las democracias del mundo [...] que la conexión íntima entre la democracia y el mapeo racional ahora se da por hecho.⁸

De este modo las «identificaciones cartográficas» se han convertido a lo largo de la Geografía Moderna, junto con la comprensión espacio temporal, en una medida de valor ideológico, valor económico, valor social; en una herramienta metodológica con múltiples formas para expresar las políticas de Estado; la capacidad de acceso a los bienes y dineros del mundo; la movilidad de personas, deseos y aspiraciones; la estratificación de clases; el control administrativo, ambiental y cultural, su manejo a partir de los sistemas legales, tecnológicos, científicos y artísticos. Los Sistemas de Información Geográfica, la creación de mapas temáticos, sinópticos, el estudio sobre los mapas mentales y cognitivos, son algunas de las innovaciones del siglo XX que continúan dando unidad y movimiento a las «identificaciones cartográficas». Con base en nuevas tecnologías, procedimientos automáticos de almacenamiento de información, pero sobre todo, a partir del cuestionamiento siempre presente sobre qué lugar ocupamos, dónde podemos situarnos en el mundo, qué papel representamos y cuál son las posibles formas de apropiar y recrear las dinámicas planetarias.

**c) La naturaleza, los discursos
y los valores del «medio ambiente».**

El tercer componente estructural de la Geografía Moderna es el estudio de «las cualidades medioambientales y la relación con la naturaleza», tema que pone a consideración la influencia que reciben y otorgan los conocimientos geográficos al reflexionar sobre las relaciones –posibles o existentes– entre la «naturaleza» y las «creaciones humana». Esto aparece expresado de distintas formas al interior de la Geografía, tanto en las interpretaciones dicotómicas que plantean el reemplazo o la subordinación del medio

⁸ The political significance of this cartographic revolution deserves consideration. Rational Mathematical conceptions of space and time were, for example, a necessary condition for Enlightenment doctrines of political equality and social progress. One of the first actions of the French revolutionary assembly was to ordain the systematic mapping of France as a means to ensure equality of political representation. This is such a familiar constitutional issue in the democracies of the world [...] that the intimate connection between democracy and rational mapping is now taken for granted (Harvey, 1990: 424).

«natural» y los entornos «físicos» por los «ambientes humanos»; así como también, en las perspectivas que definen la interrelación entre «naturaleza» y «creación humana» a partir de ciertas delimitaciones que se consideran «porosas», si no es que cada vez más insignificantes (Harvey, 2000a: 245).

En general, abordar la formas como se entiende y como podría entenderse estas cuestiones, conforma un pilar importante de los conocimientos geográficos puesto que influye en las maneras de interpretar los modos de vida humana y no humana que habitan el planeta. Este tema permite cuestionar de qué manera son abordadas y cómo pueden ser reformuladas las «ciencias naturales», a partir de la interpretación de lo que llamamos «naturaleza», sus distanciamiento y relación con las «ciencias sociales» y «humanidades». Considero que los conocimientos geográficos pueden abrir un campo de discusión, que implique repensar las herramientas y los enfoques para estudiar las circunstancias «físicas» y «naturales» que componen la superficie terrestre, valorando de qué forma, los escenarios geográficos responden a una intrincada relación de elementos sociales, culturales y naturales.

Harvey considera que el primer interés hacia las llamadas «cualidades medioambientales», en el caso de los conocimientos geográficos, surge ante el reconocimiento de la superioridad y el dominio del ser humano frente a la naturaleza, lo cual se enlaza con el impulso renacentista de crear un mundo «a la medida del hombre» en aras al desarrollo y la emancipación de la colectividad humana. Además, esto tiene una estrecha relación con el carácter instrumental y el valor político que adquiere la naturaleza en el proyecto de la Ilustración, cuyos principios tienen una fuerte influencia en las actitudes que se asumen la Geografía Moderna. Al respecto, Harvey dice:

El pensamiento de la Ilustración compartía la creencia de que los secretos de la naturaleza –incluyendo la naturaleza humana– quedaban por revelarse y que el conocimiento –y el auto-conocimiento– podía usarse no solamente para hacer sentir a los seres humanos más en casa y cómodos en el mundo, sino también para abrir un terreno de elección política consciente respecto al curso del desarrollo humano

colectivo. [...] Los principios de la Ilustración han formado poderosamente actitudes hacia el mundo natural en maneras que han persistido hasta hoy en día⁹.

El modo como se conjuga el análisis sobre la naturaleza tanto con las potencialidades de emancipación del individuo como con la formación de una conciencia política, conforman una pieza clave para explorar las «cualidades medioambientales». Pues ellas remiten, precisamente, a los discursos respecto al valor y el significado que adquiere la «naturaleza» para las «realizaciones» del ser humano y la «toma de poder» de los entornos planetarios. Es decir, la concepción y la interpretación de la naturaleza proporcionan un modo privilegiado de crear discursos medioambientales y entender cómo se llevan a cabo, en situaciones histórico geográficas particulares, las formas de poder y cambio social.

Tanto la apreciación de las cualidades de la fauna y la flora, las explicaciones científicas sobre las cambiantes condiciones meteorológicas o climáticas, la construcción de significados simbólicos y prácticas lúdicas entre los humanos y demás seres vivos, así como el desarrollo de las capacidades para observar el paisaje e interpretar sus signos adecuadamente, conforman una gama de conocimientos que varían a partir de formas particulares de interpretar qué es la «naturaleza» y cómo interviene en la acción social. Harvey considera que estas cuestiones se han propuesto englobar dentro en una serie de ejes temáticos respecto al tema medioambiental, que se define de la siguiente manera:

En años recientes [...] ha emergido una dura convención circunscribiendo “asuntos ambientales” a un rango fijo particular de significados posibles, principalmente enfocándose en las relaciones entre la actividad humana y el bienestar por una parte y (a) la condición o “salud” de la biósfera o ecosistema que sostiene la vida humana, (b) las calidades específicas del aire, agua, suelo y paisajes, y (c) las cantidades y calidades de la “base natural de recursos” para la actividad humana, incluyendo activos reproducibles y agotables¹⁰.

⁹ Enlightenment thought did share the belief that the secrets of nature –including human nature– stood to be revealed and that knowledge –and self-knowledge– could be used not only to make human beings more at home with and comfortable in the world but also open up a terrain of conscious political choice as to the trajectory of collective human development. [...] The Enlightenment principles have powerfully shaped attitudes to the natural world in ways that have lasted to this day (Harvey, 1996: 123).

¹⁰ In recent years [...] a rough convention has emerged, which circumscribes “environmental issues” to a particular subset of possible meanings, primarily focusing on the relationships between human activity and well-being, on the one hand and (a) the condition or “health” of the biome or ecosystem which supports human life, (b) specific qualities of air, water, soil, and landscapes, and (c) the quantities and qualities of the

Los enfoques que adquieren estos temas particulares pueden variar enormemente de un discurso medioambiental a otro; por ejemplo, Harvey considera que muchas veces estas cuestiones aparecen marcadas por actitudes triunfalistas que privilegian las transformaciones producidas por el hombre, o por otro lado, se asume un pesimismo determinista que asegura la existencia de fuerzas rectoras a las que difícilmente el ser humano puede escapar. Ambos extremos y también sus posibles matices, desatan polémicos planteamientos que permiten interpretar la transformación del mundo y sus entornos. En el caso de los conocimientos geográficos, se dice que éstos se han producido con base en proyectos y discursos medioambientales que atienden a sectores, intereses y circunstancias particulares, cuyas perspectivas han sido radicalmente distintas.

De este modo la comprensión que se tiene de la «naturaleza» refleja, a partir de los discursos medioambientales, distintas formas de percibir el mundo e interpretar las formas de vida que lo componen; influye para que los individuos, los colectivos o las disciplinas particulares participen en prácticas económicas, políticas y culturales específicas. Como sucede en los casos anteriores, los conocimientos geográficos más que jugar un papel protagónico o exclusivo, se enlazan con otros tantos campos de la teoría social, cuyas ideas intervienen en la relación de dominio y negociación con la «naturaleza», en el desarrollo las potencialidades humanas, sí como en la formulación de intereses y preocupaciones sociales particulares.

**d) «Región, territorio, lugar»:
los referentes y demarcaciones.**

Finalmente, las nociones de «lugar/región/territorio» remiten al último elemento estructural de la Geografía Moderna donde se ponen en juego las escalas de identificación y demarcación de las «entidades» histórico-geográficas particulares, con base en límites que pueden aparecer claramente definidos pero en ocasiones ser un tanto ambiguos si no es que totalmente cambiantes. Es decir, las regiones, los lugares y los territorios se caracterizan,

“nature resource base” for human activity, including both reproducible and exhaustible assets (Harvey, 1996:118).

cada uno de ellos, por conformarse a partir ciertas cualidades especiales que son diseñadas bajo parámetros que pretenden ser funcionales para el ordenamiento de las dinámicas locales y las prácticas planetarias. Considero que este caso, enlaza de manera particular los otros tres componentes básicos de la Geografía Moderna, en la medida que la comprensión del espacio tiempo, las identificaciones cartográficas y las cualidades medioambientales son las que hacen posible acceder a estas «entidades geográficas» que comúnmente aparecen como los referentes primeros hacia los que se abocan las investigaciones y los estudios geográficos específicos, pero a las cuales sólo es posible acceder teniendo como base la comprensión e interpretación de los demás elementos estructurales en su conjunto.

Por ejemplo, las «regiones», consideradas por Harvey uno de los «conceptos geográficos más atrincherados», difícilmente podrían ser reconocidas como tales si no se confeccionan a partir de cartografías particulares, tomando como base formas de apropiación e interpretación tanto de la naturaleza como de las relaciones humanas, pero sobre todo, con base en una comprensión del contexto espacio temporal en el que se configuran. Aún cuando pueden definirse a partir cualidades físicas, materiales o en función de elementos diversos como ideas, estructuras de sentimiento y modos de vida, las «regiones» adquieren un papel funcional – teóricamente sólido y factible en términos metodológicos– cuando se logran enlazar con una conceptualización de las prácticas espaciales, con la creación de mapas y gráficos que las representen, con base en proyectos e intereses particulares en los que se reconoce la función que cumplen las acción social para la configuración de los entornos planetarios.

Aunque aparezca de forma velada en los conocimientos geográficos que se asumen «descriptivos» o «cuantitativos», es un hecho que “las regiones se «hacen» o se construyen tanto en la imaginación como de forma material, y [...] aún siendo como entidades, las regiones se cristalizan como forma distintiva de una mezcla de procesos materiales, sociales y mentales” (Harvey, 2000a: 243). Es decir, adquieren objetividad y se convierten en materia de estudio, sólo en la medida que se nombran y definen «regiones» con base en cualidades particulares, parámetros de observación, análisis e interpretación que involucran a los elementos anteriores. De igual forma sucede en el caso del «territorio», pues una

«definición territorial apropiada» requiere de referentes cartográficos, percepciones del espacio-tiempo y el reconocimiento de las cualidades medioambientales bajo los que se demarcan las divisiones terrestres.

Las configuraciones territoriales generalmente tienen la función de ser una medida de control administrativo, jurídico y económico. Se dice que son la superficie pero también el medio que dota de ubicación y movilidad a los bienes, las aspiraciones, las actividades humanas y no humanas. Las divisiones territoriales confluyen, adquieren valor y son negociables a partir de «cualidades regionales», principios sociales, usos económicos y políticos que se consideran relevantes en cierta porción del planeta durante un momento histórico determinado. Para Harvey, la relación entre territorios y regiones es de suma importancia porque de ello dependen buena parte de las interpretaciones geográficas, particularmente para abordar los conflictos geopolíticos que surgen, por ejemplo, ante la formación de los Estados-nación modernos, en las divisiones terrestres y sus esferas de influencia por parte de las principales potencias capitalistas, en las luchas por el control del territorio para fines colonialistas, militares, así como también en los movimientos de liberación a favor de la autonomía regional de pueblos y colectivos particulares (Harvey, 2000a: 244).

Las regiones y los territorios, se vinculan finalmente con la noción de «lugar», el cual adquiere un carácter totalmente variable, pues en este caso la comprensión espacio-temporal aparece siempre en movimiento dado que difícilmente se puede delimitar dónde empieza y termina un lugar. Las identificaciones cartográficas se diversifican aquí en posibles formas de ubicar los puntos, los trayectos, las intersecciones, las cualidades del entorno que permiten designar el «estar aquí», desde el simple hecho de ubicarnos en el barrio, la ciudad, la casa que habitamos, pero además, lo que se pone en juego son las cualidades materiales e imaginarias, los sentidos colectivos que adquieren los lugares desde el hecho de nombrarlos, denominar donde estamos ubicados en el mundo, las formas de acción y pertenencia cómo es posible «estar aquí». Al respecto, Harvey dice lo siguiente:

El mero acto de nombrar entidades geográficas implica cierto poder sobre ellas, especialmente sobre la manera en que los lugares, sus habitantes y sus funciones sociales, se representan. [...] La designación de lugar dentro de una estructura

socioespacial indica papeles distintivos, capacidades para actuar y acceso al poder dentro del orden social. El cuándo y dónde de diferentes tipos de actividad social y de diferentes maneras de relacionarse, comunican mensajes sociales claros¹¹.

De este modo, las regiones, los territorios y los lugares permiten conforman una pieza clave en el desarrollo de los conocimientos geográficos; son vitales, desde el hecho de nombrarlas y definir las, para llevar a cabo las prácticas colectivas, comprender los distintos roles y posibilidades de participar en las dinámicas cotidianas y los acontecimientos de alcance mundial. Su función es meramente relacional, en tanto que conjugan y ponen a consideración distintas escalas de participación y comprensión de los procesos sociales. Por lo cual, difícilmente pueden considerarse como elementos estáticos, pues adquieren movimiento al momento de participar y problematizar las aspiraciones, las prácticas, los principios políticos y económicos que convergen, por ejemplo, en las demarcaciones de los Estados-nación, en la confrontación y negociación de las barreras espaciales, en los modos de intervención política y social desde los ámbitos locales hasta la esfera global.

Finalmente, la forma en que se articulan los cuatro componentes estructurales plantea distintas maneras de acción y pensamiento, pueden expresar esperanzas y aspiraciones que desempeñen funciones muy distintas en la sociedad. Pero esto más allá de ser un problema o una limitante para la unidad de la Geografía es lo que permite abordarla como un campo complejo de discusión y análisis social. Harvey considera que la fuerza teórica y política de los conocimientos geográficos “aumenta por el hecho de ser considerados tan obvios y banales como para ser indignos de consideración explícita, y mucho menos de una atención cuidadosa” (Harvey, 2000a: 251). Por ello, sólo en la medida que reconozcamos que la Geografía no es un campo neutral de conocimiento –dado que interviene de forma directa en los discursos, prácticas humanas, formas de asumir nuestros posicionamientos en el mundo y valorar los entornos sociales en los que se lleva a cabo la

¹¹ the very act of naming geographical entities implies a power over them, most particularly over the way in which places, their inhabitants and their social functions get represented [...] The assignment of place within a sociospatial structure indicates distinctive roles, capacities for action, and access to power within the social order. The when and where of different kinds of social activity and of different manners of relating convey clear social messages (Harvey, 1990: 419).

acción colectiva– entonces es posible mantener que en el conocimiento geográfico hay una fuerza potencial donde convergen elementos estructurales, que a la vez, se multiplican en expresiones y manifestaciones distintas para acceder a la comprensión del mundo.

La tarea que propone la vertiente Radical es abordar las distintas posibilidades de construir el pensamiento, a partir de bases mínimas de acuerdo y comunicación, en un mundo que adquiere unidad y movimiento a causa de la múltiple gama de ideas, sentido y proyectos que conforman la teoría y la realidad social. En Harvey está claro que existen muchas ventanas para acceder a la interpretación del mundo, todas las cuales pueden avanzar hacia el «rigor científico», «la integridad» y «la honradez», siempre y cuando se problematice de qué manera ellas atienden a los principios básicos de reconocimiento humano. (Harvey, 1984:132).

El objetivo de la vertiente Radical no es hacer una reivindicación privilegiada de una ciencia en particular o de las diferencias que la dividen, sino emplear la capacidad de juzgar, entender y superar los conocimientos interpretados en niveles de abstracción distintos, para crear marcos universales, alternativas teóricas lo suficientemente firmes pero también flexibles que promuevan pensamientos y prácticas geográficas renovadas. En este sentido, la alternativa crítica que plantea el enfoque harviano se considera el mismo al que debe atender la construcción del conocimiento en general; es decir, poner en práctica la imaginación y el intelecto para cuestionar las carencias, las necesidades y las potencialidades de nuestra naturaleza humana, abordando las vías que doten o preserven de un contenido digno a la propia existencia.

Para Harvey es igual de peligroso considerar «obvios y banales» a las nociones geográficas, así como creer que se pueden construir todo tipo de metáforas y traducciones igualmente adecuadas, a partir de ellos. Por una parte, la falta de referentes compartidos hace imposible llevar a cabo un diálogo al interior y con el resto de las disciplinas, pero el hecho de que se construyan puentes de comunicación no significa de antemano, la plena aceptación de cualquier tipo de discurso. Considero que este es uno de los puntos más problemáticos que plantea y al que se enfrenta la vertiente Radical, la cual, con base en la interpretación marxista del capitalismo y el «desarrollo geográfico desigual»,

adquiere enfoques particulares a los que es necesario cuestionar si efectivamente logran ser lo suficientemente conciliadores, universales y flexibles como lo piensa el propio Harvey.

CAPÍTULO II

DE LA GEOGRAFÍA MODERNA A
LA GEOGRAFÍA RADICAL

La Geografía Moderna en el Desarrollo del capitalismo.

El desarrollo del capitalismo, desde sus primeras manifestaciones, ha implicado un reto constante para la construcción de los conocimientos geográficos. De inicio, porque el dominio simultáneo del tiempo y el espacio constituye un elemento sustancial de poder social, para la adquisición de beneficios económicos así como para la conservación del dominio de las estructuras políticas. Esto aparece reflejado desde la conformación de la burguesía a finales de la Edad Media, donde Harvey, siguiendo a Le Goff, afirma lo siguiente: “la naciente burguesía se apropió de las investigaciones sobre el calendario y la medición del tiempo que habían sido promovidas por las órdenes monásticas con el fin de imponer la disciplina religiosa, como un medio para organizar y disciplinar a las poblaciones de las ciudades medievales con relación a una disciplina laboral recién descubierta y muy secular” (Harvey, 1989a: 253).

Como mostré en el capítulo anterior, la eficiencia en la organización espacial que se despliega con el Renacimiento, adquiere igualmente un valor económico y monetario, medido a partir de las ventajas para obtener ganancias y poder, desde el trazado de mapas, la posesión visual y conceptual de los territorios, junto con el reconocimiento de sus cualidades naturales y los marcos de lealtades nacionales. Es decir, para Harvey, “la eficiencia en la organización espacial y en el movimiento constituye un problema importante para todos los capitalistas [...] Las definiciones de ‘organización espacial eficiente’ y ‘tiempo de rotación socialmente necesario’ son normas fundamentales desde las cuales se mide la búsqueda de beneficios” (Harvey, 1989a: 254). Los conocimientos geográficos se convierten, desde esta perspectiva, en una mercancía vital para el capitalismo pero también en una fuente crítica de reflexión respecto a la comprensión espacio-temporal, las formas de poder social en las que ella interviene y es capaz de influir.

Las prácticas espaciales y temporales nunca son neutrales en las cuestiones sociales. Siempre expresan algún tipo de contenido de clase o social y, en la mayor parte de los casos, constituye el núcleo de intensas luchas sociales. Esto puede verse claramente cuando se consideran las formas en que el espacio y el tiempo se

vinculan al dinero, y la manera en que esa conexión se hace cada vez más estricta con el desarrollo del capitalismo (Harvey, 1989a: 265).

Considero que desde esta perspectiva, la Geografía Moderna aparece ligada desde sus inicios con el desarrollo del capitalismo, en tanto que sus «elementos estructurales» surgen precisamente, ante la emergencia de una racionalidad matemática, económica y política que toma como una sus principales prácticas la adquisición de ganancias, a partir de la producción, intercambio y empleo de los conocimientos geográficos, convirtiéndose en una fuente potencial de lucro y obtención de poder. Donde, la comprensión espacio-temporal, las medidas y representaciones cartográficas, el afán por dominar la naturaleza a partir de la acción humana, la conformación de territorios, regiones y lugares, no son un mero producto sino también una fuente activa de prácticas y saberes que ponen en juego las fuerzas dinámicas que intervienen en la acumulación del capital.

Si bien, es un hecho que los análisis geográficos se diversifican en enfoques particulares, en métodos e intereses científicos que han variado enormemente, Harvey considera que los componentes base de la Geografía son tanto resultado como elemento dinámico de la modernidad, entendida como un proceso de larga duración temporal y expansión espacial, relacionado de forma directa con las continuidades y las rupturas que crea el capitalismo. Es decir, el Renacimiento se convierte en el punto de origen que permite vislumbrar los elementos básicos que componen a la Geografía Moderna, a partir de las transformaciones que se llevan a cabo en la sociedad capitalista, en el cual intervienen formas de acción colectiva, relación de poder que se han consolidado y transformado desde el siglo XV.

Los conocimientos geográficos son claves para comprender la destrucción y la reconfiguración de las circunstancias económicas, políticas y sociales que componen el mundo moderno. Esto no quiere decir que la Geografía sea una esfera homogénea de análisis, sino que ha sido participe del capitalismo como un proceso histórico-geográfico de carácter mundial, el cual tiene repercusiones sociales, teóricas y materiales hasta nuestros días. En este sentido, Harvey y la vertiente Radical se encaminan hacia un estudio del

«desarrollo geográfico desigual» del capitalismo desde una lectura y reformulación de la teoría marxista, dado que en ella encuentran un campo de discusión fructífero respecto a las relaciones, interacciones, conflictos y coaliciones que conforman a las sociedades actuales. Con base en una visión «relacional» y «dialéctica» que vivifica las nociones cerradas y sistemáticas del mundo para discutir las conexiones internas que se ponen en juego en la circulación del capital.

A continuación considero importante analizar de qué manera Harvey enlaza el estudio de la Geografía Moderna con la teoría marxista, pues de esto dependen las aportaciones particulares que caracterizan a la vertiente Radical y las alternativas que presenta en la redefinición de esta disciplina. Los planteamientos de Edward Soja resultan claves para continuar reconstruyendo esta trayectoria hacia las ideas y las propuestas de Harvey, dado que Soja se ha encargado de discutir y analizar ampliamente la serie de circunstancias filosóficas, históricas y sociales en las cuales se inserta el conocimiento geográfico contemporáneo. Las maneras en la que éste puede proponer marcos teóricos y epistemológicos donde el espacio, el poder y la utopía se convierten en campos de discusión que, sí bien, parten de la teoría marxista, tiene proyección hacia distintos ámbitos del conocimiento social.

Edward Soja es un geógrafo contemporáneo de la Universidad de California, Estados Unidos. Se ha enfocado a las investigaciones sobre urbanismo, planeamiento regional y al estudio sobre la reestructuración económica y espacial de la región de Los Ángeles. Además ha realizado una amplia reflexión sobre la importancia que adquiere la Geografía Humana para repensar las formas como se interpreta el tiempo, el espacio, la historia y la geografía en los discursos teóricos contemporáneos. En su obra *Postmodern geographies* (1989) aborda desde diferentes flancos a autores como Michel Foucault, John Berger, Fredric Jameson, Ernest Mandel y Henri Lefebvre para indagar de qué modo es posible reformular radicalmente los conocimientos geográficos (Soja, 1989: 3). Muchas de los planteamientos de Soja están en consonancia con las inclinaciones teóricas y políticas de David Harvey pero desde una perspectiva que tiende hacia la valoración y formulación

de «geografías posmodernas», las cuales en gran medida, surgen de la interpretación que realiza Soja sobre la Geografía Radical.

El encuentro de la Geografía Moderna y el Marxismo Occidental.

Edward Soja considera que la Geografía Radical adquiere, desde finales del siglo XX, una importante influencia en el campo de las ciencias sociales, gracias a la introducción del concepto de espacio con base una reformulación crítica del pensamiento marxista. La Geografía Radical y particularmente las propuestas teóricas que realiza David Harvey, son ubicadas por Soja como parte de una amplia tradición de pensamiento filosófico que desde inicios del siglo XX ha retomado las ideas de Marx en distintos enfoque teóricos y latitudes geográficas. El análisis de la modernidad con base en el desarrollo del capitalismo se considera la primera fuente de discusión que se retoma del pensamiento marxista para analizar, por ejemplo, el sentido que adquiere la historia desde la lucha de clases y las transiciones entre los distintos modos de producción, el papel de la técnica y la tecnología para el desarrollo económico, social y cultural, la forma cómo influyen las fuerzas de producción y circulación del capital en la noción del sujeto, las proyecciones que plantea el pensamiento y la práctica socialista, el análisis del método dialéctico, la crítica a la cultura burguesa desde el arte, la filosofía, en el pensamiento político y en los movimientos sociales. Soja retomando a Perry Anderson considera lo siguiente:

Desde 1918 a 1968 [...] Una nueva teoría marxista “postclásica”, cristalizó para cambiar el rumbo de las interpretaciones materialistas históricas, de lo que he denominado modernidad, modernización y modernismo. Geográficamente, esta re teorización se desarrolló desigualmente, teniendo como sus patrias principales Francia, Italia y Alemania, ‘sociedades donde el movimiento obrero tenía suficiente fuerza para constituir una amenaza revolucionaria al capital’. [...] Para Anderson, los padres fundadores de esta contracorriente eran Lukacs, Korsch y Gramsci, mientras detrás de ellos seguían las figuras más modernas de Sartre y Althusser en Francia; Adorno, Benjamin, Marcuse y otros asociados con la Escuela de Frankfurt en Alemania; y Della Volpe y Colletti en Italia¹².

¹² From 1918 to 1968 [...] a new ‘post-classical’ Marxist theory crystallized to redirect historical materialist interpretations of what I have called modernity, modernization and modernism. This retheorization was geographically unevenly developed, finding its primary homelands in France, Italy, and Germany, ‘societies

Para Soja, la idea de modernidad, modernización y modernismo componen en el pensamiento político y filosófico un campo de discusión que ha sido desarrollado en Europa desde distintas vertientes, las cuales han propuesto llevar a cabo una crítica y reformulación del pensamiento marxista. Esto es importante, en la medida que las propuestas de Harvey aparecen inmersas en un amplio movimiento académico y político que lleva a cabo una relectura de Marx, que fue adquiriendo gran presencia en instituciones universitarias y centros de investigación en distintas partes del mundo desde mediados del siglo XX. Pero además la emergencia de David Harvey en el marxismo occidental no sólo se desprende de estos antecedentes, sino también de un giro en el pensamiento marxista que surge a partir de 1970, vinculado con el objetivo de priorizar dentro de los discursos filosóficos que se desprenden del pensamiento marxista, el análisis económico, social y político del mundo capitalista. Nuevamente Soja retomando a Anderson afirma:

Para Anderson, el marxismo parecía estar en retroceso, de la economía pasando por la política para enfocarse en la filosofía, revirtiendo el camino consumado tomado por Marx. [...] Pero para 1970 esta “gran tradición Marxista Occidental” se había “agotado” y estaba siendo reemplazada por ‘otro tipo de cultura marxista, principalmente orientada justo hacia aquellas cuestiones de un orden económico, social o político, que faltaba en sus antecesores.’ Este Marxismo Occidental reestructurado también asumió otra geografía, centrándose en el mundo anglófono en vez de la Europa latina o germánica. Resultando que “las zonas del mundo capitalista tradicionalmente más atrasadas, en cultura Marxista, de repente se convirtieron en muchos sentidos en las más avanzadas”¹³.

where the labour movement was strong enough to pose genuine revolutionary threat to capital”. [...] For Anderson, the founding fathers of this countercurrent were Lukacs, Korsch, and Gramsci, while following in their wake were the more modern figures of Sartre and Althusser in France; Adorno, Benjamin, Marcuse and others associated with the Frankfurt School in Germany; and Della Volpe and Colletti in Italy (Soja, 1989: 39).

¹³ To Anderson, Marxism seemed to be moving backwards, from economics through politics to focus on philosophy, reversing the consummate path taken by Marx. [...] But by the 1970s, this ‘grand Western Marxist tradition’ had ‘run its course’ and was being replaced by ‘another kind of Marxist culture, primarily oriented towards just those questions of an economic, social or political order that had been lacking from its predecessors’. This restructured Western Marxism also took on a different geography, becoming centred in the English-speaking world rather than in Germanic or Latin Europe. As a result, ‘the traditionally most backward zones of the capitalist world, in Marxist culture, have suddenly become many ways the most advanced (Soja, 1989:40).

Los acontecimientos y las transformaciones tanto teóricas como geográficas que conforman la atmosfera del pensamiento marxista, varían a partir de las reestructuraciones de los centros de poder capitalista a lo largo del Siglo XX, e influyen en la emergencia de distintos discursos filosóficos de corte marxista dentro del pensamiento europeo. Para Soja las condiciones y transformaciones geopolíticas que experimentó Europa desde inicios del Siglo XX junto con las lecturas filosóficas del marxismo en distintitos niveles de análisis y latitudes geográficas, es lo que abre camino, en algún sentido, a la teoría espacial dentro de la Geografía Moderna y las ciencias sociales. Pues engarzar el análisis filosófico, en particular, la perspectiva marxista, con los procesos y crisis del capitalismo, y explorar a partir de esto, la dimensión geográfica de los acontecimientos políticos, económicos y filosóficos, es lo que da pauta a buena parte de las discusiones que plantea la Geografía Radical.

En este sentido, Soja considera que el análisis espacial desde la interpretación marxista parte del análisis de la modernización como “un proceso continuo de reestructuración social que periódicamente se acelera para producir una recomposición significativa del ser-tiempo-espacio en sus formas concretas, un cambio en la naturaleza y experiencia de la modernidad que surge principalmente de la dinámica histórica y geográfica de modos de producción”¹⁴. Planteamientos que forman parte de la Geografía Radical y que son desarrollados ampliamente por David Harvey, con base en una lectura del espacio social desde sus relaciones del poder. Para Soja es importante reconocer que los debates filosóficos desarrollados en el ámbito académico francés son los que dan mayor prioridad al enfoque espacial dentro de la teoría marxista, en comparación con la tradición angloamericana y germana. Por ejemplo, destaca los planteamientos de Sartre y Althusser como dos propuestas teóricas divergentes pero que se encuentran en su mutua contribución hacia la «espacialización francesa».

¹⁴ a continuous process of societal restructuring that is periodically accelerated to produce a significant recomposition of space-time-being in their concrete forms, a change in the nature and experience of modernity that arises primarily from the historical and geographical dynamics of modes of production (Soja, 1989: 27)

La ontología fenomenológica Marxificada de Sartre representó una hermenéutica que se centró en la subjetividad, intencionalidad y conciencia del conocimiento aplicadas por agentes humanos no solamente para hacer la historia sino también para formar la cultura política de la vida cotidiana en la moderna sociedad de capital. El estructuralismo de Althusser, en contraste, enfatizó las condiciones y fuerzas sociales más objetivas que forman la lógica fundamental del desarrollo y modernización capitalistas. Ambos contribuyeron a canalizar el marxismo francés de posguerra en dos corrientes disonantes, divididas por sus visiones opuestas de la relación estructura-objeto pero ambas particularmente abiertas a la posibilidad de la espacialización¹⁵.

Es importante reconocer aquí la posibilidad que abre la Filosofía francesa para el desarrollo posterior de la teoría espacial desde una lectura marxista, aún cuando autores como Anderson veían una crisis eminente en el pensamiento marxista, el cual comenzaba a ser desestimado a causas del creciente triunfo del postestructuralismo. En palabras de Soja: “La crisis del marxismo francés que Anderson describe con tristeza como una ‘masacre de antepasados’ fue una crisis de desilusión en la que ‘estalló’ el marxismo francés en una multitud de fragmentos [...] El problemático Foucault –junto con Derrida y muchos otros– diluiría y disminuiría el marxismo aún más, desde el punto de vista de Anderson, promoviendo una contagiosa ‘aleatorización de la historia’ y celebrando la ascendencia jubilosa de una episteme postestructuralista”¹⁶.

Más allá de que el postestructuralismo haya marcado el fin del pensamiento marxista¹⁷, Soja considera éste último adquirió una mayor proyección y problematización gracias al desarrollo de la teoría espacial. El papel que juega Henri Lefebvre es de suma importancia, principalmente porque logró consolidar el análisis espacial que había

¹⁵ The Marxified phenomenological ontology of Sartre represented an hermeneutic that centred on the subjectivity, intentionality, and consciousness of knowledge human agents engaged not only in making history but also in shaping the political culture of everyday life in modern capital society. Althusser’s structuralism, in contrast, emphasized the more objective conditions and social forces which shape the underlying logic of capitalist development and modernization. Each contributed to channeling pos-war French Marxism into two discordant streams, split by opposing views of the structure-subject relation but both peculiarly open to the possibility of spatialization (Soja, 1989:40-1).

¹⁶ “The crisis of French Marxism that Anderson sadly describes as a ‘massacre of ancestors’ was a crisis of disillusionment that ‘exploded’ French Marxism into a multitude of fragments [...] The bedeviling Foucault – with Derrida and many others– would dilute and diminish Marxism still further, in Anderson’s view, promoting a contagious ‘randomization of history’ and celebrating the triumphant ascendancy of a postructuralist episteme” (Soja, 1989:41)

¹⁷ El papel que juega el postestructuralismo en el desarrollo de la teoría espacial de corte marxista es un tema de discusión al que se enfrenta David Harvey a partir de las críticas y las aportaciones que ha retomado en sus planteamientos, lo cual abordaré en siguiente capítulo.

comenzado a vislumbrarse dentro del marxismo francés y además por la fuerte influencia que ha tenido en el desarrollo de la Geografía Moderna de corte marxista, dentro del mundo angloparlante y, en particular, en la Geografía Radical. Es así que dicha vertiente forma parte de una tradición marxista amplia que surge desde inicios del siglo XX, la cual se reconstruyen con base en ciertas rupturas y continuidades tanto teóricas como geopolíticas.

A continuación me interesa retomar las aportaciones que realiza Henri Lefebvre sobre el espacio y su influencia en la consolidación del llamado «materialismo histórico-geográfico». Considero que muchas de las ideas de Lefebvre son retomadas y apropiadas por la vertiente Radical, las cuales permiten analizar, desde otros frentes, de dónde provienen las preocupaciones y los intereses teóricos de Harvey por abordar el espacio, el poder y la utopía desde su propia perspectiva. Henri Lefebvre (1905-1991) es un filósofo y sociólogo francés que en sus primeras investigaciones se aboca al estudio de Nietzsche (1939), Schelling y Hegel, siendo uno de los fundadores de la revista *Philosophe* en la década de 1920 (Harvey, 2000c: 426).

De 1930 a 1958 fue miembro del Partido Comunista Francés, de donde surge su marcado interés por el marxismo y por la construcción de una «filosofía práctica» que pretende consolidar en un giro hacia el análisis espacial y sus formas de poder. Esto se refleja en la serie de obras y artículos publicadas por Lefebvre de 1968 a 1974, entre ellos se ubican *El derecho a la ciudad* (1968), *Espacio y política* (1972) y *The production of space* (1974). En algún sentido, se trata de una segunda etapa en la trayectoria académica de Lefebvre, aún cuando sus intereses por construir una filosofía crítica aparece constantemente pero ahora en relación con un enfoque sociológico y una lectura marxista de los problemas urbanos, políticos y sociales de la vida diaria (Lefebvre: 1972).

Henri Lefebvre y la producción del espacio: Su influencia en la Geografía Radical

Es un hecho que el encuentro de la Geografía Moderna con el Marxismo Occidental da un nuevo rumbo a la construcción del conocimiento espacial, lo cual trae consigo un cambio de perspectiva en ambos discursos, su enriquecimiento y transformación. El punto de partida de esta conexión se ubica en los planteamientos de Henri Lefebvre que culminan en 1974 con su obra *La producción del espacio*; la cual responde a un amplio proyecto que denuncia el aislamiento de la Filosofía Moderna, su especialización y hermetismo, así como el marcado interés por la temporalidad y la historicidad frente al vago reconocimiento de la espacialidad. Lefebvre considera que éste es un tema de problematización filosófica, indispensable para la construcción del conocimiento social desde la vertiente marxista.

Para Soja, Lefebvre es la pauta que permite el resurgimiento y la continuación de la teoría espacial francesa, la cual se dice, tiene una amplia tradición que se remonta a finales del Siglo XVII (Soja, 1989: 41). La influencia que recibe de Hegel, su contacto con el movimiento surrealista, con el existencialismo sartreano y los planteamientos de Althusser, le conduce a una lectura del pensamiento marxista que pretende distanciarse del reduccionismo dogmático, a partir de un análisis más flexible y abierto en el que destaca el espacio como una herramienta teórica para el análisis de las prácticas de la vida diaria. Además Lefebvre afirma que el desarrollo y los cambios masivos en el planeamiento urbano que él mismo atestiguó en la Francia de 1970, se convirtieron en una de las fuentes primeras de sus reflexiones sobre la espacialidad. En palabras de Harvey:

Los dos temas de la urbanización y la producción del espacio se entrelazan en el pensamiento de Lefebvre. Durante los 1960s [...] Lefebvre llegó a reconocer, cada vez más, la importancia de las condiciones urbanas de la vida cotidiana (en contraste a un enfoque estrecho sobre la política del lugar de trabajo) como central en la evolución de sentimientos y política revolucionarios [...] La vida cotidiana igual que la teoría Marxista y la política revolucionaria, tenían que ser reinterpretadas contra este telón de fondo de una producción cambiante del espacio¹⁸.

¹⁸ The two themes of urbanization and the production of space are interlinked in Lefebvre's thought. Increasingly during the 1960s [...] Lefebvre came to recognize the significance of urban conditions of daily

El esfuerzo por revalorar a Marx y contextualizar sus planteamientos, tuvo como punto de partida un proceder dialéctico desde el cual pretendían interpretar las experiencias subjetivas y las condiciones fácticas que producen el espacio social. En este sentido, Lefebvre analiza las formas de apropiación colectiva del espacio, frente al control hegemónico que ejerce sobre éste el Estado y otras formas de poder; ubica los discursos espaciales en los que se fundamentan las estructuras políticas, económicas y jurídicas, así como las contradicciones que surgen a partir del estudio de la vida diaria localizada. En su obra muestra la necesidad de pensar el espacio como una línea de análisis que adquiere unidad en la medida que abre posibilidades de construir perspectivas teóricas abocadas al estudio de la vida práctica y sus relaciones de poder.

A lo largo de los trabajos en los que Lefebvre aborda el tema del espacio, aparece como una constante su interés por el estudio del capitalismo, la industrialización dentro de la «sociedad burocrática del consumo» y el papel que juega el urbanismo en las dinámicas de las sociedades modernas (Ver. Lefebvre, 1968, 1972, 1974). De inicio, asume que la producción del espacio es un fenómeno político y económico que se pone de manifiesto, al indagar los objetivos, intereses e impactos que trae consigo la planeación de caminos, carreteras, canales, sistemas de comunicación y transporte. Al cuestionar cómo influyen las construcciones arquitectónicas en la calidad de vida de los habitantes, el papel que juegan los inversionistas, el capital y el Estado en la rentabilidad, la distribución de la riqueza y el poder; los conflictos entre clases e intereses sociales, las demandas que surgen por un derecho a la vida urbana. Soja considera:

Lefebvre comenzó a reconfigurar su trabajo alrededor de temas tales como la lucha por el control sobre 'el derecho a la ciudad' [...] la urbanización de la conciencia; y el grado en que la transformación del capitalismo, consecuentemente requería de una 'revolución urbana' [...] Entrelazada con estas aproximaciones urbanas estaba la exploración de 'lo repetitivo contra lo

life (as opposed to narrow concentration on work-place politics) as central in the evolution of revolutionary sentiments and politics. [...] Daily life as well as Marxist theory and revolutionary politics, had to be reinterpreted against this background of a changing production of space (Harvey: 2000c:431).

diferencial', una exploración de los efectos homogenizantes del capitalismo desde su capacidad para borrar las diferencias¹⁹.

El urbanismo se convierte en un motivo para acceder al análisis de la vida cotidiana, a los procesos de transformación de las sociedades modernas; para Lefebvre es un eje básico desde el cual se aborda la teoría espacial, puesto que en él convergen las condiciones materiales, los contextos históricos particulares, las demandas políticas en defensa del llamado «derecho a la ciudad», el contenido y el significado social de abordar el tema del espacio. Precisamente para Soja, estas cuestiones son las que componen el aparato más enérgico y original en la obra de Lefebvre, pues en última instancia lo que se pone en juego es la construcción de un conocimiento al que la Geografía Moderna prestó pronta atención.

Conjugar el tema del urbanismo con el estudio sobre el capitalismo se convirtió desde entonces en un campo potencial para analizar el «desarrollo geográfico desigual» de las sociedades contemporáneas. Por ejemplo, confrontando la monotonía en la reproducción de lugares que resultan casi idénticos desde cualquier parte del mundo, la homogeneización en los intercambios económicos, el florecimiento de mercados masivos, la repetición de esquemas políticos y culturales. Fenómenos de escala global que, por otro lado, acontecen bajo diferencias locales de acuerdo con las situaciones geográficas y sociales específicas, con las distintas capacidades empresariales de los territorios, regiones y lugares, con los atractivos que ofrecen ciertas ciudades para el capital, así como la propia dinámica de vida, los anhelos y proyecciones que generan los actores particulares. Es decir, la reproducción de los patrones capitalistas viene acompañada de un carácter distintivo que Lefebvre propone analizar con base en la producción del espacio urbano, en los modos desiguales de apropiación y reconfiguración del planeta.

De este modo, el estudio sobre el «desarrollo geográfico desigual» resultó clave para la propuesta harviana. Aún cuando Lefebvre no fue reconocido como un Geógrafo de

¹⁹ Lefebvre had already begun to recast his work around such themes as the struggle for control over 'the right to the city' [...] the urbanization of consciousness; and the degree to which the transformation of capitalism accordingly required an 'urban revolution' [...] Interwoven with these urban approximations was an exploration of the 'repetitive versus the differential', an exploration of the homogenizing effects of capitalism, its capacity to obliterate differences (Soja, 1989: 49).

su tiempo, a finales del Siglo XX comienza a difundirse sus planteamientos, particularmente en la Geografía Radical que para 1970 comenzaba a consolidarse como un movimiento intelectual reunido en torno a la revista *Antipode*, producida por la Universidad de Clark en Worcester, Massachussets²⁰. Desde entonces, Harvey recupera el análisis sobre la producción del espacio social de Lefebvre a partir del llamado «materialismo histórico-geográfico». Lo cual permitió llevar a cabo este cambio en los modos de pensar el espacio, más allá de su existencia específica o determinada, convirtiéndolo en una herramienta conceptual que funciona como contenedor y elemento activo, desde el cual se pueden distinguir el conjunto de características físicas y prácticas productivas que se desarrollan bajo las condiciones históricas determinadas. Al respecto Soja considera:

El materialismo histórico-geográfico [...] Es un llamado convincente para reformular radicalmente la totalidad de la teoría social crítica como un todo, del Marxismo Occidental en particular y de las muchas maneras en que miramos, conceptualizamos e interpretamos no solamente el espacio en sí, sino todo el rango de relaciones fundamentales entre el espacio, tiempo y ser social en cada nivel de abstracción²¹.

En David Harvey se logra consolidar el «materialismo histórico-geográfico» y el análisis de los «desarrollos geográficos desiguales», convirtiéndose su obra un parteaguas que replantea la Geografía Moderna. En sus escritos y en las discusiones que ha entablado en las últimas décadas con geógrafos, filósofos y científicos sociales, se ponen en juego los temas más polémicos que conforman el análisis actual sobre el conocimiento geográfico, así como también la aplicación de los planteamientos teóricos propuestos, en un inicio, por Henri Lefebvre. En palabras de Soja: “Modern Geography would never be the same after Harvey’s provocative redirection. [...] Although more heterogeneous at first, radical geography moved toward a dedicated Maxification of geographical analysis, again spearheaded by Harvey” (Soja, 1989: 52).

²⁰ Soja, 1989:52, Harvey, 2001b:20, Pillet, 2004 :146.

²¹ This historico-geographical materialism [...] a compelling call for a radical reformulations of critical social theory as a whole, of Western Marxism in particular, and of the many different ways we look at, conceptualize, and interpret not only space itself, but the whole range of fundamental relationships between space, time, and social being at every level of abstraction. (Soja, 1989: 44)

Es un hecho que Henri Lefebvre cumple una función clave para el surgimiento de la Geografía Radical. De inicio, porque da la primera pauta para realizar una lectura de la teoría marxista enfocada al análisis sobre la producción social del espacio, además de que en el Lefebvre aparecen los temas claves a los cuales recurre constantemente Harvey: el espacio, el poder y la utopía. Considero que en el «derecho a la ciudad», un tema recurre en Lefebvre, se concentra estos tres ejes de análisis, dado que discute las formas espaciales y estructuras de poder que construye el capitalismo, planteando la necesidad de reformular el urbanismo, la composición de las ciudades y sus dinámicas cotidiana con base en la construcción de un proyecto «utopiano», en respuesta a las circunstancias económicas, políticas, sociales predominantes (Lefebvre, 1972: 18-21). El propio Harvey reconoce la fuerza activa, política y transformadora que adquieren sus planteamientos:

Lefebvre insiste en que la vida debe vivirse como un proyecto y que el único proyecto intelectual y político que tiene sentido es la vida. *La producción del espacio* no es de ninguna manera el fin de ese proyecto, [...] Sin embargo es un hito vital que merece leerse ampliamente y estudiarse por las posibilidades sin número que contiene²².

Es finalmente, en la búsqueda de un proyecto que dote de sentido al conocimiento social y a la propia existencia donde la lectura y relectura de Lefebvre es fundamental para la vertiente Radical. La cual logra consolidarse gracias a la llegada de Harvey a la ciudad Baltimore en Estados Unidos, pues a través de su incursión a la Universidad de John Hopkins donde adquiere la formación como teórico marxista, además de que dicha ciudad se convertiría en una importante fuente de reflexión geográfica y espacial en el autor.

²² Lefebvre insists that life should be lived as a project and that the only intellectual and political project that makes sense is a life. *The production of space* is by no means the end of that project [...]. But it is a vital marker and one that deserves to be read widely and to be studied for the innumerable possibilities it contains (Harvey, 2000c:431).

La llegada de Harvey a Baltimore: su obra y trayectoria en la teoría marxista.

La primera aparición de un texto marxista en la trayectoria intelectual de Harvey fue *Social justice and the city* (1973), en el cual refleja su rechazo a la creciente tecnificación y matematización de la Geografía como una ciencia meramente descriptiva, en un intento por desligarse de las primeras influencias teóricas que recibió al ser estudiante en la Universidad de Cambridge. Su traslado en 1969 a la Universidad de John Hopkins en Baltimore, marca el rumbo de sus investigaciones en el campo de la Geografía Radical. De principio, su llegada a Estados Unidos coincide con una época de creciente represión social, activismo e inestabilidad política; disputas por los derechos civiles, protestas en contra de la guerra de Vietnam, movimientos sociales y violencia contra estudiantes en distintas partes del mundo. Igualmente, en la vida académica se expandían las alternativas y corrientes teóricas de la Geografía, la cual empezaba a ser influenciada por las humanidades, los enfoques culturalistas, la fenomenología, el existencialismo, el pensamiento simbólico y el propio marxismo. Todas ellas fueron circunstancias que considera Trevor Barnes, marcaron una reformulación de Harvey en los principios sociales y epistemológicos que había asumido anteriormente frente al conocimiento científico.

En particular, la meta de Harvey fue crear ‘teoría revolucionaria’, una teoría ‘legitimada por la práctica revolucionaria’. A diferencia de su método anterior donde la teoría se verifica conectando formalmente la lógica con evidencia empírica, la teoría revolucionaria se verifica con la emergencia de un nuevo mundo²³.

Desde su llegada a la Universidad de Hopkins, Harvey inicia el seminario de lectura y discusión del *Capital*, de donde surge su método radical, explícitamente político y utopista que apunta en contra de los criterios clásicos de validación y que proyecta el rumbo de sus investigaciones posteriores. Pero además, Baltimore no sólo fungió como el primer lugar de residencia de Harvey sino también es un referente para desarrollar gran parte de sus propuestas teóricas, al confrontar en esta ciudad los distintos modos de

²³ In particular, Harvey’s aim was to create ‘revolutionary theory’, a theory ‘validated through revolutionary practice’. Unlike his previous approach in which theory is verified by formally connecting logic and empirical evidence, revolutionary theory is verified by bringing a new world into being (Barnes, 2006: 38)

aprovechamiento del espacio social, las formas como interviene el capitalismo en su dinámica y organización. Siguiendo a Lefebvre, toma como punto de partida las problemáticas en el desarrollo urbano, señala, por ejemplo, las particularidades que presenta Baltimore a causa del número creciente de personas sin hogar en correspondencia con las casas abandonadas por las familias que se desplazan a las zonas residenciales; estudia las desigualdades en oportunidades y niveles de vida, las disparidades en cuanto riquezas y poder, cuestionando los proyectos públicos y privados que pretenden revitalizar a las comunidades empobrecidas fomentando el traslado de los marginados hacia los suburbios (Harvey, 2000b).

Sin embargo, llevar a cabo estas investigaciones sobre el desarrollo urbano y las dinámicas capitalistas desde el campo de la Geografía Radical, implicó un cambio de perspectiva en comparación con Lefebvre, una inversión en el modo de abordar el tema del espacio y definir el papel de la Geografía; más allá de considerarla una disciplina con posibilidades de ser aplicada al marxismo, se ubicó al conocimiento geográfico como elemento constituyente de la propia teoría marxista. En un artículo publicado en 1975 en la Revista *Antipode* Harvey lo señala en los siguientes términos:

“La dimensión espacial de la teoría marxista sobre la acumulación bajo el modo de producción capitalista se ha mantenido mucho tiempo olvidada. [...] Pero un cuidadoso estudio de su obra revela que Marx reconocía que la acumulación del capital se produce en un contexto geográfico y que a su vez produce tipos específicos de estructuras geográficas” (Harvey, 1975:255).

Es decir, la vertiente Radical plantea abrir canales de comunicación e interpretación de los fenómenos espacio-temporales con base en una lectura atenta de los planteamientos de Marx, pero insertando las nociones, las relaciones y los procesos geográficos del mundo contemporáneo. Soja considera que esto condujo a un giro de perspectiva, dado que el análisis sobre el espacio social se convierte, para Harvey, en un elemento crucial dentro de la teoría marxista. Lo cual dio la pauta a las primeras críticas por parte de las corrientes más ortodoxas del marxismo, pues en términos generales, fue cuestionado —el proyecto harviano— por ser un intento de eclecticismo radical, que parecía irreconciliable con el análisis de clase y el propio materialismo histórico, trayendo consigo la pérdida de las

categorías formales de la teoría marxista, además de ser una amenaza incómoda a las divisiones disciplinarias de la vida académica moderna (Soja, 1989:59).

La interpretación harviana sobre el espacio social, como producto y elemento activo que reconstruye las relaciones histórico-geográficas mundiales, es una tarea inconclusa en la que David Harvey sigue realizando aportaciones. *Los límites del Capital* (1982) es, desde su punto de vista, una de las investigaciones más arduas que ha realizado en la que se propuso explicar detalladamente la teoría marxista y la dimensión geográfica que adquiere el desarrollo capitalista. Esto con el objetivo de comprender y ampliar las herramientas teóricas propuestas por Marx, explorando sus planteamientos en búsqueda de los indicios teóricos del concepto de espacio social que permitan llevar a cabo un análisis de las problemáticas y las contradicción que emergen de los procesos histórico-geográficos contemporáneos. En el Epílogo de dicha obra menciona:

La presentación de nuevas preguntas que deben contestarse, de nuevos caminos de investigación que hay que emprender, provoca simultáneamente la reevaluación de los conceptos básicos y la reformación perpetua del aparato conceptual que se usa para describir el mundo. Quizá lo más extraordinario que percibimos al estudiar cuidadosamente a Marx es la intrincada fluidez de su pensamiento, la perpetua creación de nuevas perspectivas dentro del cuerpo de sus escritos. Es extraño [que] muchos marxistas conviertan compromisos muy arraigados y apasionados en dogmatismo doctrinario, tan cerrado a las nuevas oportunidades como los modos de pensar burgueses tradicionales, cuando el propio Marx desmiente totalmente este cierre (Harvey: 1982: 448).

La Geografía Radical aboga para que el análisis espacial sea abordado desde múltiples perspectivas, convirtiéndose en un campo de intensa exploración, con base en la reconstrucción de los textos, narrativas y corrientes teóricas dentro del pensamiento marxista. En Harvey, el tema del urbanismo fue desde un inicio el motivo para abordar la dimensión espacial de la teoría marxista, desde sus primeros textos: *Consciousness and the Urban Experience* (1985a), *The Urbanization of Capital* (1985b) y *The Urban experience* (1989b). En general, las reflexiones sobre el urbanismo aparecen marcadas por la fuerza transformadoras y las relaciones sociales que dotan de vida, de contenido y de conflicto a la ciudad, la cual “nunca ha sido un lugar armonioso, libre de confusiones, conflictos,

violencia [...] la ciudad es el sitio histórico de la destrucción creativa. Sin embargo la ciudad también ha resultado ser una flexible, duradera e innovadora forma social”²⁴.

La acción individual, los procesos sociales y las prácticas colectivas dotan de sentido al análisis de la ciudad; la cual se considera una de las primeras esferas donde ocurren los procesos de adaptación y transformación del espacio social. Por ejemplo, a través de las innovaciones tecnológicas, las manifestaciones culturales, los movimientos sociales y las formas de circulación del capital; todo lo cual marca o influye en los distintos estilos de vida, en los valores políticos y económicos particulares. En este sentido, *La condición de la posmodernidad* (1989a) y *Espacios de esperanza* (2000b) explora la comprensión espacio-temporal del capitalismo actual, con base en el análisis de las prácticas económicas, políticas y culturales predominantes desde 1970, las cuales se despliegan hacia distintas latitudes para reconfigurar las dinámicas urbanas, el carácter de los territorios, las regiones y los lugares del mundo entero.

Es un hecho que Harvey, a lo largo de su trayectoria académica, propone construir alternativas renovadas para reconfigurar el conocimiento marxista, apropiarlo y transformarlo con base en los escenarios histórico-geográficos contemporáneos. Precisamente, sus obras más recientes: *El nuevo imperialismo* (2003) y *Breve historia del neoliberalismo* (2005) están enfocadas a estudiar las características particulares de las instituciones, las estancias y los sistemas económico-políticos predominantes del mundo contemporáneo. Así como también, el grado de influencia y poder que adquieren ciertos centros urbanos, naciones, regiones o zonas geográficas determinadas, dependiendo, por ejemplo, de los acuerdos nacionales e internacionales, de sus características ambientales, del flujo de población y capital que producen.

La Geografía Radical propone estudiar los discursos y las prácticas en los que se sustentan las viejas y nuevas estrategias de acumulación del capital, a partir de una lectura marxista de los procesos de cambio social en el mundo contemporáneo. En la obra de

²⁴ “The city has never been a harmonious place, free of confusions, conflicts, violence [...] the city is the historical site of creative destruction. Yet the city has also proven a remarkably resilient, enduring and innovative social form” (Harvey, 2003a: 939).

Harvey aparece como una constante la necesidad de reformular la Geografía Moderna, a partir de un distanciamiento crítico del carácter y el valor que tiene el conocimiento geográfico desde la lógica del capitalismo. En ello radica una de las principales distinciones de la vertiente Radical frente a lo que él llama la Geografía Burguesa, así como en la forma de interpretar la acumulación y circulación del capital desde una lectura de la teoría marxista.

La Geografía Burguesa y la acumulación del capital desde la perspectiva Radical.

Para Harvey, debe existir necesariamente una relación dialéctica entre el pensamiento burgués y el marxista, el primero es una representación del mundo obtenida desde el punto de vista del *capital* mientras que el segundo es una representación del mundo obtenida en función del *trabajo*. El capital y el trabajo, desde la Geografía Radical, se definen a partir de su mutua conexión, involucran una visión relacional del mundo donde no se parte de categorías de análisis con una «esencia» predeterminada ni responden a una simple dicotomía del pensamiento. Esta relación se entiende a partir de la *acumulación de riqueza* y la *lucha de clases*, procesos que se hallan unidos dentro de las sociedades capitalistas, las cuales suponen la dominación del trabajo y su organización en aras a la producción de beneficios a la clase burguesa. “El trabajador o la trabajadora [...] sólo mandan sobre su capacidad de trabajar, que deben vender en forma de mercancía en el mercado. La dominación surge porque el trabajador debe producir un beneficio al capitalista a cambio de un salario para vivir” (Harvey, 1978: 92).

Para Harvey, esta idea puede resultar excesivamente simplista si damos por sentado la existencia de una «clase trabajadora» homogénea o de una lógica burguesa coherente; él mismo considera que las relaciones que componen el capitalismo involucran procesos culturales, económicos y políticos donde los distintos actores sociales, los intereses y formas de participar del capitalismo, así como su desarrollo geográfico mundial, marcan no sólo diferencias sino puntos de encuentro que no responden exclusivamente a visiones

opuestas del mundo. Ni el conocimiento ni mucho menos la vida colectiva, se reduce a la acumulación de la riqueza y las luchas de clases, de hecho, las más de las veces estos dos ámbitos, así como las variadas dicotomías que provienen del capital/trabajo, se desvanecen o entretienen de formas mucho más complejas dentro del propio individuo, en las prácticas políticas particulares, así como en los movimientos sociales y económicos de carácter mundial.

Aquí, el materialismo dialéctico plantea aumentar la conciencia sobre las contradicciones que conforman las relaciones sociales, como una alternativa para estudiar los procesos económicos y políticos mediante los cuales se lleva a cabo la acumulación de riqueza, y con ello, intentar comprender las transformaciones y continuidades tanto de la historia como de la geografía a lo largo del capitalismo. Situar el pensamiento burgués en confrontación con el marxista es un punto de partida, con base en el cual confrontar la realidad social desde perspectivas y planteamientos encontrados, para después poner en juego las formas como interviene y se diferencian no sólo las categorías de análisis, sino prioritariamente el significado que adquieren los actores particulares, intereses y procesos sociales que dan forma y movimiento al mundo capitalista.

En este sentido, para la Geografía Radical es necesario problematizar las representaciones del mundo que han estado basadas en la lógica del capital, vista desde la acumulación de la riqueza, pues ella ha marcado buena parte de las interpretaciones y usos de la Geografía Moderna, así como el propio desarrollo del capitalismo. Por ejemplo, la Geografía Burguesa, desde la perspectiva Radical, es aquella que parte de los privilegios exclusivos de clase, fomentando prácticas como el racismo, el etnocentrismo y el paternalismo. Convierte los conocimientos y los descubrimientos geográficos en objetos útiles para su comercialización y aprovechamiento económico. Observa las variaciones culturales y los distintos grupos sociales como recursos “abiertos a la explotación rentable mediante un intercambio desigual o forzoso, a la imposición del trabajo asalariado mediante la acumulación primitiva, a la redistribución de trabajadores mediante la migración forzosa” (Harvey, 1984: 125). Realiza una división del mundo en «esferas de influencia» que compiten, a partir de estrategias geopolíticas, económicas y militares, por

controlar el acceso a las materias primas, a las reservas de trabajo y a los mercados financieros desde distintas escalas geográficas.

La Geografía Burguesa, mantiene una marcada preocupación por la configuración racional de los «recursos naturales y humanos», a partir de técnicas de recopilación, codificación y presentación de información rentables para la acumulación del capital y el control social de la fuerza de trabajo. Finalmente, la Geografía Burguesa conserva un fuerte contenido ideológico que surge al intentar adquirir una interpretación objetiva y neutral del mundo, para Harvey: “En cuanto ciencia, trata los fenómenos naturales y sociales como cosas, sujetas a la manipulación, la gestión y la explotación. [...] Aunque aspira al conocimiento universal de la diversidad de la vida en la Tierra, a menudo cultiva perspectivas localistas y etnocéntricas de dicha diversidad. Puede ser un vehículo activo para la transmisión de doctrinas de superioridad racial, cultural, sexual o nacional” (Harvey, 1984: 127).

Harvey considera que hay una influencia mutua entre las formas de pensar y representar el mundo desde la noción burguesa, con las prácticas sociales, económicas y políticas reflejadas en el ámbito social. Pues la construcción de un conocimiento enfocado hacia la competencia y obtención de bienes, ganancias económicas y legitimación geopolítica, moviliza constantemente los imaginarios de empresarios, financieros, promotores, artistas, arquitectos, planificadores públicos y actores sociales. La acumulación de riqueza, las desigualdades de poder político y económico que componen el pensamiento burgués, son cuestiones que Harvey analiza como procesos histórico-geográficos en los que intervienen tanto discursos teóricos como intereses particulares, a los cuales es necesario prestar atención.

El hecho de que la Geografía burguesa responda a una interpretación y una práctica de la geografía basada en la perspectiva de la acumulación de las ganancias, no implica que deba ser desechada –de inicio– sino problematizada a partir de otras tantas perspectivas. En este sentido, Harvey propone construir una Geografía que disponga de formas estratégicas de pensar, las cuales reflejen los conflictos y las contradicciones que componen la sociedad capitalista, logrando abrir canales de comunicación e interpretación común. Se plantea una

Geografía que cuestione, a partir de bases sólidas, las formas de explotación y negación humana, muchas veces inherentes al pensamiento burgués; propone ingresar a la dimensión geográfica de las teorías sociales y definir un proyecto político en el cual se considere la transición del capitalismo hacia formas más justas de desarrollo histórico-geográfico, con base en la interpretación del espacio, el poder y la utopía desde una relectura del pensamiento marxista.

Al respecto, Harvey considera que el carácter espacial de la teoría marxista tiene como punto de partida el análisis del «proceso de acumulación» que compone el modo de producción capitalista, los contextos geográficos particulares donde éste se lleva a cabo y las estructuras geográficas específicas que reconfigura. Una de las ideas principales que guían la interpretación harviana es el hecho de que la acumulación del capital tiene una fuerza permanentemente revolucionaria que remodela la geografía y la historia del planeta, a partir de procesos de corta y larga duración, fases de equilibrio y momentos de crisis. En principio, se dice que la acumulación supone y depende de tres cuestiones principales 1) la existencia de un excedente de trabajo o un «ejército industrial de reserva» que aumente la oferta de fuerza de trabajo, 2) la existencia de medios de producción necesarios (máquinas, materias primas, infraestructuras físicas) que permitan la expansión y la reinversión del capital y 3) la existencia de un mercado que absorba las crecientes cantidades de mercancías producidas (Harvey, 1975:256-7).

Estos tres elementos, están necesariamente integrados para lograr la tendencia capitalista de «acumular por acumular», ampliar la capacidad productiva y explorar nuevas oportunidades de expansión. Para Harvey, los principios de la acumulación que plantea Marx se relacionan directamente con la producción de estructuras espaciales, en tanto que componen una especie de «medio» y también una «solución» al desarrollo del capitalismo, sobre todo, cuando existe una fuerte competencia al interior del mercado o cuando hay un exceso de capital en relación con las oportunidades de emplearlo de manera rentable. De inicio, las mejoras del transporte y la comunicación se consideran inevitables para la acumulación capitalista; la tendencia de superar los obstáculos espaciales se relaciona directamente con la producción de formas baratas y rápidas para que los productos puedan

trasladarse a mercados distantes, abriendo esferas de trabajo en territorios y circunstancias favorables para la adquisición de mayores ganancias.

La acumulación del capital está avocada a ser «geográficamente expansiva» donde lo importante no es la distancia del mercado en el territorio sino la velocidad con que se llega a él. Sin embargo, al superar los obstáculos espaciales se crean estructuras que acaban por convertirse ellas mismas en limitantes para nuevas formas de acumulación. En palabras de Harvey: “el paisaje geográfico que el capital fijo e inmóvil comprende es a un tiempo la gloria coronada del anterior desarrollo del capital y una prisión que inhibe un mayor progreso de la acumulación, porque la misma construcción de este paisaje es antitética a la «destrucción de los obstáculos espaciales» y en último término incluso a la «aniquilación del espacio mediante el tiempo»” (Harvey, 1975: 265). De este modo, el desarrollo capitalista tiene que negociar una «senda estrechísima» entre conservar el valor de anteriores inversiones de capital en el entorno construido y destruir estas inversiones para abrir nuevos espacios de acumulación. Harvey lo plantea en los siguientes términos:

El capitalismo es [...] un modo revolucionario de producción, siempre buscando sin descanso nuevas formas organizativas, nuevas tecnologías, nuevos estilos de vida y nuevas modalidades de producción y explotación. El capitalismo también ha sido revolucionario respecto a sus definiciones sociales objetivas de tiempo y espacio. Efectivamente, al compararse con casi cualquier otra forma de innovación, la reorganización radical de la relación del espacio y de las representaciones espaciales, ha tenido un efecto extraordinariamente poderoso. Las autopistas y los canales, los ferrocarriles, buques de vapor y el telégrafo, el radio y los automóviles, los transportes de contenedores, el jet de carga, la televisión y la telecomunicación, han cambiado las relaciones de tiempo y espacio, obligándonos a nuevas prácticas materiales así como nuevos modos de representación del espacio²⁵.

²⁵ Capitalism is, however, a revolutionary mode of production, always restlessly searching out new organizational forms, new technologies, new lifestyles, and new modalities of production and exploitation. Capitalism has also been revolutionary with respect to its objective social definitions of time and space. Indeed, when compared with almost all other forms of innovation, the radical reorganization of space relation and of spatial representations have had an extraordinarily powerful effect. The turnpikes and canals, the railways, steamships, and telegraph, the radio and the automobiles, containerization, jet cargo transport, television and telecommunications, have altered space and time relations and forced us to new material practices as well as to new modes of representation of space (Harvey, 1990: 424-5).

El paisaje que construye el capitalismo es, desde la lectura marxista, un ámbito de contradicción y tensión que difícilmente conduce a un equilibrio estático o armónico como lo plantea la perspectiva Burguesa. Es decir, Harvey considera que la teoría general de Marx no pretende predecir las formas y manifestaciones «óptimas» del capitalismo bajo condiciones estables, sino indicar su contenido efectivo, producto del imperativo subyacente de acumular riqueza y hacerlo en una escala geográfica que se expande e intensifica en distintas regiones, territorios, lugares del mundo, manifestando políticas, deseos y necesidades sociales desde contextos históricos particulares. En este sentido, el capital “no es una cosa ni un conjunto de instituciones; es un proceso de circulación entre la producción y la realización” (Harvey, 1975:284), el cual se expande, acumula y remodela constantemente, junto con las relaciones sociales, la geografía y la historia.

La circulación del capital surge a partir del «triple imperativo» de la producción, la movilización y la absorción de excedentes de capital y fuerza de trabajo; lo cual Harvey divide en diez puntos generales, los primeros cinco referentes a la compra-venta de fuerza de trabajo. Se considera que la circulación del capital se basa en 1) el incremento del valor de las mercancías sobre los costos absorbidos por la producción, el cual se capta en la forma monetaria del beneficio y en una «tasa de crecimiento positiva», donde 2) La aplicación del trabajo vivo a la producción es la fuente exclusiva de valor añadido, trayendo consigo 3) La explotación del trabajo vivo, el cual es tratado como un «factor» de producción reificado y una condición técnica en la que el trabajo crea más, en la producción, de lo que obtiene mediante el intercambio de su fuerza de trabajo en cuanto mercancía, lo que desata 4) una relación de clase entre quienes compran derechos a la fuerza de trabajo para obtener beneficios y quienes venden derechos de trabajo para vivir, e implica 5) la oposición, antagonismo y enfrentamientos manifiestos, por ejemplo, en las disputas por la tasa salarial y las condiciones de trabajo (duración de la jornada laboral, intensidad del trabajo, control sobre los procesos de trabajo, perpetuación de destrezas, etc) (Harvey, 1985c: 333-4).

Las siguientes cinco características señalan el dinamismo, las tensiones y las crisis inevitables que conforman el proceso de circulación del capital, desde 6) el impulso de

crear revoluciones perpetuas en la productividad, a partir de cambios tecnológicos y organizativos para controlar la intensidad del trabajo y disminuir la fuerza de los trabajadores en la producción; lo cual, influye sobre la oferta de fuerza de trabajo y la tasa salarial mediante la creación de desempleo tecnológicamente inducido. Donde además se lleva a cabo 7) una constante inversión de capital y fuerza de trabajo capaz de alimentar dicho dinamismo tecnológico, a costa de 8) la inestabilidad de la circulación del capital que lo hacen tender a la crisis, dado que el crecimiento y el progreso tecnológico ponen en juego la aplicación del trabajo vivo a la producción y a la vez, su remplazo, lo cual explota periódicamente en alteraciones completas del proceso de circulación, tal como sucede 9) en la crisis que se manifiestan en situaciones donde los excedentes de capital y trabajo ya no pueden absorberse (sobreacumulación) ni desempeñar tareas socialmente útiles. De este modo 10) los excedentes se devalúan en forma de dinero (inflación e impago de deudas), en forma de mercancías (existencias no vendidas, ventas por debajo del precio de coste, desperdicios físicos) o en forma de capacidad productiva (instalaciones productivas inutilizadas o infrautilizadas) (Harvey, 1985c: 335-6).

Harvey siguiendo a Hanna Arendt parte del hecho de que la acumulación del capital va acompañada necesariamente por la acumulación de poder; “El proceso infinito de acumulación de capital necesita la estructura política de una “potencia tan ilimitada” que pueda proteger una propiedad cada vez mayor haciéndose cada vez más poderosa” (Harvey, 2003b: 44). Las formas de poder del capitalismo se ponen en juego en el proceso de circulación del capital, que tiende a la expansión espacial y al desarrollo geográfico desigual, donde la riqueza y el bienestar de ciertos actores y territorios particulares aumenta a expensas de otros. En palabras de Harvey: “Las condiciones geográficas desiguales no surgen simplemente de la distribución desigual de recursos naturales y ventajas posicionales, sino que derivan en gran medida de la elevada concentración de riqueza y poder en ciertos lugares producida por las relaciones asimétricas de intercambio” (Harvey, 2003b: 42).

Para Harvey, el desarrollo del capitalismo requiere ser analizado a partir de las construcciones y reconstrucciones de las dinámicas espaciales, las cuales no sólo permiten

su sobrevivencia, sino además, son referentes indispensables para ubicar las diversas formas de poder social que intervienen en los entornos y agentes particulares, en los territorios, en las relaciones de carácter geopolítico que conforman los escenarios planetarios. La acumulación y circulación tanto del capital como de la fuerza de trabajo, entendido desde el «desarrollo geográfico desigual», abre la posibilidad de abordar el espacio social como el campo de realización de las cualidades materiales, manifestaciones culturales, formas de poder que pone en juego el capitalismo desde circunstancias histórico-geográficas particulares.

La interpretación de Harvey, aún cuando parte de las formas de producción económicas del capitalismo, se inserta dentro de una perspectiva histórico-geográfica donde converge con el estudio de las realidades sociales en su conjunto, con las rupturas y las continuidades de las distintas expresiones, formas de vida, pensamientos, creaciones y potencialidades humanas. Considero que el «desarrollo geográfico desigual» se plantea como una senda alternativa para estudiar el capitalismo desde una perspectiva que aparece en confrontación con la lógica Burguesa, en la medida que señala el carácter problemático de la «acumulación de riqueza», los conflictos y las desigualdades sociales que surgen a partir de la circulación del capital, las formas de dominio y explotación tanto del medio ambiente como de la propia especie humana.

Desde la perspectiva harviana los espacios del capital se reproducen a partir de vías sofisticadas y complejas, a los cuales no es posible acceder a través de dicotomías cerradas o visiones antagónicas del mundo. Dado que el carácter activo que adquiere el capitalismo, no sólo es empleado para el desarrollo de innovaciones tecnológicas, sino también para crear medidas de acumulación y expansión del capital que confluyen con los procesos de cambio social, con las prácticas de vida cotidiana, los imaginarios, pensamientos y aspiraciones particulares. Es decir, difícilmente podemos encontrar fronteras claras entre los sistemas de control hegemónicos y la construcción de vías alternativas, dado que el capitalismo es un proceso social en el que se ponen en movimiento y negociación los distintos ámbitos de la vida colectiva.

De este modo, el análisis del «desarrollo geográfico desigual» es una oportunidad para mantener atentas las miradas y los pensamientos desde varios flancos. En la medida que plantea la posibilidad de acceder al estudio de las realidades sociales, partiendo de la comprensión del capitalismo como un proceso en transformación, que adquiere manifestaciones variadas a partir de contextos y circunstancias particulares. Sin embargo, hay principios mínimos para ubicar que el capitalismo, constantemente se reproduce con base en la acumulación desproporcionada de la riqueza, lo cual no sólo determina la creación de potencias hegemónicas, prácticas intervencionistas por parte de las naciones con mayor influencia económica y política, sino además desigualdades de vida radicales que ponen en cuestión si, efectivamente, existen principios básicos para reconocer nuestra condición humana desde marcos y referentes compartidos.

La vertiente Radical ubica en el «desarrollo geográfico desigual» un referente para analizar las múltiples manifestaciones materiales, culturales, sociales que construyen los espacios del capital. Desde una interpretación que se enfrenta a enormes retos teóricos y políticos, dada la multiplicidad de formas cómo es posible interpretar la realidad y llevar a cabo un análisis de los procesos sociales contemporáneos. Harvey considera que desde las últimas tres décadas del siglo XX se han desarrollado transformaciones claves en el capitalismo, las cuales requieren un análisis particular dado que han reconfigurado las maneras de comprender las nociones de tiempo y espacio social, sus fuentes y alternativas de poder, planteado nuevos desafíos para la construcción del conocimiento geográfico contemporáneo.

La situación actual del capitalismo se inserta en el análisis de lo que Harvey denomina la «condición posmoderna», la cual es abordada como un fenómeno de carácter histórico y geográfico que repercute en los distintos ámbitos de la vida social. Considero que el análisis de la posmodernidad realizado por la vertiente Radical es clave para la reformulación de la ciencia geográfica como una disciplina que participa de forma activa en la construcción de la teoría social. Soja considera que estamos ante la emergencia de las «Geografías Posmodernas», las cuales dotan de rasgos innovadores al conocimiento

geográfico contemporáneo pero también lo enfrentan a una serie de críticas que, en el caso de Harvey, ponen a consideración las limitantes que adquiere la vertiente Radical.

CAPÍTULO III

LAS GEOGRAFÍAS EN LA
«CONDICIÓN POSMODERNA»

Edward Soja: la emergencia de las Geografías Posmodernas

Soja anuncia el paso de la Geografía Moderna hacia las Geografías Postmodernas a partir de tres áreas de estudio que convergen en la teoría social contemporánea, las cuales considera ejes fundamentales para analizar las formas de producción e interpretación del espacio social. La tríada «posthistoricismo», «postfordismo» y «postmodernismo» cimienta las bases de lo que él llama la «especialización flexible», es decir, la apertura del conocimiento social hacia campos y perspectivas integrales que abordan la serie de fenómenos históricos, políticos y filosóficos que confluyen en la construcción del conocimiento geográfico actual. El propósito de Soja es reconocer la influencia que tiene el análisis geográfico dentro de la teoría social, más allá de las fronteras disciplinarias, buscando alternativas para estudiar las transformaciones del mundo moderno, a partir de los factores que han dando emergencia a la posmodernidad.

Respecto al primer eje de la tríada, Soja considera que el posthistoricismo es un movimiento teórico, el cual pretende llevar a cabo la reformulación de la naturaleza y la conceptualización del ser social. A partir de la construcción de una estructura ontológica y epistemológica que ponga en equilibrio las formas de interpretar la historia, la geografía y la sociedad, alejándose de las nociones historicistas que han privilegiado la temporalidad como fundamento primero del ser y del pensar. Precisamente, Soja ubica los planteamientos de Foucault, sobre todo, los que se refieren al análisis de los espacios y las cartografías del poder, como parte de esta restructuración epistemológica que se aleja de los discursos o modelos históricos deterministas para, finalmente, revalorar el papel clave que adquiere el análisis espacial dentro del pensamiento contemporáneo. Al respecto, Soja cita a Foucault:

Es posible que la época actual sea sobre todo la época del espacio. Estamos en la época de lo lejano y lo cercano, del lado a lado, de lo disperso. Estamos en un momento, creo, en que nuestra experiencia del mundo es menos aquella de una

larga vida desarrollándose a través del tiempo, que aquella de una red que conecta puntos y se entrelaza con su propia madeja²⁶.

Para Soja, el posthistoricismo es la pauta que permite posicionar al conocimiento geográfico como una vertiente con múltiples posibilidades de ser explorada, con base en el reconocimiento del carácter activo que tiene el concepto y el análisis espacial dentro de las ciencias sociales. Lo cual se relaciona de manera directa con la reformulación del conocimiento geográfico contemporáneo y, en particular, con las propuestas que realiza la Geografía Radical, cuya principal tarea es repensar la teoría marxista retomando el estudio del espacio social. Aquí, destacan las propuestas que ha realizado David Harvey respecto al capitalismo y sus formas de «desarrollo geográfico desigual»; las cuales, según Soja, superan las nociones historicistas en la medida que cuestiona el papel hegemónico de la temporalidad, desde un esfuerzo por abordar las condiciones y los contextos históricos pero en relación con los referentes espaciales como elementos que influyen, de manera conjunta, en los procesos de cambio social.

El posthistoricismo aparece como una posibilidad de construir referentes y fundamentos filosóficos que logren reflexionar sobre la relevancia que adquiere la noción de espacio. Soja considera que desde distintos ámbitos de la Filosofía; por ejemplo, en la fenomenología, el postestructuralismo y en la teoría marxista, han surgido una serie de reflexiones respecto a las formas en las que se vivencia y se apropia la espacialidad, sus formas materiales, simbólicas y las manifestaciones de poder. Lo cual confluye con la redefinición que adquiere la Geografía desde finales del siglo XX como un campo de análisis abierto e inmerso en la construcción de la teoría social.

El proyecto que plantea Soja como la «especialización flexible» recupera, igualmente, al posfordismo y al postmodernismo como manifestaciones que desde los ámbitos económicos y culturales, han influido en la comprensión y la composición de la sociedad contemporánea. El posfordismo remite a los procesos económicos que desde

²⁶ The present epoch will perhaps be above all the epoch of space. We are in the epoch of the near and far, of the side-by-side, of the dispersed. We are at a moment, I believe, when our experience of the world is less that of a long life developing through time than that of a network that connects points and intersects with its own skein (Foucault, 1986: 22 en Soja, 1989).

1970 han caracterizando el capitalismo actual, particularmente el modo de «producción flexible» entendido como un régimen económico que transformó las maneras como tradicionalmente había sido desarrollado el capitalismo. Se trata de una fase en la que éste adquiere rasgos particulares, de inicio, por la descentralización del trabajo asalariado de la fábrica a otros tantos lugares como el hogar, los talleres de pequeña y media producción, por medio de la subcontratación, los sistemas laborales familiares o domésticos.

De igual modo, el posfordismo se caracteriza por el cambio de la producción de bienes a la producción de servicios; por ejemplo, con la diversificación de lugares de ocio y diversión, o con la iniciativa privada en los ámbitos de salud, educación y vivienda. La expansión geográfica del capitalismo adquiere, a partir de entonces, un alcance planetario pues a través de las innovaciones tecnológicas, los sistemas de comunicación satelital, los medios de transporte de alta velocidad, se logran extender y acelerar los procesos de circulación y acumulación del capital. La diversificación en los estilos de vida y la exploración de las diferencias culturales, raciales, sexuales, se convierten en elementos claves para el posfordismo, sobre todo cuando se trata de innovar mercancías y servicios para la diversidad de gustos, deseos, aspiraciones.

Analizar el mundo contemporáneo con base en el postfordismo, como sistema económico político, permite hacer una valoración integral de los factores y procesos sociales que intervienen en la comprensión del mundo contemporáneo; las distintas formas como se reformulan las imágenes del mundo y las prácticas de la vida diaria con base en un análisis crítico de los espacios que produce el capital. Para Soja, “Aquí también podría plantearse que el espacio hace una diferencia crítica, que revela cómo la reestructuración espacial esconde sus consecuencias, [...] es la clave que da sentido político y teórico a la cambiante economía política del mundo actual”²⁷.

Finalmente, el postmodernismo remite a las formas culturales, los discursos filosóficos y las manifestaciones sociales que surgen ante la crítica del mundo moderno.

²⁷ Here too it can be argued that space makes a critical difference, that revealing how spatial restructuring hides consequences [...] is the key to making political and theoretical sense of the changing political economy of the contemporary world (Soja, 1989: 61).

Aparece como una ruptura radical, cuyo objetivo es cuestionar los fundamentos científicos, artísticos y filosóficos que han caracterizado a la modernidad. Sobre todo, es un campo de discusión que incita a reflexionar los rasgos que caracterizan la vida contemporánea; el carácter «fragmentario» y «transitorio» de los referentes espacio-temporales que dotan de contenido al actuar y al pensar. El posmodernismo es un motivo de análisis, pero sobre todo, de crítica dado que implica poner en duda la existencia de marcos estables en el pensamiento, provoca la interpretación y relectura del mundo con base en las distintas maneras como se vivencia y experimenta la propia vida.

Las «Geografías Posmodernas» son una alternativa para entrelazar e interpretar las propuestas teóricas que resultan de la crítica al historicismo junto con las estructuras económico-políticas y culturales que desde 1970 han reformulado las imágenes del mundo y del pensamiento moderno. Reconociendo, en todos estos ámbitos, la importancia que adquiere el tema del espacio, sobre todo para el desarrollo de las ciencias sociales y la reconfiguración del pensamiento geográfico. Así, la tríada posthistoricismo, postfordismo y postmodernismo aparecen como tres direccionales que comparten campos de reflexión, puntos de vista dentro de la teoría y la práctica espacial.

La tríada espacial permite el tránsito de la Geografía Moderna hacia las «Geografías Posmodernas», cuyas áreas de investigación se vuelven más amplias e integrales; lo suficientemente flexibles como para escapar a las descripciones deterministas. Las «Geografías Posmodernas» tienen la virtud de mostrar una de las caras más críticas y propositivas de lo «posmoderno», con base en un análisis que encuentra diversas escalas de interpretación, desde los ámbitos más abstractos de la teoría social hasta las manifestaciones que se presentan día a día, en la vida cotidiana. Las «Geografías Posmodernas» trazan vías de conocimiento abiertas y factibles con base en lo que Soja denomina la «especialización flexible»:

La especialización flexible es el lugar de trabajo de la geografía humana crítica que significa una resistencia al pensamiento categórico, paradigmático cerrado y rígido; es la capacidad de combinar creativamente lo que en el pasado se consideraba como antitético/incombinable; el rechazo de la totalización de las 'lógicas profundas' que fragmentan nuestros modos de ver; la búsqueda de nuevos modos de interpretar el mundo empírico y arrancar su manto de mistificación

ideológica. Así involucra una suspensión temporal de formalismo epistémico, para permitir que las nuevas combinaciones de historia y geografía se formen dialécticamente y pragmáticamente, libres del estorbo de los sesgos del pasado, pero no obstante, guiadas por el terreno de pruebas de la praxis²⁸.

La reformulación del pensamiento marxista desde la vertiente Radical se valora como un esfuerzo por construir un pensamiento geográfico desde el enfoque de la «especialización flexible». Es un hecho que Harvey no se reconoce como un teórico del movimiento posmoderno, pero asume que deben construirse enfoques críticos que discutan la propia noción de posmodernidad y las formas como se enlaza este fenómeno con la comprensión y el análisis espacial. A continuación expongo los planteamientos que realiza David Harvey al respecto, los cuales dotan de contenido y problematización a la «especialización flexible» de Soja.

La «destrucción creadora» y el paisaje rumbo a la posmodernidad.

La imagen de la «destrucción creadora» es clave para comprender las representaciones del mundo, las concepciones y los pensamientos que dan forma a la noción modernidad, las cuales además, permiten ubicar el dilema del que emerge la llamada «condición posmoderna». Es un hecho que el análisis de la modernidad en Harvey parte de la interpretación del capitalismo; el cual, por su carácter revolucionario y sus formas de «desarrollo geográfico desigual», adquiere como principal cualidad el transformarse junto con las circunstancias espacio-temporales. De este modo, la serie de elementos sociales, culturales y económicos que giran en torno a la circulación del capital, se convierten en los

²⁸ Flexible specialization in the workplace of critical human geography means a resistance to paradigmatic closure and rigidly categorical thinking; the capacity to combine creatively what in the past was considered to be antithetical/uncombinable; the rejection of totalizing 'deep logics' that blinker our ways of seeing; the search for new ways to interpret the empirical world and tear away its layer of ideological mystification. It thus involves a temporary suspension of epistemological formalism to allow the new combinations of history and geography to take shape dialectically and pragmatically, unburdened by the biases of the past but guided nonetheless by the testing ground of praxis.(Soja, 1989:73)

principales motores que conducen a la destrucción y recreación de las condiciones que han permitido la existencia del mundo moderno.

Para Harvey, la modernidad expresa, desde una diversidad de manifestaciones sociales y culturales, el carácter activo que el ser humano adquiere frente al mundo. La vida y el pensamiento moderno, enuncian la lucha por la emancipación, el reconocimiento del individuo como actor social que participa en la configuración y reformulación tanto de la Historia como de la Geografía. La modernidad es un proceso de larga duración y expansión geográfica, en el cual se han puesto en juego los principios básicos bajo los que se rige, y podría llevarse a cabo, la vida social.

La «destrucción creadora», en este caso, remite al carácter revolucionario y creativo del ser humano, a la afirmación de la propia existencia, de las circunstancias y los pensamientos que dotan de sentido, de orden, a la realidad social. Pero también es la posibilidad humana de irrumpir y crear algo nuevo; manifestar en el arte, en la Filosofía, en la vida diaria, lo vulnerable que son los esquemas, las estructuras, las verdades que asumimos como propias. Para Harvey la modernidad tiene una doble cara, por un lado está la noción de cambio, el afán por llevar a cabo una transformación del pensamiento, la sociedad, la ciencia, la política. Por otro lado, la modernidad se enfrenta a sus propias cargas autoritarias cuando las posibilidades de expresión, los principios, las formas de poder se enmarcan en discursos hegemónicos, en prácticas estériles o ideas incuestionables. (Harvey, 1989a:25-55)

Precisamente, el dilema al que se enfrenta la llamada «condición posmoderna» surge de su marcado énfasis por cuestionar la modernidad hasta a su límite, al grado, que se niega tanto su carácter revolucionario como las cargas autoritarias que engendra. Lo interesante de rescatar aquí, para Harvey, es que la imagen de la «destrucción creadora» aparece como telón de fondo de la propia posmodernidad; la cual no refleja, en este sentido, un cambio fundamental respecto a la actitud crítica y reconstructiva que caracteriza a la modernidad. Sin embargo, se considera que la actitud posmoderna proviene, particularmente, de una crítica al «alto modernismo» y a la «modernización de las

economías», manifestación que surge después de la Segunda Guerra Mundial, de las cuales Harvey afirma lo siguiente:

El modernismo «universal» o «alto» que ejerció su hegemonía después de 1945 exhibió una relación mucho más confortable con los centros de poder dominantes de la sociedad. [...] El arte, la arquitectura, la literatura del alto modernismo, se convirtieron en artes y prácticas del *establishment*, en una sociedad donde predominaban, en los planos político y económico, la versión capitalista corporativa del proyecto de desarrollo de la Ilustración para el progreso y la emancipación humana.

La fe «en el progreso lineal, en las verdades absolutas y la planificación racional de los órdenes sociales ideales» en condiciones estandarizadas de conocimiento y producción eran particularmente fuerte. Por lo tanto, el modernismo que surgió en consecuencia fue «positivista, tecnocéntrico y racionalista», al mismo tiempo que se imponía como la obra de una vanguardia de elite formada por urbanistas, artistas, arquitectos y otros guardianes del buen gusto (Harvey, 1989a: 52).

El auge del capitalismo desde mediados del siglo XX se relaciona directamente con una noción de modernidad que luchaba por revitalizar la sociedad y la economía de la posguerra. Reconstruir las ciudades viejas o destruidas, reorganizar los sistemas de transporte de alta velocidad, fomentar la construcción de fábricas, hospitales, escuelas y servicios públicos, adoptar sistemas industrializados y procedimientos de planificación racionales basados en la producción masiva, fueron parte fundamental de la llamada «modernización de la economía». En este sentido, el «alto modernismo» lo denomina Harvey como un proceso de estandarización y uniformidad de la vida social, es “la celebración subterránea del poder y la racionalidad burocráticos y corporativos, bajo la forma de un reiterado culto a la eficiencia de la máquina como mito suficiente para encarnar todas las aspiraciones humanas” (Harvey, 1989a:53).

El papel protagonista que juega Estados Unidos, tanto en el ámbito de la tecnología como en la producción, se vuelve de suma importancia dado que esto le permitió consolidar un liderazgo global, por lo menos de 1945 a 1970. De hecho, Harvey considera que durante este periodo cualquier objeción al domino estadounidense se convertía en un atentando al orden, la prosperidad y la tranquilidad social del mundo entero. Por ello mismo, los acuerdos de seguridad colectiva, el crecimiento económico de los países capitalistas, las

bases de la libertad individual y la solidaridad humana, se lograron cimentar bajo la máscara de la «universalización de los ‘valores americanos’» como lo dice Harvey:

Estados Unidos se mostraba como pináculo de la civilización y bastión de los derechos individuales. Había que cultivar y proyectar hacia el exterior el proamericanismo; y así comenzó el ingente asalto cultural contra los valores europeos «decadentes» y la promoción de la superioridad de la cultura estadounidense y los «valores americanos». El poder del dinero se utilizó para dominar la producción cultural e influir sobre los valores culturales. [...] Hollywood, la música popular, las formas culturales y hasta movimientos políticos como el de los derechos civiles sirvieron para promocionar el deseo de imitar la vía estadounidense (Harvey, 2003b: 58).

La pretensión de universalidad del estilo de vida americano combinado con el desarrollo del capitalismo estadounidense, proporcionaron el fundamento material y político de la crítica social que dio surgimiento a la posmodernidad. En contra de la racionalidad técnica, del poder de las corporaciones, del Estado, de los partidos políticos y de los sindicatos burocráticos surgieron una serie de movimientos contra-culturales y anti-modernistas que hicieron de 1968 – desde Chicago, París, Praga, México, Madrid, Tokio y Berlín– un precursor político y cultural de la posmodernidad. Lo interesante de rescatar aquí es que la imagen de la «destrucción creadora» que dota de orden y movimiento a la modernidad más allá de disolverse apareció con mayor fuerza.

Por una parte, es un hecho que desde finales del siglo XX surgieron todo tipo de movimientos sociales que pretendieron superar o evitar la «modernización de la economía» y de la «alta cultura americana», el propio Harvey asegura que existió un cambio fundamental a partir de entonces. Sin embargo, por otro lado, es necesario cuestionar a qué se refiere la llamada posmodernidad que devino de la actitud anti-moderna, si se trata de una ruptura radical con la modernidad o una rebelión dentro de una determinada tendencia del modernismo, si es un estilo o un concepto de periodización. Si tiene un potencial revolucionario, a causa de su oposición a todas las formas de meta-relato y su preocupación por «otros mundos», o se trata de la comercialización y domesticación del modernismo que conduce hacia un eclecticismo mercantil del «todo vale» (Harvey, 1989a:55-9).

Harvey considera que las transformaciones del capitalismo durante las últimas décadas del siglo XX y la serie de contradicciones que surgieron de la hegemonía global estadounidense, son un referente clave para comprender a qué se refiere la llamada condición posmoderna. En primer lugar, la apertura del mercado fue produciendo, en Estados Unidos, una condición más vulnerable frente a la competencia internacional, se dice que particularmente Alemania Occidental y Japón recuperaron progresivamente su capacidad económica hasta desafiar el dominio estadounidense, en el ámbito de la producción, durante la década de 1960. De este modo, “cuando la capacidad de Estados Unidos para absorber internamente capitales excedentarios comenzó a decaer a finales de la década, la sobreacumulación se convirtió en un problema y agudizó la competencia económica” (Harvey, 2003b: 60).

El problema de la sobreacumulación del capital fue decisivo en 1973, el cual se manifestó en un periodo de crisis económica, cuyo impacto en el ámbito social y cultural produjo múltiples reestructuraciones. En segundo lugar, otro hecho decisivo es la forma como se fue desplazando la posición de Estados Unidos de una defensa hacia los movimientos de liberación nacional, hasta convertirse en adversario de cualquier movimiento populista o democrático que pretendía optar por vías no capitalistas para la mejora de la situación social; “Estados Unidos hizo cuanto pudo por socavar el socialismo, y en ocasiones por subvertir la socialdemocracia en Europa, mientras regímenes salvajemente dictatoriales, como los de Argentina en la década de los setenta, Arabia Saudí, el del sah de Irán o de Suharto en Indonesia, fueron apoyados incondicionalmente por el poderío militar y económico estadounidense, ya que colaboraban con los intereses de Estados Unidos” (Harvey, 2003b: 60).

Los intereses y las políticas que Estados Unidos justificaba en nombre del progreso, el orden y la paz internacional fueron cada vez más cuestionadas. Por una parte, la desaprobación formal del racismo a escala internacional parecía contrapuesta a la marcada discriminación racial que Estados Unidos promovía en el interior. Además, el colapso de los acuerdos internacionales tras la Segunda Guerra Mundial y el creciente poder sindical de los trabajadores fueron algunos de los acontecimientos que, aunados con la

sobreacumulación del capital, hicieron que la posición económica y política de este país se volviera insostenible.

Todo esto para Harvey es importante de señalar dado que muestra la crisis a la que se enfrenta el capitalismo después del auge que adquiere la llamada «modernización de las economías». La actitud anti-moderna adquiere una fuerza crítica que surge, a la par, de la necesidad de transformar las prácticas económicas y políticas posteriores al boom de la posguerra. Es decir, para Harvey, los primeros referentes que permiten ubicar la emergencia de la posmodernidad son precisamente, aquellos que se dirigen a la forma que adquiere el capitalismo después de 1970. El cual manifiesta un cambio radical en los modos de acumulación y circulación del capital, una transformación en las formas de comprender el espacio y el tiempo, pero además, una actitud ante el mundo que destaca el aspecto fragmentario, efímero y caótico tanto del pensamiento como de la vida social.

Para Harvey es un hecho que la imagen de la «destrucción creadora» bosqueja el paisaje de la posmodernidad, el cual mantiene una línea de continuidad con la cara más caótica, fugitiva y trasgresora de la modernidad. Más allá de tratarse de una nueva época – dado que difícilmente puede contemplarse, debido a su abrumadora presencia– la posmodernidad para Harvey responde a una condición histórico-geográfica particular que desde hace varias décadas ha influido de manera directa en las maneras de interpretar el mundo y actuar en él. En palabras de Harvey: “Representa un recomienzo (si lo hay) en las formas de pensar aquello que puede o debe hacerse acerca de la condición social, [y] refleja un cambio en el modo en que funciona hoy el capitalismo” (Harvey, 1989a:133).

Del fordismo a la acumulación flexible: la comprensión espacio-temporal.

El análisis de la posmodernidad en Harvey tiene como punto de partida el estudio de la crisis del capitalismo posterior al *boom* de la posguerra, es decir, el conjunto de prácticas, medidas de control de trabajo, combinaciones tecnológicas, hábitos de consumo y configuraciones del poder económico-político de carácter fordista-keynesiano que comenzaron a perder fuerza a finales del siglo XX. En términos generales, lo característico

de Ford, según Harvey, “fue su concepción, su reconocimiento explícito de que la producción en masa significaba un consumo masivo, un nuevo sistema de reproducción de la fuerza de trabajo, una nueva política de control y dirección del trabajo, una nueva estética y una nueva psicología; en una palabra: un nuevo tipo de sociedad racionalizada, modernista, populista y democrática” (Harvey, 1989a: 148).

Harvey considera que desde 1945, a finales de la Segunda Guerra Mundial, el fordismo se convirtió en un régimen de acumulación maduro, fecundo y definido gracias a su conexión con la política keynesiana, por medio de la cual el Estado asumió una intervención directa en el desarrollo del capitalismo. Por ejemplo, a partir de la inversión en sectores como el transporte y los servicios públicos, haciéndose responsable de cuestiones como la seguridad social, el cuidado de la salud, la educación y la vivienda. El fordismo de la posguerra lo define Harvey como una forma de vida total, donde la producción en masa significaba uniformidad del producto así como consumo masivo, una expansión del comercio mundial y de la inversión internacional.

Sin embargo, para 1970 los beneficios del fordismo parecían contrastarse cada vez más con las tensiones y movimientos sociales de los sectores no beneficiados; pues aquellos que no podían acceder al «trabajo privilegiado en la producción masiva», tampoco tenían acceso a las tan «elogiadas gratificaciones del consumo masivo» (Harvey, 1989a: 161). Además, las críticas hacia la «estética funcionalista», al diseño racioanalizado y despersonalizado, se hicieron saber desde los movimientos contra-culturales y anti-modernistas. Para quienes la plena integración al fordismo significaba no sólo ventajas en niveles de vida y servicios, sino también la destrucción de las manifestaciones, estilos de vida, valores culturales, trayendo consigo la desigualdad social a costa de los privilegios de regiones, naciones o actores particulares.

Los contrastes entre las prácticas económicas del *boom* de la posguerra y aquellas que surgen a finales del siglo XX, constituyen para Harvey el vínculo directo para explicar la condición posmoderna. El régimen posfordista que se desarrolló después de 1973 planteó el problema del capitalismo actual en términos de rigidez, tanto en las inversiones de largo plazo como en los sistemas de producción en masa, en los mercados de consumo y de la

fuerza de trabajo, en los contratos laborales y en los compromisos estatales. La rigidez del fordismo se contrapone con la llamada «acumulación flexible» que puso especial énfasis en la rápida destrucción y reconstrucción de los procesos laborales, de los productos y de las pautas de consumo. Aparecieron desde entonces, como una tendencia generalizada, los contratos o subcontratos temporales que apelaban a una fuerza de trabajo que pudiera reclutarse y despedirse rápidamente.

El sistema económico implementado desde 1972 transformó el equilibrio del capitalismo global, otorgando una mayor autonomía al sistema bancario y financiero, lo que a la vez, alejó paulatinamente las políticas del Estado benefactor para situarlo en una posición mucho más problemática. Las coberturas de seguros, los derechos de pensiones, los niveles salariales y la seguridad laboral fueron decreciendo gradualmente dentro de las políticas estatales. Además, la estructura del mercado laboral adquirió una organización mucho más compleja que la obrero-patronal, dado que la formación de pequeñas empresas, los sistemas de trabajo doméstico, el crecimiento de las economías informales y la oleadas de inmigrantes a las grandes ciudades, fueron factores que pusieron en marcha relaciones y jerarquías laborales en los contextos más inmediatos, en las esferas inter-familiares y en los espacios locales de negociación cotidiana.

Frente a la producción masiva fordista, la acumulación flexible propuso explorar ámbitos de mercado altamente especializados y de pequeña escala, donde las nuevas tecnologías y formas organizativas influyeron a que acelera el proceso de circulación del capital. Desde el punto de vista del consumo, la acumulación flexible estuvo acompañada de la transformación cultural hacia el posmodernismo, en gran parte porque apropió las demandas por atender y crear necesidades, estilos de vida y movilizaciones con reivindicaciones totalmente diversificadas. En palabras de Harvey: “La estética relativamente estable del modernismo fordista ha dado lugar a todo el fermento de inestabilidad y las cualidades transitorias de una estética posmodernista que celebra la diferencia, lo efímero, el espectáculo, la moda y la mercantilización de las formas culturales (Harvey, 1989a: 180)”.

Precisamente, la llamada «condición posmoderna» remite, en primera instancia, a las nuevas formas de consumo que surgen con la transición del fordismo a la acumulación flexible. Sin embargo, visto desde una perspectiva más amplia, las innovaciones en el ámbito del consumo condujeron a una revaloración completa de los usos y los significados que adquiere el espacio y el tiempo durante las últimas décadas del siglo XX. Esto es lo que adquiere mayor atención en el análisis del capitalismo contemporáneo que realiza Harvey, sobre todo porque significa poner a discusión las formas de comprender, en términos teóricos, el impacto que tiene la renovación del sistema económico en las transformaciones culturales, en los planteamientos filosóficos y en las prácticas de la vida que componen a la sociedad actual.

La propagación del gusto y las culturas populares, el acceso y el control de los flujos de información, el desplazamiento del consumo de mercancías hacia el consumo de servicios, son componentes claves para analizar la posmodernidad. Es un hecho que la volatilidad de las modas, los productos, las ideas e ideologías se relaciona directamente con las facilidades que adquiere el sistema de acumulación flexible para construir y recrear constantemente imágenes del mundo y de nosotros mismos. Esto, adquiere múltiples contradicciones, dado que el capitalismo contemporáneo se puede interpretar como una fuente legítima que explorar y reivindicar la diferencia, pero bajo el entendido de que las ganancias y los beneficios económicos se retienen en los sectores empresariales. En palabras de Harvey:

Es así como el carácter efímero de esas imágenes se puede interpretar en parte como una lucha de los grupos oprimidos de cualquier índole por establecer su propia identidad (con arreglo a la cultura de la calle, los estilos musicales, los usos y las modas que ellos mismos construyen) y convertir rápidamente esas innovaciones en ventajas comerciales (Harvey, 1989a: 329).

Pero además, las producciones y reproducciones de imágenes remodelan las formas como se vivencia el espacio social; por ejemplo, cuando las imágenes se convierten en simulacros materiales bajo la forma de edificios, acontecimientos, espectáculos que remiten a épocas pasadas, lugares lejanos o mundos posibles. El caso de la arquitectura posmoderna tiene para Harvey particular relevancia pues, más allá de crear modos de planificación

racional y funcionalistas, adquiere mayor valor el diseño y la apariencia de las ciudades, la propagación del gusto y las diferencias estéticas. La producción de barrios o ambientes urbanos basados en la ornamentación y el embellecimiento, conforman una especie de eclecticismo arquitectónico con referencias yuxtapuestas al pasado y a distintos sitios del mundo. Por lo que “la geografía de los diversos gustos y culturas se ha convertido en un pot-pourri de internacionalismo que, en varios sentidos, quizás a causa de su abigarrada mezcla, tiene un impacto que nunca antes alcanzó el alto internacionalismo” (Harvey, 1989a: 107).

Harvey define la posmodernidad como una tendencia a la «fragmentación» de estilos; un esfuerzo por «reivindicar la identidad» de personas, pueblos o colectivos a partir de imágenes que recuperen, aunque sea de modo superficial, el sentido de pertenencia a un sitio particular. Pero además con un «efecto esquizofrénico», en el cual, la ficción y el *collage* aparecen inmersos en una atmósfera de caos que se conjunta con el afán por construir e inventar una memoria colectiva y una cierta continuidad histórica. Así la noción de espacio-tiempo posmoderna, adquiere un carácter problemático en la medida que acentúa los valores y las virtudes de la instantaneidad, la manipulación constante de los deseos y los gustos, pero a la vez, en búsqueda de autenticidad, de raíces históricas y vínculos más seguros que devienen en un renovado interés por la tradición, la familia, la comunidad y la religiosidad. En palabras de Harvey:

La ironía consiste en que hoy la tradición a menudo se conserva cuando entra en la mercantilización y la comercialización. La búsqueda de raíces, en el peor de los casos, termina siendo producida y vendida como una imagen, un simulacro o pastiche. [...] La fotografía, el documento, el paisaje y la reproducción se convierten en historia, precisamente por lo abrumador de su presencia. [...] En el mejor de los casos, la tradición histórica se reorganiza como una cultura de museo, no necesariamente del alto arte modernista, sino de la historia local, de la producción local, de cómo se hacían antes las cosas, cómo se vendían, se consumían y se integraban en una vida diaria cotidiana que se ha perdido hace mucho tiempo, a menudo idealizada.

Por medio de la recreación de imágenes que remiten a un pasado o a un porvenir parcialmente ilusorio, se hace posible dotar de significado a ciertas formas de identidad local pero siempre bajo los costos y provechos económicos que fomenta el capitalismo.

Aquí, la aniquilación del espacio por el tiempo adquiere una cualidad radicalmente distinta a los procesos de acumulación de periodos anteriores, sobre todo, por el impacto que adquieren las distintas formas de simulacros en la vida cotidiana, al reunir diferentes mundos e imágenes en un mismo instante, encubriendo casi perfectamente cualquier huella de origen, de los procesos de trabajo que los produjeron o de las relaciones sociales implicadas en su producción.

Por ejemplo, los distintos estilos de comidas regionales, los productos del supermercado, los eventos populares, los programas de televisión, el cine y los centros de entretenimiento muestran de distintas formas como coexisten en un mismo espacio y tiempo, formas culturales o mercancías que provienen de cualquier parte del planeta y que se insertan en los espacios locales de quehacer cotidiano, creando un «anárquico paisaje de mundos plurales» (Harvey, 1989a: 333). Por una parte, los rasgos que diferencian a los múltiples lugares que componen el mundo capitalista parecen derrumbarse unos con otros. Sin embargo, esto no quiere decir que la comprensión y las prácticas espaciales tengan un carácter homogéneo en el sistema de consumo y producción flexible.

De hecho, el capitalismo adquiere cuantiosas ventajas sobre todo cuando se trata de aprovechar las mínimas diferencias espaciales que logran hacer de un lugar atractivo para la inversión y la expansión del capital. Esto significa que la disminución de las barreras espaciales obliga a analizar con mayor detalle el desarrollo del capitalismo bajo circunstancias histórico-geográficas particulares, las cuales parecen no ser del todo contingentes, sobre todo cuando se trata de reafirmar y delinear las jerarquías económicas, los niveles de influencia políticas de naciones y regiones, la competencia empresarial y las formas como se redefine la fuerza de trabajo. En palabras de Harvey:

Así, las pequeñas diferencias en aquello que el espacio contiene bajo la forma de abastecimientos, recursos, infraestructuras y cuestiones semejantes han adquirido una mayor significación. [Por ejemplo,] La movilidad geográfica y la descentralización se utilizan contra un poder sindical que, tradicionalmente, se concentraba en las fábricas de producción masiva. [...] La disponibilidad local de recursos materiales de calidad especial, o a costos marginales más bajos, comienza a ser cada vez más importante. [...] También cuentan las diferencias locales en capacidades empresariales, *know-how* científico y técnico, actitudes sociales, mientras que las redes locales de influencia y poder, las estrategias de

acumulación de las elites gobernantes locales (entendidas como opuestas a las políticas del Estado nacional) también intervienen con mayor profundidad en el régimen de acumulación flexible (Harvey, 1989a: 325-6).

Es importante estudiar las características que adquiere el capitalismo en el sistema de acumulación flexible, dado que permite acceder a las formas más «tangibles» y «materiales» que dotan de significado a las manifestaciones espacio temporales de la condición posmoderna. Es decir, si bien es un hecho que la posmodernidad se caracteriza por el marcado énfasis en la fragmentación y la disolución de las prácticas, concepciones e imágenes del mundo, esto no implica, que se diluyan, igualmente, los referentes teóricos y las expresiones, por medio de las cuales es posible comprender la «condición» de nuestro presente histórico-geográfico. De este modo, la interpretación harviana basada en las formas de acumulación y circulación del capital, permite situar a la posmodernidad en una posición accesible al análisis del mundo contemporáneo.

**Entre la dialéctica y la diferencia:
Harvey desde la «crítica post».**

Para Harvey es un hecho que la «condición de la posmodernidad» está relacionada con el sistema de acumulación flexible, el capital ficticio, la hegemonía de la imagen así como la transitoriedad en las técnicas de producción, los mercados laborales y los nichos de consumo. Todos ellos, elementos que pueden ser abordados en oposición al fordismo, entendido como un régimen económico-político objetivo que es estable y homogéneo en sus instituciones, modos de producción y referentes espacio temporales. Esta división es, hasta cierto punto, inevitable dado que existen tajantes líneas de diferenciación entre la «modernidad fordista» y la «posmodernidad flexible», en las cuales el capitalismo adquiere cambios sociales y materiales profundos. Sin embargo, esto conduce a una problematización más amplia respecto a los enfoques teóricos desde los cuales es posible analizar el desarrollo del capitalismo y los procesos de cambio social.

En este sentido, la interpretación de Harvey sobre la «posmodernidad flexible» adquiere dos dimensión que se complementan, una de ellas tiene como punto de partida una

manera dicotómica de analizar y acceder al estudio de los fenómenos sociales; con base en divisiones que son tajantes o por lo menos, claramente diferenciables como es el caso de la perspectiva antagónica que se plantea entre fordismo-posfordismo. Sin embargo, hay otra dimensión que aborda la complejidad de los procesos sociales, ubicando en ellos los elementos que generan conflicto entre los referentes estables y los planteamientos dicotómicos. Así, la forma de proceder de Harvey parte de analizar las oposiciones como herramientas teóricas que, posteriormente, conducen hacia una interpretación fluida de la serie de contradicciones que conforman cualquier fenómeno social.

En el caso del capitalismo es importante visualizar tanto el orden y la preocupación por la estabilidad que encara el régimen de acumulación flexible, así como también la necesaria movilidad y transitoriedad bajo la que se estructura cualquier sistema político-económico, incluyendo al fordismo. Es decir, el conjunto de oposiciones que surgen entre estas dos fases del capitalismo no son determinantes ni permanecen estables, muchas veces llegan a ser indiscernibles dado que ambos procesos están sujetos a la «incesante actividad transformadora», ya sea de la circulación del capital o de la amplia gama de circunstancias histórico geográficas particulares. Aún cuando 1970 marca el cambio de un régimen a otro, estos pueden aparecer yuxtapuestos, imprecisos o fusionados, dado que “el grado de fordismo y modernismo, o de flexibilidad y posmodernismo, está destinado a cambiar de acuerdo con el tiempo y el lugar, y según cuál sea la configuración” (Harvey, 1989a: 376).

Acentuar nuestra conciencia de la contradicción es la posibilidad de «diferenciar», hacer evidentes los contrastes, abordarlos como medida para problematizar la serie de factores y acontecimientos que ponen en conflicto las estructuras económicas o políticas de la sociedad. Sabemos que es imposible interpretar la realidad a partir de configuraciones fijas y estables, mucho menos cuando se trata de estudiar las relaciones internas, los actores y los procesos que intervienen en la vida diaria. Pero aún así, es necesario partir de planteamientos sólidos, que adquieran un sustento teórico y material, los cuales representen marcos de referencia mínimos que puedan ser empleados en diversos escenarios, enfoques y circunstancias espacio-temporales. Desde la perspectiva de Harvey, depende de la

dialéctica la posibilidad de construir y reconstruir alternativas de análisis, ubicando las rupturas y las permanencias de los procesos que confluyen en la teoría social.

En este sentido, el pensamiento dialéctico harviano pretende ser un marco de interpretación rígido en sus fundamentos pero con herramientas flexibles que permiten acceder al estudio de la realidad desde múltiples flancos y perspectivas. Para Harvey, insertar el análisis de la «condición posmoderna» dentro de los procesos de acumulación y circulación del capital, refleja las posibilidades que continúa teniendo el pensamiento marxista dentro del análisis social, pero sobre todo, la urgencia de retomar la dialéctica para explorar la serie de contradicciones materiales e ideológicas que predominan en el mundo contemporáneo, así como sus consecuencias en la vida y en el pensamiento.

La perspectiva que presenta Harvey ha sido constantemente cuestionada por autores como Andrew Jones, quien considera que su intento por reformular la teoría marxista es insuficiente para las exigencias teóricas actuales. Afirma que el pensamiento dialéctico en Harvey –y en general dentro de la Geografía Radical– no está claramente definido ni recibe una atención adecuada, acorde con la amplia tradición dialéctica que proviene de la Filosofía occidental, desde Platón y Aristóteles hasta Hegel y Marx (Jones, 1999: 530). Además, sostiene que la excesiva priorización del espacio en la teoría harviana termina por crear e implementar conceptos inflexibles que no responden ni a los contextos contemporáneos ni mucho menos al pensamiento crítico y progresista que el autor propone. En palabras de Jones:

Mi argumento es que el ‘postmarxismo’ de Harvey está casado ciegamente con conceptos inflexibles bien establecidos, los cuales ‘chocan unos contra otros’ dentro de una epistemología dialéctica. Los conceptos utilizados –capitalismo o clase, por ejemplo– han sido criticados ampliamente por su naturaleza simplista de ‘caja negra’ (véase Docherty, 1990; White, 1991; Cahoon, 1996). Las críticas hacia la múltiple naturaleza de los capitalismos (cf. Albert, 1993; Hampden-Turner and Trompenaars, 1994), o la dificultad para definir alguna clase en particular (Woodiwiss, 1990; Simons and Billig, 1994), o incluso definir otros conceptos tradicionales como el de género (e.g., Butler, 1990; 1993; Shildrick, 1997), ahora son comunes [...] Es más, sugiero que la teoría geográfica ‘postmarxista’ está

restringida, aún más, por una ontología espacial que impone limitaciones, al dar prioridad a lo espacial en su concepción de la vida social²⁹.

En general, Jones a lo largo de su artículo “Dialectics and difference: against Harvey’s dialectical ‘post-Marxism’” (Jones, 1999) pretende mostrar una cierta incoherencia entre el principio, los usos y los fines del pensamiento dialéctico. De inicio, considera que el carácter activo de los procesos, flujos y las relaciones sociales, termina socavado en una interpretación que produce sus propios obstáculos, a partir de abstracciones, teorías y «estructuras institucionalizadas del conocimiento» que hacen de la dialéctica un sistema homogéneo de análisis. Para Jones es una suposición innecesaria pensar que la teoría surge de la oposición dicotómica entre conceptos, más aún, cuando éstos son obsoletos e inadecuados (Jones, 1999: 539). Por ejemplo, hablar de «capitalismo», «clase social» y «trabajo» lo considera demasiado ambiguo y restringido, dadas las enormes posibilidades del pensamiento y la creatividad humana para construir conceptos que adquieran contenidos renovados, acordes con las transformaciones del mundo actual.

Jones considera que las nociones marxistas carecen de fuerza política dado que no responden a las formas de actuar, comprender y proceder de los actores sociales particulares. Para Jones, difícilmente existe hoy en día una clara identidad de “clase” en torno a la cual se organicen los colectivos, pues las diferencias de género, raza, edad, afiliación religiosa o de cualquier otro tipo, adquieren mayor relevancia para la articulación de identidades y prácticas políticas. Precisamente, la «crítica-post», como la denomina Jones, pretende enfocarse a estos ámbitos donde el reconocimiento de la «diferencia» cumple un papel estratégico, cuya fuerza radica en negar cualquier tipo de pensamiento o

²⁹ My contention is that Harvey’s ‘post-Marxism’ clings unquestioningly to well established inflexible concepts, which are ‘rubbed against each other’ within a dialectical epistemology. The concepts used – capitalism or class, for example– have been widely criticized for their simplistic ‘black box’ nature (see Docherty, 1990; White, 1991; Cahoon, 1996). Critiques of the multiple nature of capitalisms (cf. Albert, 1993; Hampden-Turner and Trompenaars, 1994), or the difficulty in defining a singular class (Woodiwiss, 1990; Simons and Billig, 1994), or even defining other traditional concepts such as gender (e.g., Butler, 1990; 1993; Shildrick, 1997), are now common [...] Furthermore, I suggest that ‘post-Marxist’ geographical theory is further restricted by a spatial ontology that imposes limitations by prioritizing the spatial in its conception of social life (Jones, 1999: 531).

método que pretenda englobar la multiplicidad de voces y posicionamientos dentro de marcos y referentes comunes.

La «crítica post» se declara en contra de las «meta-teorías», de los discursos hegemónicos o trascendentes, de la verdad absoluta y del orden logocéntrico de la razón; aquí Derrida, Deleuze y Guattari son los principales expositores que Jones retoma para mostrar su rechazo hacia la propuesta harviana. Considera que las vertientes postestructuralista y posmoderna han producido maneras radicalmente distintas de pensar, con base en perspectivas críticas hacia la Filosofía occidental y a los fundamentos epistemológicos predominantes del mundo moderno, entre los que destaca la dialéctica. A partir de una explicación somera sobre la «différance» de Derrida y el «pensamiento rizomático» de Deleuze y Guattari, Jones plantea la necesidad de crear nuevos conceptos, construir marcos interpretativos flexibles y vías para acceder a la problematización de la multiplicidad de formas de pensar y actuar que conforman la vida social.

Andrew Jones expone su interés por formular una «teoría contextual» que adquiriera un genuino contenido político consecuente con el propio «espíritu crítico de Marx» y no con el aparato más doctrinario o sistemático de sus planteamientos. Sostiene que la «teoría contextual» debe partir de una aproximación a los actores, las redes y las formas de agenciamiento, en las cuales convergen la comprensión e incorporación de tres elementos de análisis: el espacio, el tiempo y la práctica social. A su parecer, esto lo distingue de los enfoques convencionales de la Geografía Humana y, en particular, de la dialéctica harviana, dado que se pronuncia a favor de un pensamiento multisituado, de una interpretación que no prioriza el espacio y que escapa de los conceptos e ideas estáticas (Jones, 1999: 548). Finalmente concluye,

Los geógrafos humanos necesitan superar sus reservas, apretar los dientes y abandonar el tipo de ‘postmarxismo’ recomendado por Harvey. Solamente entonces podrán seguir con la importante tarea de reconstruir teorías políticamente empoderadoras para el pensamiento posmoderno [...] Yo aunque estoy en contra del materialismo dialéctico de Harvey, estoy completamente a favor de este otro ‘espíritu de Marx’ al que debemos la mismísima idea del radicalismo. Y una

manera de re-encender aquel espíritu radical podría ser a través del desarrollo de lo que llamo teorías contextuales³⁰.

La crítica de Jones mantiene un rechazo total hacia los planteamientos harvianos y una tajante separación de éstos frente a sus «teorías contextuales»; sin embargo, en muchos aspectos, no existe dicha distancia. La noción de espacio en Harvey difícilmente es un campo unívoco de discusión, pues no es un concepto que permanezca cerrado o atrapado en una simple dicotomía del pensamiento. Constantemente el análisis espacial en Harvey aparece en conexión con discusiones enfocadas a estudiar las intrincadas relaciones sociales que genera el capitalismo, con las diferencias y matices que plantea el «desarrollo geográfico desigual». El estudio de las circunstancias económico-políticas particulares dota de contenido a las formas de producción espacial, cuyo valor radica en atender a los contextos histórico-geográficos determinados. Es decir, es inútil desde la perspectiva de Harvey, abordar el concepto de espacio de forma aislada, dado que su fuente de discusión y problematización es precisamente el ubicarlo como un elemento activo que interviene, desde varios flancos, en los procesos de cambio social.

Sin embargo, es importante mencionar que Jones realiza su crítica a partir de una de las obras más polémicas de Harvey: *Justice, nature and Geography of difference (JNGD)* de la cual se han realizado diversos artículos y un Foro de discusión que fue publicado con el nombre “Political and Intellectual Passions: engagements with David Harvey’s *Justice nature and Geography of difference*”. En este Foro Nancy Harstock (1998) analiza el tipo de contribuciones que dicha obra aporta a la teoría feminista, Bruce Braun (1998) discute los puntos de confluencia y distanciamiento de Harvey frente al pensamiento posmoderno; y Laura Pulido (1998) retoma algunas ideas sobre el valor de la naturaleza en *JNGD* para hacer una interpretación de la justicia ambiental, el activismo y la espiritualidad. En

³⁰ Human geographers need to get over their reservations, grit their teeth and abandon the type of ‘post-Marxism’ Harvey prescribes. Only then can they get on with the important task of reconstructing politically empowering theories from postmodern thought, [...] that whilst I am against Harvey’s dialectical materialism, I am wholly for this other ‘spirit of Marx’ to which we owe the very idea of radicalism itself. And one way of rekindling that radical spirit might be through the development of what I have termed contextual theories (Jones, 1999: 549).

particular, me interesa rescatar algunas ideas generales del artículo de Bruce Braun dado que complementa varias de las críticas expuestas por Andrew Jones.

El punto de discusión continúa siendo la forma en que se relaciona y se diferencia la dialéctica harviana frente al pensamiento posmoderno. Donde el problema principal es el intento de Harvey por abordar, desde la Geografía Radical, el análisis de lo posmoderno y a la vez, pretender reformular la teoría marxista pero siempre defendiendo la dialéctica como la vía más accesible para llevar a cabo un análisis social consistente. Al respecto, Jones realiza la siguiente afirmación: “Creo que uno de los objetivos centrales de *JNGD* es interactuar con el ‘giro posmoderno’ y yo argumentaría que representa un intento de construir un puente sobre la amplia brecha entre una geografía humana cada vez más posmoderna y el estilo harviano de ‘postmarxismo’. Y es hacia el pensamiento dialéctico al que Harvey voltea para construir sus puentes”³¹.

El «giro posmoderno» ha sido un tema recurrente de discusión para Harvey que aparece en varias de sus publicaciones más recientes –además de *JNGD* (1996)– por ejemplo, en *La condición de la posmodernidad* (1989a), en *Espacios de esperanza* (2000b) y en algunos artículos de *Espacios del capital* (2001a). Considero que en Harvey el tema de lo posmoderno forma parte de una trayectoria de análisis que surge con el estudio del capitalismo, la comprensión del espacio-tiempo y la valoración del conocimiento geográfico desde los inicios del Renacimiento, a lo largo de la modernidad y ante la emergencia de la «condición posmoderna». En este sentido, Harvey pretende construir una perspectiva de larga duración temporal, cuya finalidad es realizar una lectura renovada del capitalismo y del pensamiento marxista, reformular las herramientas teóricas y metodológicas de la Geografía Moderna con base en la incursión de esta disciplina hacia nuevos y viejos enfoques que convergen en la teoría social.

Es decir, existe una clara preocupación en Harvey por abordar el tema de lo posmoderno como un proceso histórico coyuntural, el cual ha transformado los referentes

³¹ I think one of the central objectives of *JNGD* is to engage with the ‘postmodern turn’ and I would argue that it represents an attempt to bridge the growing rift between an increasingly postmodern human geography and Harvey’s brand of ‘post-Marxism’. And it is to dialectical thought to which Harvey turns in order to construct his bridges (Jones, 1999: 530-1).

espaciales y temporales, las imágenes del mundo y del ser humano, las formas de construir el pensamiento y la vida diaria. De hecho, el estudio de la «condición posmoderna» aparece como una cuestión ineludible, dado que buena parte del análisis social contemporáneo, de las alternativas teóricas y políticas, dependen de una mirada atenta hacia este contexto. Y es aquí, donde el análisis del capitalismo desde el pensamiento dialéctico se convierte, para Harvey, en la alternativa más viable puesto que permite abordar la posmodernidad como un proceso económico, político y social que manifiesta rupturas radicales, pero también permanencias que dotan de orden y movimiento a los esquemas bajo los que se construye y reformula el conocimiento.

Aún cuando Harvey acentúa la necesidad de abordar la contradicción como generadora de procesos, relaciones y transformaciones que ponen en movimiento a los referentes estables y homogéneos; la «diferencia» se visualiza como pieza de un mecanismo que tiende constantemente a la composición de sistemas e interpretaciones unitarias. Donde además, el estudio del capitalismo funge como el eje donde se relacionan el resto de perspectivas o fenómenos de análisis y problematización, incluyendo a la posmodernidad. Sin embargo, para Bruce Braun éste marcado énfasis que adquiere el estudio del capitalismo anula el carácter más creativo del pensamiento posmoderno que radica en defender la diferencia, lo heterogéneo, lo múltiple a costa de la unidad. Al respecto considera:

El regreso de Harvey a las nociones de ‘unidad’ y ‘totalidad’ es [...] particularmente desafortunado precisamente porque el reconocimiento de la diferencia que surge de la dialéctica del espacio, lugar y ambiente es muy útil: rechaza el problemático esencialismo de la identidad política, sitúa la diferencia dentro del juego de las fuerzas sociales y geográficas, y posibilita la articulación de identidades políticas que no se restringen a lo local. Sin embargo a pesar de la sofisticación del argumento de Harvey, la diferencia se pierde. Al final, solamente importa la producción *económica política* de espacio y lugar; el desarrollo capitalista desigual llega a generar *toda* diferencia y *toda* semejanza³².

³² Harvey’s return to notions of ‘unity’ and ‘totality’ is [...] particularly unfortunate precisely because the recognition that difference emerges in a dialectics of space, place, and environment is so useful: it refuses the problematic essentialisms of identity politics, situates difference within the play of broader social and geographical forces, and enables the articulation of political identities that are not bound by the local. Yet despite the sophistication of Harvey’s account, difference falls out. In the end, only the *political economic* production of space and place matters; uneven capitalist development becomes generative of *all* difference and *all* sameness (Braun, 1998:715)

Considero que efectivamente, el «desarrollo geográfico desigual» es la herramienta generadora de los cambios y las permanencias, de lo uno y lo mismo que converge en el capitalismo; sin embargo, más allá de ser una noción ambigua o un resabio del pensamiento marxista (Jones, 1999:539), adquiere un amplio contenido en Harvey dado que priorizar la búsqueda de marcos comunes desde los cuales pueda ser abordada la multiplicidad. En este sentido, pienso que es importante seguir cuestionando si efectivamente la propuesta harviana es tan desafortunada como la consideran sus críticos, dado que existe en ella una amplia labor teórica, en la cual, se ha adoptado la «crítica-post», dando un giro mucho más flexible al pensamiento marxista y a la interpretación del capitalismo.

El tema de la «diferencia» en Harvey más allá de ser una limitante se convierte en una oportunidad para construir bases comunes de análisis, líneas compartidas de acción y pensamiento. Pues la defensa de principios universales no remite a una absolutización del conocimiento sino a la construcción de códigos de comunicación compartidos, lenguajes en los que confluyan las distintas voces. Es decir, la reivindicación de la «diferencia» es clave para asumir un posicionamiento ante el mundo y el conocimiento; sin embargo, requiere un momento para la universalidad en la que se respalden y se reconozcan la multiplicidad de discursos, prácticas, perspectivas particulares. Sin embargo, el tema de la comunicación y la diversidad de discursos es un punto de conflicto al que se enfrenta finalmente Harvey cuando realiza sus propias valoraciones sobre los teóricos posmodernos.

Pensar a lo «posmoderno»: discursos, prácticas e ideales significativos.

Andrew Jones y Bruce Braun denuncian constantemente la caricaturización que Harvey realiza de los teóricos posmodernos y postestructuralistas; le cuestionan el no llevar a cabo una lectura detenida de dichas corrientes, asumiéndolas desde un inicio como un riesgo presente para la formulación de marcos epistemológicos y filosóficos consistentes. Desde la perspectiva de Harvey hay una evidente conexión entre el sistema de acumulación flexible, las innovaciones tecnológicas, la velocidad en los procesos de circulación del capital, la

transitoriedad en los hábitos de consumo, el carácter fragmentario y caótico de las prácticas espaciales, lo volátil de las manifestaciones culturales y la emergencia del pensamiento posmoderno.

En este sentido pueden ser ilustrativas cuatro actitudes respecto a la comprensión espacio-temporal que Harvey define y critica como características del pensamiento posmoderno. La primera de ellas proviene de Derrida y los «deconstruccionistas» de quienes, se afirma, han puesto en tela de juicio todas las proposiciones fundamentales del conocimiento, al sospechar de los supuestos y las simplificaciones ocultas en cualquier narración que aspira a la coherencia; “al desafiar todas las pautas de consenso de la verdad y la justicia, de la ética y el significado, y al persistir en la disolución de todas las narrativas y las meta-teorías en un vago universo de juegos del lenguaje” (Harvey, 1989a: 382). Frente a esta actitud que, según Harvey, resalta el carácter abrumador, vasto e intratable de las cosas, surge la segunda reacción que niega la complejidad del mundo en una tendencia hacia la producción descontrolada de proposiciones retóricas, donde “abundan los eslóganes y las imágenes superficiales que pretende captar significados complejos [...] pero con mucha frecuencia se limitan a confirmar prejuicios” (Harvey, 1989a: 382).

La tercera actitud exalta las posibilidades de acción que surgen del respeto por la otredad, con base en la defensa de la comunidad, las formas de resistencia locales y las vías de acción particularistas; se indica que “en el mejor de los casos produce vigorosas imágenes de otros mundos posibles, y hasta empieza a confrontar el mundo actual. [Mientras que] en el peor de los casos, nos devuelve a la política estrecha y sectaria en la que el respeto por los otros queda mutilado por los enfrentamientos entre facciones” (Harvey, 1989a: 183). Finalmente, la cuarta actitud es una fusión entre la experiencia del mundo posmoderno y la construcción de un lenguaje y un imaginario que pretende reflejarlo. En este caso Harvey destaca los escritos tanto Baudrillard como de Virilo y en última instancia recurre a Deleuze, Guattari y Foucault para señalar, en un tono irónico, que suelen perder de vista tanto la realidad que tratan de representar como el lenguaje que podrían emplear para hacerlo (Harvey, 1989a: 383-4).

Retomando las cuatro críticas a la actitud posmoderna, pretendo mostrar que en varias ocasiones Harvey no realiza una lectura o un análisis detallado de las propuestas y teóricos posmodernos que aborda, con lo cual anula, desde un inicio, el contenido más propositivo que podrían tener dichas posturas. Además, devalúa el propio contenido teórico de sus propuestas, pues es un hecho que un análisis consistente no requiere pasar por encima de autores y planteamientos particulares, menos aún cuando no son tratados con debido detalle. Sin embargo, esto puede ser abordado en Harvey desde otra perspectiva, dado que él insiste en analizar la «posmodernidad» como una «condición histórico-geográfica» a la cual es posible acceder desde varios flancos de la vida social; entre ellos, por medio de la serie de planteamientos teóricos que privilegian el azar, el movimiento, la diferencia, la discontinuidad y lo caótico (Harvey, 1989a: 61). Todo lo cual Harvey interpreta como proposiciones que surgen o que, en su defecto, son apropiadas para la conformación de los «discursos posmodernos», convirtiéndose en un elemento más de éste proceso coyuntural que tiene origen desde finales del siglo XX.

Es decir, cuando Harvey propone pensar la posmodernidad no incita a que valoremos las nuevas herramientas y vías interpretativas que surgen de la Filosofía como si se tratara de un cambio radical en el pensamiento, una renovación total de los marcos epistemológicos, científicos, lingüísticos y políticos de la modernidad. En su defecto, considera que las visiones del mundo y el pensamiento filosófico en periodos o circunstancias pasadas no han sido tan estables, homogéneas y cerradas en contraposición con las perspectivas actuales. Pero sí le interesa, al pensar la posmodernidad, ubicar la actitud reduccionista y simplificada ante la construcción del conocimiento, aquella que “se deja llevar y hasta se regodea en las corrientes fragmentarias y caóticas como si fuera todo lo que hay” (Harvey, 1989a: 61).

Harvey en varias ocasiones señala que los teóricos posmodernos atentan contra el pensamiento coherente y la práctica política progresista. Frecuentemente hace alusión a Deleuze, Guattari, Derrida, Lyotard y Heidegger (Harvey, 1989) y considera que intervienen en la creación de los «discursos posmodernos» que fundamentan las prácticas «reaccionarias» del mundo contemporáneo. Ya sea por el predominio que adquiere la

«estética sobre la ética» en sus planteamientos; por las imágenes y las metáforas que producen; o por los enfoques culturales que son especialmente susceptibles para exaltar la diferencia en los estilos de vida, las costumbres e identidades, desviando la mirada de las problemáticas materiales y sociales a las que se enfrentan los actores particulares. Considero que esto puede ser un campo de discusión fértil que Harvey retoma, por ejemplo, al abordar la «producción cultural» como uno de los medios más aprovechados, en el régimen posfordista, para la acumulación del capital que “promueve una forma mercantilizada y empacada de estética a expensas de la preocupación por la ética, la justicia social, la equidad y las cuestiones locales e internaciones de explotación tanto de la naturaleza como de la naturaleza humana” (Harvey, 1992:143).

Sin embargo, lo hace a costa de autores que son envueltos en la atmósfera de la «condición posmoderna» que Harvey define y critica, sin realizar un tratamiento consistente de las ideas y los planteamientos particulares a los que enfrenta. Considero que en este caso no logra distinguir entre las propuestas teóricas que realizan autores claves de la filosofía contemporánea y la manera como éstas son aplicadas, valoradas o interpretadas por medio de discursos particulares, los cuales deben ser abordados atentamente dada la simplificación en la que muchas veces deviene el conocimiento. Realizar esta distinción es lo que permite –sin necesidad de atacar a los autores encasillados en la denominación «posmoderna»– analizar hacia dónde se dirigen la inmensidad de prácticas discursivas que influyen en el pensamiento y la vida diaria contemporánea.

En este sentido, Harvey y la Geografía Radical tienen mucho que decir respecto a los fines como pueden ser utilizados y empobrecidos los discursos filosóficos en el desarrollo del capitalismo contemporáneo; por ejemplo, cuando el reconocimiento de la alteridad, la búsqueda de elementos identitarios, las metáforas y juegos del lenguaje se convierten en promocionales políticos o mercadotécnicos. Cuando la conservación de las diferencias culturales se efectúa, al hacer más atractivos los sitios turísticos o mediante producción de nuevos espacios del capitalismo. Cuando el Estado, las empresas o en el mejor de los casos, los propios actores, defienden, inventan y reconstruyen su cultura local

como una estrategia para hacer rentable, en términos económicos, los estilos de vida y espacios sociales específicos.

El problema en Harvey es que aborda como un peligro la diversidad de formas discursivas que coexisten en el pensamiento posmoderno, cuando la cuestión radica en analizar hacia dónde se dirigen, en la práctica o en la teoría social, dichos discursos. De este modo, es posible ubicar una diferencia entre la interpretación harviana sobre la «condición posmoderna» y la crítica que pretende hacer de los «discursos y teóricos posmodernos». Es claro que el primer caso resulta el más sugerente de su propuesta, dado que influye en la emergencia de lo que Soja llama las «geografías posmodernas», entendidas como tres campos de análisis espacial —«posthistoricismo», «posfordismo», «posmodernismo»— enfocados a reflexionar sobre los procesos teóricos, económicos y culturales que componen el mundo contemporáneo.

Mientras que el segundo caso, refleja ciertas limitantes del pensamiento harviano por falta de una lectura atenta y seria de los «teóricos posmodernos» a los que se pretende enfrentar. El problema entre ambos casos, radica en el sentido que adquiere la «diferencia» para la vertiente Radical, la cual ha sido empleada constantemente para el desarrollo del capitalismo contemporáneo desde el sistema de «acumulación flexible». Es decir, la «diferencia» aparece como un medio estratégico para la acumulación y expansión del capital, dado que garantiza la producción e innovación constante de productos y servicios, los cuales responden pero también crean múltiples estilos de vida, demandas y reivindicaciones particulares, deseos y aspiraciones colectivas.

De este modo, la mirada crítica a la «condición posmoderna» proviene de una lectura del capitalismo como un proceso histórico-geográfico que, en la actualidad, ha utilizado la reivindicación de las diferencias como el medio más eficaz para la acumulación del capital; lo cual se enlaza con la serie de discursos teóricos y políticos que desde diversas trincheras exploran y defienden la diferencia por encima de la unidad. Como ya lo mencionaba antes, el aparato más cuestionable en Harvey surge cuando intenta criticar directamente a los «teóricos posmodernos» sin hacer una lectura detenida de ellos; sin embargo, el contenido más efectivo emerge al poner a discusión las formas como se

emplean los discursos filosóficos sobre la «diferencia» en las distintas y nuevas manifestaciones sociales, culturales, políticas que adquiere el capitalismo.

Finalmente, es aquí donde la vertiente Radical se mantiene firme ante sus principales convicciones teóricas y políticas; es decir, en la defensa de la unidad frente a la diferencia, en la búsqueda de referentes comunes para expresar las muchas maneras de interpretar la realidad y participar en ella, en el derecho a la diferencia como un principio universal más que una práctica particular. En el reconocimiento de las contradicciones materiales y sociales que existen en el mundo contemporáneo, las cuales se reflejan en enormes desigualdades económicas y políticas. En la necesidad de construir y retomar bases comunes, detenernos por un «momento» en la universalidad para conducir los planes, los proyectos y las ambiciones hacia objetivos humanos compartidos.

A continuación presento once principios básicos, ideales significativos que pueden poner en marcha la acción y el pensamiento hacia los deseos, las esperanzas, los derechos mínimos universales. Los cuales forman parte del proyecto utópico de donde surge el proceder radicalmente distinto de la propuesta harviana que conduce, en última instancia, hacia las aspiraciones vitales del «ser humano» como actor social que tiene las potencialidades para transformar, reconocer y respetar las distintas formas de vida que habitan el planeta. La propuesta utópica se plantea en los siguientes términos:

1) El derecho a oportunidades de vida con base en el sustento y la seguridad económica elemental, 2) el derecho a la asociación política y el «buen gobierno», 3) el derecho a la dignidad del trabajo, 4) a la integridad del cuerpo y la persona política, 5) a la libertad de pensamiento, conciencia y religión, 6) el derecho a un entorno vital decente y saludable, 7) al control colectivo de los recursos de propiedad común, 8) a las responsabilidades con las generaciones futuras de especies humanas y demás animales, 9) el derecho a reconstruir las estructuras espaciales, territoriales y medios de comunicación, 10) el derecho a la diferencia, incluida la del desarrollo geográfico desigual, no como una necesidad intrínseca del capitalismo, y 11) el derecho de explorar posibilidades de vida, en relación con la naturaleza e inherentes al ser genérico humano (Harvey, 2000b: 284-288).

CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo abordé distintas alternativas para estudiar y problematizar las ideas claves que componen el proyecto teórico de David Harvey, el cual da surgimiento a la Geografía Radical. El espacio, el poder y la utopía conformaron tres amplios campos de discusión geográfica y filosófica que adquirieron contenido a través de los enfoques particulares presentados en esta lectura crítica del autor. Más allá de realizar un seguimiento lineal de las obras o de las ideas de Harvey, construí una trayectoria de análisis para definir cómo se reformula la Geografía Moderna, a partir de dos temáticas filosóficas claves; la reflexión sobre la «naturaleza humana» y la «condición posmoderna», las cuales expanden los horizontes teóricos y políticos de esta ciencia particular.

De inicio, la cuestión sobre la «naturaleza humana» la considero una veta de análisis crítico que se opone a la «neutralidad científica» que caracterizó a la Geografía Moderna hasta mediados del siglo XX. Por ello, el Capítulo Primero inicia cuestionando el carácter Regional y Cuantitativo que favoreció para que esta disciplina se definiera como una ciencia imparcial, meramente instrumental. Analicé que el afán por realizar descripciones «puras» o recopilar información geográfica «exacta», desde marcos científicos rigurosos, veló la carga política que trae consigo la construcción del conocimiento geográfico. Con base en el estudio del «espacio social» en Harvey fue posible explorar las múltiples fuentes de poder que tiene el conocimiento geográfico y las distintas prácticas sociales que se desprenden de él.

Al discutir la manera como influye la ciencia geográfica en la composición de políticas y estructurales sociales particulares, abordé la propuesta harviana de transformar radicalmente los métodos y enfoques a los que tradicionalmente atiende el conocimiento geográfico. Aquí, la pregunta por la «naturaleza humana» fue clave dado que permitió reflexionar sobre las potencialidades y formas de realización que compartimos los seres humanos como especie. En particular, analicé que una de las características peculiares de nuestra «naturaleza humana» es la fuerza creativa que ella engendra para modificar el mundo desde la práctica, la imaginación y el intelecto.

Reconocer la posibilidad del ser humano de transformarse junto con los escenarios que componen el mundo, permitió –en el caso de la Geografía– plantear alternativas para construir el conocimiento científico más allá de las descripciones rigurosas o de los métodos de verificación empírica. Los planteamientos de Harvey, condujeron hacia el proceder utópico como una vía de pensamiento que, sin alejarse de la rigurosidad y la objetividad, puede encaminarse hacia la configuración de una ciencia geográfica alternativa. Se consideró que la utopía tiene por tarea fundar principios mínimos de reconocimiento y respeto «humano» de los que dependa la creación tanto de un pensamiento como de una práctica en la que puedan coexistir las distintas maneras de ser y habitar el planeta.

El tema de la «naturaleza humana» lo abordé como un campo abierto a la discusión dentro de la Geografía Radical que no se define por determinismos biológicos sino por la serie de factores sociales, espaciales y temporales que confluyen en la vida de los hombres y mujeres que participamos del mundo. En este sentido, hablar de «naturaleza» se interpretó como un compromiso colectivo de carácter ético que exige cuestionar hacia dónde queremos encaminar nuestras potencialidades humanas y las relaciones con las demás especies. Pero además, como una responsabilidad teórica que impulsa a crear marcos de comunicación que permitan la construcción del conocimiento desde múltiples vertientes, sin perder de vista los objetivos comunes de los que depende la unidad del pensamiento.

En este primer capítulo me interesó plantear, por una parte, la reformulación de la Geografía Moderna con base en la reflexión sobre «naturaleza humana» como una temática que adquiere enfoques particulares y sumamente polémicos desde la vertiente Radical. Pero a la vez, retomé la propuesta de Harvey de establecer «elementos estructurales» que definan a la Geografía como una disciplina heterogénea en sus discursos y prácticas pero con referentes básicos que le dotan de unidad a esta ciencia en particular. La «medida espacio tiempo», las «identificaciones cartográficas», las «cualidades medioambientales y la relación con la naturaleza» y la «región-territorio-lugar» son los cuatro ejes estructurales que analicé a partir de la influencia que han tenido en la composición del mundo Moderno,

realizando una lectura de largo alcance que remite al carácter político que adquieren los conocimientos geográficos desde inicios del Renacimiento.

En el Capítulo Segundo analicé el encuentro de la Geografía Moderna con el Marxismo Occidental como un punto de partida para abordar, posteriormente, el surgimiento de la llamada «condición posmoderna». Con base en una relectura de la Geografía Moderna, a partir de la relación que existe entre ésta y el capitalismo, fueron abordados los conocimientos geográficos como una fuente de poder económico que influyó en la expansión y la acumulación del capital; lo cual se enlaza con el proyecto harviano de construir una vertiente de análisis basada en el estudio del «espacio social» desde la teoría marxista.

Construí un panorama general de cómo se ha retomado la obra de Marx dentro de las ciencias sociales y en la Filosofía del siglo XX. En particular, la influencia que recibe Harvey de las corrientes francesas que reflexionan sobre el tema de la espacialidad, en donde destacan los planteamientos de Henri Lefebvre. El análisis sobre las formas de «producción del espacio» y el «desarrollo geográfico desigual» aparecieron como ejes de estudio indispensables para problematizar el capitalismo, a partir de las diferentes maneras como éste impacta en las geografías y en los contextos particulares. Se discutió la influencia del capital en la composición de las ciudades, en el desarrollo urbano, en las dinámicas económicas, en las formas como se lleva a cabo la vida cotidiana y en la construcción de proyectos utópicos que marcan el camino hacia espacios y geografías renovadas.

A partir de una breve trayectoria académica de la obra de Harvey, desde su llegada a la Universidad de John Hopkins en la ciudad de Baltimore, destacué el «giro de perspectiva» que plantea la vertiente Radical en el análisis del espacio. El cual, consiste en abordar los conocimientos geográficos y las prácticas espaciales como elementos constituyentes de la teoría marxista que representan, en la propia obra de Marx, uno de los motores principales para la «acumulación de la riqueza», la expansión y la transformación del capitalismo.

El enfoque que imprime la vertiente Radical hacia la teoría marxista, fue clave para problematizar, en el Capítulo Tercero, la emergencia de la «condición posmoderna» y la reformulación de la propia ciencia geográfica. De inicio, analicé la preocupación de Harvey por abordar las maneras en que se desarrolla el capitalismo en el mundo actual, con base en el funcionamiento de las prácticas económica, políticas y culturales que surgen desde finales del siglo XX. Retomando los planteamientos de Edward Soja, sostuve que en la Geografía Radical convergen tres ejes de análisis espacial que son fundamentales para la teoría social contemporánea: el «posthistoricismo», el «postfordismo» y el «posmodernismo».

Esta triada de análisis fue desarrollada a partir de la interpretación de la «condición posmoderna» en Harvey, la cual abordé como un fenómeno de análisis histórico-geográfico que define cambios y permanencias fundamentales en la vida social. Con base en la imagen de la «destrucción creadora» se planteó que una de las caras de la modernidad –aquella que se caracteriza por la fuerza transformadora y efímera del ser humano frente al mundo– confluye con el carácter fragmentario, caótico y transgresor que adquiere la «condición posmoderna». Pero también, esta última fue problematizada en contraposición al régimen económico fordista y en consonancia con el sistema de «acumulación flexible», el cual se define como un modo de circulación del capital basado en la producción de lo heterogéneo, lo múltiple y lo transitorio.

La reflexión sobre la «condición posmoderna» fue clave para comprender el desarrollo del capitalismo actual, en donde se destacó el marcado énfasis que adquiere la «diferencia» en el pensamiento, la vida social y económica contemporánea; tanto al momento de explorar nuevos mercados como al apropiarse las demandas sociales, enfocadas a reivindicar los múltiples estilos de vida y prácticas colectivas. El tema de la «diferencia» se problematizó con base en las críticas de Andrew Jones y Bruce Braun, quienes cuestionaron, desde la filosofía posmoderna y postestructuralista, la rigidez de la teoría marxista, la insuficiencia del pensamiento dialéctico, el carácter totalizador del capitalismo como el único generador del cambio y las permanencias.

Esto condujo finalmente, a una valoración general de los planteamientos harvianos, donde destacué primero el impulso que tiene el estudio de la «condición posmoderna» para replantear los objetivos y las formas de llevar a cabo la Geografía Moderna. Siguiendo los planteamientos de Soja, definí a la vertiente Radical como una precursora de las «geografías posmodernas» en la medida que mantiene tres miradas críticas hacia las formas de construir el conocimiento social. La primera de ellas, en contra de las nociones historicistas que han privilegiado la temporalidad por encima de la espacialidad; la segunda, con base en el estudio del posfordismo y las reestructuraciones espacio-temporales de las dinámicas capitalistas actuales; la tercera, el análisis crítico de la posmodernidad, de las manifestaciones culturales que acentúan el carácter fragmentario y efímero de nuestra comprensión del mundo.

Por otro lado, la problematización de la Geografía Radical con base en la teoría posmoderna y postestructuralista, aparece como una veta de discusión que puede ser desarrollada ampliamente en estudios posteriores. El rechazo tajante que los críticos mantienen hacia los planteamientos harvianos, necesita ser cuestionado a partir de las alternativas que presenta la relectura del marxismo para la construcción de la teoría social contemporánea. Pero también, más allá de la vago tratamiento que realiza Harvey de los distintos autores y corrientes filosóficas del siglo XX, es posible discutir atentamente cuáles son los planteamientos que surgen de la filosofía posmoderna y postestructuralista, qué las define como tales y qué las diferencia de las propuestas teóricas y las vertientes de análisis que componen a la Geografía Radical.

Finalmente, es un hecho que el proyecto de David Harvey abarca y tiene influencia en distintas áreas disciplinarias, por lo cual, puede ser leído desde otros tantos flancos de la teoría social; por ejemplo, los planteamientos harvianos se discuten en la Antropología, la Economía, las Ciencias Políticas y en la propia Geografía. Ámbitos desde los cuales es posible seguir cuestionando hacia dónde se dirige la relectura de Harvey, cómo es aplicada y retomada la vertiente Radical, cuáles son las alternativas que presenta para el análisis de los contextos particulares y para poner en marcha el conocimiento; es decir, dónde radica el

carácter activo de las ideas Harvey, qué nos incita a pensar sobre el mundo y sobre nosotros mismos.

BIBLIOGRAFÍA

Barnes, T. 2006. "Between deduction and dialectics: David Harvey and knowledge" en Gregory, N. (Ed.), *David Harvey: a critical reader*. pp. 26-46. Oxford: Blackwell.

Braun, B. (1998) "A politics of possibility without the possibility of politics? Thoughts on Harvey's Troubles with Difference" Book review forum: Political and intellectual passions: engagements with David Harvey's *Justice, nature and geography of difference* en *Annals of the association of American geographers*. Vol. 88, No. 4. pp. 712-719.

Constenla, X. 2004. "La condición de la Geografía: una introducción a la obra geográfica de David Harvey". *Doc. Anal. Geogr.*, No.44, 131-148.

Delgado, O. 2001. "Geografía, espacio y teoría social" en Montañez, G. (Ed.), *Espacio y territorios: razón, pasión e imaginarios*. pp. 39-66. Bogotá: Unibiblos.

Fernández, F. 2006. "Geografía cultural" en Lindon, A. y Daniel (Dir.), *Tratado de geografía humana*. pp. 220-253. Barcelona: Anthropos/UAM-I.

Gregory, D. 2006. "Troubling Geographies" en Gregory, N. C. y D. (Ed.), *David Harvey: a critical Reader*. Oxford: Blackwell Publishing.

Hartsock, N. (1998) "Moments, margins, and agency" Book review forum: Political and intellectual passions: engagements with David Harvey's *Justice, nature and geography of difference* en *Annals of the association of American geographers*. Vol. 88, No. 4. pp. 707-712.

Harvey, D. 1973. *Social Justice and the City*. London: John Hopkins University Press.

___ 2001a (2007) *Espacios de capital*. Madrid: Akal

__ 1974a (2007) "La población, los recursos y la ideología de la ciencia" en Harvey, D. (Ed.), *Espacios del capital*. pp. 51-80. Madrid: Akal (Publicado por primera vez en *Economic Geography*)

__ 1975 (2007) "La geografía de la acumulación capitalista: reconstrucción de la teoría marxiana" en Harvey, D. (Ed.), *Espacios del capital*. pp. 255-284. Madrid: Akal (Publicado por primera vez en *Antipode*).

__ 1978 (2007) "Rebatir el mito marxiano (al estilo Chicago)" en Harvey, D. (Ed.), *Espacios del capital*. pp. 81-102. Madrid: Akal (Publicado por primera vez en *Comparative Urban Research*)

__ 1982 (1990) *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*. México: FCE.

__ 1984 (2007) "Acerca de la historia y de la actual situación de la geografía: manifiesto materialista histórico" en Harvey, D. (Ed.), *Espacios del capital*. pp. 123-136. Madrid: Akal (Publicado por primera vez en *The Professional Geographer*)

__ 1985a. *Consciousness and the Urban Experience*. Oxford: Blackwell and Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.

__ 1985b. *The Urbanization of Capital*. Oxford: Blackwell and Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.

__ 1985c (2007) "La geopolítica del capitalismo" en Harvey, D. (Ed.), *Espacios del capital*. pp. 332-365. Madrid: Akal (Publicado por primera vez en *Spatial Structures*)

__ 1989a (2004) *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

__ 1989b. *The Urban experience*. Oxford: Blackwell and Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.

__ 1990. "Between space and time: reflections on the Geographical Imagination". *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 80, No. 3, 418-434.

__ 1992. "Capitalismo: la fábrica de la fragmentación" en Harvey, D. (Ed.), *Espacios del capital*. pp. 137-143. Madrid: Akal (Publicado por primera vez en *New Perspectives Quarterly*)

__ 1996 (2002) *Justice, nature and the geography of difference*. Reino Unido: Blackwell Publishers.

__ 2000a (2007) "Identidades cartográficas: los conocimientos geográficos bajo la globalización" en Harvey, D. (Ed.), *Espacios del capital*. Madrid: Akal (Presentado primeramente en el congreso "Ciencias Sociales en el Milenio" Patrocinado por la Universidad Baptista de Hong Kong)

__ 2000b (2007). *Espacios de esperanza*. Madrid: Akal.

__ 2000c. "Afterword" en *The production of space*, Henri Lefebvre: Malden: Blackwell.

__ 2001a (2007) "La reivindicación de la geografía. Una entrevista con los editores de *New Left Review*" en Harvey, D. (Ed.), *Espacios del capital*. pp. 5-36. Madrid: Akal.

__ 2003a "The Right to the city". *International Journal of Urban and Regional Research*, No.27 Vol.4, 934-941.

__ 2003b (2004) *El Nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.

Jones, A. (1999) "Dialectics and difference: against Harvey's dialectical 'post-Marxism'" en *Progress in Human Geography*. Vol.23, No.4. pp. 529-555.

Lefebvre, H. 1968 (1978) *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Ediciones península.

__ 1972 (1976) *Espacio y política*. Barcelona: Ediciones península.

__ 1974 (2000) *The production of space*. Malden: Blackwell.

Marx, K. 1973 *Grundrisse*. Harmondsworth, Middlesex (Ed. Cast: *Teorías sobre la plusvalía*, Barcelona, Crítica, 1977)

_____ 1976 (2000) *El Capital*. Madrid: Akal.

_____y Engels, F. 1952 (1997) *Manifiesto comunista*, Madrid: Akal.

Moncayo, E. 2001. "Evolución de los paradigmas y modelos interpretativos del desarrollo regional" en Montañez, G. (Ed.), *Espacio y territorios: razón, pasión e imaginarios*. Bogotá: Unibiblos.

Montañez, G. 2001. "Razón y pasión del espacio y el territorio" en Montañez, G. (Ed.), *Espacio y territorios: Razón, pasión e imaginarios*. pp. 15-32. Bogotá: Unibiblos.

Pillet, F. 2004. "La geografía y las distintas acepciones del espacio geográfico". *Investigaciones Geográficas*, 34, 141-154.

Pulido, L. (1998) "The sacredness of 'Mother Earth': spirituality, activism, and social justice" Book review forum: Political and intellectual passions: engagements with David Harvey's *Justice, nature and geography of difference* en *Annals of the association of American geographers*. Vol. 88, No. 4. pp. 719-723.

Soja, E. 1989 (1994) *Postmodern Geographies*. London/ New York: Verso.